

Pepe Alemán
El regreso de Eva





1.ª edición, Editorial La Esfera, 2019

1.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2019

1.ª edición impresa, Fundación Editorial El perro y la rana, 2019

© Pepe Alemán, seudónimo de Federico León Madriz

© Fundación Editorial El perro y la rana

Edición

José Zambrano

Corrección

Álvaro Trujillo

Diagramación

Armando Rodríguez

Imagen de portada

Detalle del dibujo utilizado para la portada de la primera edición (1933).

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-4603-3

Depósito legal: DC2019001674

Alemán, Pepe, 1896-1953.

El regreso de Eva / Pepe Alemán. -- 1.ª ed. -- Caracas :

Fundación Editorial El perro y la rana, 2019. -- 216 p.

ISBN: 9789801446033

DL: DC2019001674

I. Título.

V863.42

A367

Pepe Alemán

El regreso de Eva


EL PERRO
y LARANA

Notas para un regreso: 86 años después

En una época todavía más habituada a la lectura, cuando apenas el radio comenzaba a entrar en las casas de los caraqueños acomodados, la gente solía entretenerse de otras maneras no relacionadas con la tecnología. En ese contexto se escribe *El regreso de Eva*, una obra destinada principalmente para que las mujeres ciudadinas pasaran el rato leyendo, de hecho eran un público para el cual el diario *La Esfera*, que publicó esta obra, preparaba bastantes contenidos. Según reza el colofón de la primera edición: “Este libro, editado en los talleres de la Editorial “Esfera”, se terminó de imprimir el día viernes 29 de septiembre de 1933.” Costaba 5 bolívares, mientras que el diario *La Esfera* costaba 15 centavos.

En la Hemeroteca Nacional podemos apreciar los añejados ejemplares, deteriorados por el tiempo, del periódico *La Esfera* (*Diario de la mañana*). Podemos detallar en ellos el uso de la misma tipografía empleada en la edición original de esta novela. Esa Venezuela reflejada en las páginas del diario era una nación pujante por el industrialismo y la globalización, e intentaba estar al día con la farándula internacional. Faltaban aún dos años para que finalizara el gomecismo. Los diarios mostraban, como en toda dictadura, un estado de absoluta “normalidad”. De hecho, se estrenaba *King Kong* en el cine Rialto y el diario ofrecía publicidad de tónicos capilares y multivitaminicos. La publicidad mostraba productos como la Ovomaltina,

que era un suplemento alimenticio a base de huevo y malta, ampliamente comercializado durante muchos años. Se hablaba por igual de homeopatía y el nuevo portaviones estadounidense. Entre otras noticias se aprecia cómo el 4 de septiembre hablaban de la invención de un nuevo tipo de “autogiro”, precedentes del helicóptero. Alemania y Estados Unidos dictaban la pauta. Era un mundo pluripolar, pero no por eso era antiimperialista, de hecho sobrevivían los clásicos imperialismos y el nacionalismo extremo mostraba graves signos de extremismo genocida, y nuevos imperialismos pugnaban por surgir. En la prensa vemos también que se hacían “descubrimientos” arqueológicos importantes en México y Perú que redefinían las concepciones del mundo. Se hablaba en esas reseñas de un matriarcado originario prehispánico en Cuzco. Llegaban a Venezuela los refrigeradores General Electric y Ford coronaba el mercado automovilístico nacional y mundial. Se hablaba también de eugenesia como una panacea incluso en países latinoamericanos. Todos estos elementos están incorporados en *El regreso de Eva*, por ejemplo en las pastillas alimenticias o en la autonacimentina.

Se veía bien en la época que los muchachos tuvieran vidas más activas, mientras que las muchachas participaran en la pasiva actividad lectora. Pero no puede confiarse en que el autor esté totalmente alineado con esta ideología o que pretendiera que esos hábitos se mantuvieran. Porque este es un libro que se mofa hasta de sí mismo, no pertenece totalmente a ese estilo de novela “para chicas”, vemos por ejemplo cómo se burló del estilo de esas obras cuando dice explícitamente: “Le brillaban los ojos como brillan en la noche las luciérnagas (aunque se haya abusado tanto de esta metáfora que ya no le llama a nadie la atención)”. El libro apela incluso a personas que leen con mente crítica. Es una novela que rompe constantemente las paredes ficcionales, que hace una interrupción a mitad de la historia para explicarle al público de qué se trata esa misma novela. Es un libro complejo, con capas y pieles. Se escribe y se corrige sobre la marcha.

El sábado 30 de septiembre de 1933 el diario *La Esfera* publicaba *El regreso de Eva* con un poema humorístico. No se ve el seudónimo de Pepe Alemán en el texto, pero sabemos que la columna “Lo que no concebimos” era redactada por un grupo de periodistas entre los cuales estaba nuestro autor. Esto ocurre en todo el diario, de hecho, vemos su estilo literario en muchas de las notas. Observamos también el cruce de referencias, de noticias de la época vistas incluidas en la ficción, llevadas al paroxismo, pero en el periódico no leemos explícitamente el nombre de este autor casi en ninguna parte. Incluso en la novela que hoy traemos decide esconderse tras el seudónimo tomado de una esquina caraqueña. El cumanés Federico León sobrevivió a la dictadura y a los disturbios posteriores a la muerte de “El Benemérito” porque el diario le daba trabajo a mucha gente de pensamiento divergente. De hecho, Aquiles Nazoa nos comenta que su programa radial dirigido a las mujeres era muy popular. Gozaba de mérito y educación.

Se puede observar que esta es una obra testimonial que conserva muchos rasgos dialectales típicos, una jerga común y popular en época del autor: puertecilla, agradecidísimo, calibrudo, saltico... Por otra parte están presentes en esta novela los “neologismos” que la trama requiere: “verticalicóptero” (especie de helicóptero), “dictalotipo” (máquina para transcribir lo que se está diciendo en tiempo real), entre otros. Como reportero tiene un estilo vivo y coloquial bien manejado. Aunque en *La Esfera*, las menciones al libro no lo ven en primer lugar como una obra literaria, sino como una rareza, o una novela para chicas. A varios reseñistas les cuesta ver un valor literario en la obra. Existían columnas literarias, se publicaban en ellas fragmentos de novelas rosas o de Jack London. Los fines de semana incluso había un segmento literario: los “Domingos literarios”, pero en ellos no se nombraba *El regreso de Eva*, sino que solía dedicarse a autores como Mistral o Zalamea. Se mencionaba mucho en el periódico a H. G. Wells. Pero quienes hablan de *El regreso de Eva* lo hacen con muchas reservas. El mayor elogio objetivo, donde

no se ve la influencia de intereses económicos del periódico (pues varias de esas notas de elogio incluso son anónimas), señala la maestría del autor para mantener la tensión en los diálogos. La mejor reseña la hace Daniel Bohórquez el martes 24 de octubre de 1933, este autor señala que, mientras los esfuerzos literarios de los venezolanos estaban enfocados en el nacionalismo (recuérdese *Doña Bárbara* y *Las lanzas coloradas*), este libro apunta hacia otros horizontes no solo en su estilo, sino por su contenido.

Este es un relato que no carece de símbolos, aunque sus referentes son bastantes limitados y circunscritos a la tradición judeocristiana, así se aprecia cómo el autor revisita el mito del pecado original de la mano de Eva y Adán, con jocoso acercamiento y venezolana indiferencia ante el texto bíblico. O vemos también, por ejemplo, cómo Antonio Jiménez es un estereotipo del “buen salvaje”, un niño-hombre, quien en 1986 cae 25 años durmiendo, pero ya tenía 6 años de vida infantil, cuenta entonces cuando despierta con 31 años, casi la edad de Cristo. Es el regreso de la muerte simbólica, pero un regreso inocente. Tiene elementos literarios, pero se sale de los esquemas y encasillamientos, pasa de lo lírico al diálogo desenvuelto, de la novela rosa a la distopía, y cae repentinamente en un sainete, una denuncia típicamente venezolana.

Queremos aclarar otro detalle que surge de la lectura y hemos advertido en las notas al pie para esta edición, este no es un libro feminista, veamos este fragmento:

Desde entonces, la mayor parte de las calamidades que sufren las mujeres obedecen a su espíritu de curiosarlo todo. En la mujer la curiosidad es inversa que en el hombre. Este engendra grandes cosas gracias a la curiosidad; los inventos son hijos de la curiosidad masculina; los químicos, los físicos, los mecánicos, toda esa legión de hombres de ciencia que se queman las pestañas, ¿de qué tábano está picada? Del tábano de la curiosidad. La curiosidad femenina, en cambio, es de resultados siempre negativos, y hasta suele convertirse en arma que hiere a quien la esgrime.

Las mujeres, ordinariamente a través de todas las épocas, se han perdido por curiosas.

No lo podemos culpar, es hijo de su tiempo, aunque ya era la época del nacimiento del movimiento subversivo feminista en Gran Bretaña, que tuvo un origen de violencia reaccionaria legítima por parte de las oprimidas, quienes no tenían ni derecho a votar. Pero el periódico *La Esfera* en su ligereza se mofaba de las “nuevas mujeres deportistas”, por su “poca refinada estética”. Incluso veían con temor muchos de los autores que colaboraban con el diario al peligroso empoderamiento femenino que iba creciendo en muchas partes del orbe, eso se evidencia en este libro. Quizás, lo que sí podemos conjeturar es que el autor quiere señalar que el subyugamiento tanto de la mujer como del hombre es perjudicial para la sociedad, es distópico, es un modelo de autodestrucción de la esencia humana integral y completa, más allá de lo femenino y lo masculino como lógica binaria y segregacionista. Un gobierno de Amazonas terminaría siendo también una tiranía si pierde la perspectiva humanista e incluyente. Esperamos que sirvan estos apuntes para que pueda haber un pronto *regreso* a las páginas de Federico León, y que animen a los críticos a redactar muchas notas mejores.

JOSÉ ZAMBRANO

Prólogo a la primera edición (1933)

Si narrar es novelar, *El regreso de Eva* es una novela. Al emprender este trabajo, el autor se limitó a seguir el hilo de una narración sin rebuscamientos literarios. El imperativo de la costumbre; el hábito de escribir con ligereza y simplicidad de expresión, adquirido en largos años de vida periodística.

El asunto de esta narración surgió para tema, tal vez pueril, de una breve crónica. Luego, el autor tuvo la peregrina ocurrencia de extenderse... En *El regreso de Eva*, lector benévolo, tienes ochenta y tres horas de trabajo de

PEPE ALEMÁN

PRIMERA PARTE

El ataque de pannegolitis del niño Antonio Jiménez

El 1.º de enero del año 1986 ocurría algo insólito en el hogar de don Tancredo Jiménez. Cuando más alborozada estaba la familia con los naturales regocijos del Año Nuevo, y congregados en la mesa se disponían a almorzar, el camarero que subiera al quinto piso en solicitud del niño Antonio cayó como una bomba disparada a destiempo con esta novedad:

—Al niño Antonio le ha dado algo. El niño Antonio está torcido en la cama; duerme profundamente; su respiración es fatigosa y no despierta a pesar de mis gritos.

Don Tancredo, con la servilleta bailándole en el cuello como una banderola, ganó el ascensor seguido de su mujer y de sus dos hijas. El ascensor se detuvo en el quinto piso, precisamente a la puerta del aposento del niño Antonio. Efectivamente, torcido como una saca corchos, tirado sobre el colchón, con una respiración fatigosa que semejaba un ronquido de borracho, Antonio daba la impresión de un estrangulado por entregas, en el momento casi definitivo de quedar asfixiado.

Don Tancredo ordenó llamar al médico. El automático¹ marcó el número 178.469 “ambulante”. El doctor Gurtz, que se hallaba

1 Serán comunes las rupturas temporales con artefactos inexistentes para la época, como esta especie de celular. Era una época revuelta, otra guerra se avecinaba, se veía la formación de grandes potencias (como EE. UU. y Alemania), de inventos acelerados y de industrialismo creciente, a Venezuela llegaban los automóviles Ford y refrigeradores

ingiriendo cerveza, acodado en una botillería, advirtió que el bolsillo de su chaleco se convulsionaba con el repiqueteo prolongado.

—¡Ya no puede uno ni beberse tranquilo su cerveza!

Extrajo el cablecito imperceptible rematado por un minúsculo auricular; se llevó este al pabellón de la oreja izquierda e inquirió:

—¿Aló?

—¿El doctor Gurtz?

—¡Claro! Si no atiende yo por mi teléfono de bolsillo, ¿quién demonios va a atender? Despache rápido, que estoy ocupadísimo.

—Es Tancredo Jiménez, doctor.

—¡Oh, mi grande amigo! ¿Qué le pasa?

—Algo grave, doctor.

—¿Se está muriendo la señora?

—Todavía no; se trata de Antonio.

—El niño, ¿eh? ¿Y qué le pasa?

—No hay forma humana de despertarlo; respira difícilmente; esto parece grave, doctor.

—¡Caramba! Dentro de un momento estoy en su casa.

Y efectivamente, a la media hora larga apareció el doctor Gurtz.

(Vamos a hacer una ligera presentación del doctor Gurtz: hijo de un médico alemán y de una rusa bolchevique; hombre coloradote, gordo, optimista y especializado en toda clase de enfermedades. Edad: cincuenta años. Religión: ninguna. Afición: cerveza a pasto).

—Vamos a desnudar al niño.

Se le desnudó. El doctor Gurtz se despojó del paltó, prenda que le dificultaba los movimientos cuando precisaba inclinarse. Auscultó. Tomó el pulso. Trató de abrir la boca del paciente, cosa que no se pudo lograr. Trató de abrirle los párpados. Esto fue igualmente imposible. El doctor Gurtz se rascó la cabeza, como todos los médicos de todos los tiempos cuando se hallan ante un caso grave.

General Electric, con toda la propaganda y pompa que era posible. [Todas las notas son del editor].

—¿Es algo serio, doctor?

—Querido señor Jiménez, el niño, desgraciadamente, sufre un ataque de “pannegolitis”². Es el tercer caso que se presenta en este país. Hay que dejarle en la cama. Si el ataque es simple, dormirá diez años; si es agudo, dormirá aproximadamente veinte o veinticinco años...

—¿Eh?

—Sí señor. ¿No lee usted los periódicos? La pannegolitis es una forma nueva de la antigua epilepsia. Los primeros casos ocurrieron en Norte América, hace quince años. Se presentaron trescientos ocho casos. De los trescientos ocho, noventa despertaron a los diez años; el resto duerme todavía... Esta enfermedad fue localizada por el doctor Chimtrop; se le llama pannegolitis porque es una “panne”³ del organismo, ¿eh? Hasta la fecha no ha sido posible atinar con un reactivo.

—Pero bien, ¿se muere de eso?

—No, no se muere nadie. Si la persona atacada iba a morirse algunos días después, la muerte se espanta. El atacado queda inmune. Pero no despierta ni con las trompetas del juicio final. Además, la enfermedad no origina trastornos en el organismo. Antonio cuenta hoy ocho años; pues bien: su desarrollo seguirá normalmente y a la

2 No debe confundirse con la forma antigua de denominar a un grupo de enfermedades cutáneas, llamada *panniculitis*. El autor puede estar aludiendo más bien a la encefalitis letárgica, una forma atípica de esta enfermedad cuyo origen aún se desconoce, puede deberse a una bacteria o a una reacción autoinmune del cuerpo. Esta enfermedad neurológica, parecida al párkinson, se presentó como una epidemia entre 1917 y 1928, dejó millones de fallecidos a nivel mundial, sin embargo los que sobrevivieron permanecieron en un estado semicomatoso del que algunos salieron a finales de la década de 1960 (treinta años después de la publicación de *El regreso de Eva*) gracias al polémico tratamiento que hiciera el Dr. Oliver Sacks con la droga L-Dopa, aunque la mejora duró poco tiempo tal como se describe en su libro *Despertares*, de 1973, y en la película homónima, que fue estrenada en 1990.

El periódico *La Esfera*, que publicó *El regreso de Eva*, dio a conocer el 22 de septiembre de 1933 una importante noticia sobre “La enfermedad del sueño”, identificada como una forma de encefalitis quizás provocada por un agente viral que dejaba muchos fallecidos. Tal vez fuese el mismo autor quien ayudaría en la redacción de dicha noticia.

3 En francés denota una avería y en inglés un desfallecimiento o una ruptura.

edad que despierte despierta como si acabara de dormirse para los años que hayan corrido.

—¿Y qué le hacemos, doctor?

—Mantenerlo desnudo. Nada de ropas, para no entorpecer el crecimiento. Por alimentación, mucho aire. Mantener abiertas las ventanas. Bañarlo diariamente. También pueden afeitarle una vez por semana cuando comience a salirle barba...

Y como el doctor Gurtz advirtió que su teléfono de bolsillo se convulsionaba en el chaleco, atendió, dijo “ya voy para allá”, se puso el paltó, se plantó en el ascensor y se fue a la francesa.

Una conferencia del profesor Ferguson⁴

Los periódicos de la mañana anunciaron con grandes titulares que el profesor Ferguson, huésped de honor del Gobierno, dictaría una notabilísima conferencia sobre la pannegolitis. El anuncio rezaba que la conferencia sería leída a las cinco de la tarde, pero a las tres ya no era posible colarse en el recinto. De ahí que, cuando el profesor hizo acto de presencia, no hallara cómo diablos romper aquella muralla humana para llegarse al estrado que le habían dispuesto. Las cuatro polizontas⁵ que guardaban el orden tuvieron que esgrimir sus látigos. A costa de muchos sudores, el profesor Ferguson logró atravesar el salón. Llegó jadeando, con el cuello desatado y la corbata con el nudo por el occipucio. Subido a su tribuna trasegó de un golpe la garrafa de agua esterilizada que le pusieron allí para humedecer el gazzate. Un silencio de susto recorrió la sala. El profesor,

4 Se notará que los nombres y apellidos europeos e ingleses son muy comunes, esto se debe a que eran leídos con frecuencia en obras literarias científicas y periodísticas. *La Esfera* publicaba casi a diario un cuento donde los personajes con nombres e historias de estilo estadounidense abundaban, el autor hace además muchos juegos de palabras con esos nombres para darle un toque humorístico a la obra. Además, la presencia del cine era fuerte en los teatros caraqueños, como el Rialto, donde se estrenó *King Kong*, o en el teatro Caracas, donde se estrenó también en aquel año *Silbando en la oscuridad*.

5 Oficios que, según los medios como *La Esfera*, no eran para mujeres, según muchas opiniones publicadas en este diario los trabajos más adecuados para ellas eran los del hogar y la crianza, por eso esta obra fue transgresora en muchos sentidos. Por otra parte, hay noticias publicadas en el mencionado diario sobre hallazgos arqueológicos e investigaciones sobre sociedades matriarcales en el Cuzco prehispánico, quizás esto influyera en el escritor.

después de echar una ojeada sobre aquella muchedumbre, y después de toser tres veces (en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo), habló así:

“Señoras y señores: un alto honor es para mí verme en este recinto; voy a hablaros de esa enfermedad terrible llamada pannegolitis, que hizo su aparición entre los yanquis hará quince años, y que de nuevo torna a sembrar el pánico en la humanidad”.

El silencio de la sala se hizo más pesado que una barra de plomo. El profesor, por lo consiguiente, pudo hablar sin hacer grandes esfuerzos en la dicción. Allá va eso:

“La pannegolitis ha sustituido entre las enfermedades aquel ataque muy común llamado epilepsia. Pero no debe confundírsela, porque la epilepsia atacaba a los epilépticos, (¡claro!) y la pannegolitis ataca a todo bicho viviente. ¿Qué origina la pannegolitis?... (En este interrogante el profesor abrió un calderón, como si entre la concurrencia alguien fuera a contestar lo que no sabía). Hasta el momento es un enigma. (El público oyente respiró). Es un enigma porque la ciencia ha agotado sus investigaciones y ¡nada!...

«Ignorado, pues, el origen de la enfermedad, solo voy a hablaros de sus características. El atacado de pannegolitis entra en un sueño profundo. En los casos simples, puede despertar al cabo de diez años; en los casos complicados, a los veinte o veinticinco años. Pero esa ‘panne’ de la naturaleza nos ofrece la curiosidad de que el individuo (o la individua) se inmunizan contra la muerte. Los atacados que han fallecido durante el ataque, no ha sido a consecuencia del mismo, sino por otras causas. Se conocen varios casos. En un incendio ocurrido en una casa donde se hallaban dos atacados de pannegolitis, ambos fallecieron, y pudo comprobarse que no fue sino a consecuencia de las llamas, porque se les encontró carbonizados. Igualmente, en el naufragio del vapor sueco *Fosforito* la pleamar echó a la playa, entre otros despojos, dos cadáveres, uno de hombre y otro de mujer. Ambos cadáveres fueron identificados. Resultaron ser dos atacados de pannegolitis que eran trasladados por sus familiares.

Y la autopsia comprobó que no fallecieron del ataque, sino a causa de que, no pudiendo defenderse, fueron atacados por los tiburones. ¿Cómo se conserva el paciente durante la enfermedad? Como las frutas en su jugo. Es un símil exacto. Pongamos ejemplos. Un hombre de veinte años es atacado de pannegolitis. Se duerme. Se le acuesta, se le desnuda y se le instala en una pieza que tenga bastante ventilación. La alimentación del enfermo es el aire. Mientras dure el ataque, el organismo continuará su natural desarrollo; cada mes será preciso recortar las uñas y el cabello y rapar la barba a los varones. Cada mes será preciso prestar, además, ciertos cuidados íntimos a las mujeres. Fuera de ahí, como si no hubiera pasado nada. Ahora bien: cuando el enfermo despierta, recobra el uso de sus facultades mentales y hasta suele recordar las últimas impresiones que experimentara. Esto se ha comprobado también. En Nueva York, en el hospital de Hollywood, una enferma, en el momento de despertar después de frotarse fuertemente los ojos, exclamó: ‘¿Lindbergh⁶ nieto no ha batido aún el récord de altura?’ Y dos testigos presenciales pudieron afirmar que la enferma, al ser atacada del mal, leía en el *New York Times* la noticia de que Lindbergh nieto acababa de arrancar en un avión, con tales propósitos. Para comprobar este fenómeno, harto interesante, abundan episodios catalogados escrupulosamente. El doctor Piroulet, de la Academia de París, cita el ejemplo de un judío que volvió de su sueño a los seis años, caso muy raro si se toma en cuenta que, aun en los ataques simples, el paciente no duerme

6 Entre las noticias importantes de la época en que vivió Pepe Alemán estaban las de los intrépidos exploradores y las hazañas humanas en territorios desconocidos. Charles Lindbergh (inventor y explorador estadounidense) fue el primer piloto en cruzar el océano Atlántico sin paradas, en 1919. Existe la expresión en español “más perdido que el hijo de Lindbergh”, que se originó en el secuestro y asesinato de un hijo del mencionado piloto en el año 1932. Lindbergh mantuvo posturas de apoyo a la no intervención de Estados Unidos en contra de la Alemania nazi, incluso hasta manifestaría posturas fascistas y racistas.

Por otra parte, eran comunes las historias en el diario *La Esfera* sobre las exploraciones y tragedias que desde finales de 1800 hasta la década de 1930 continuaban refiriéndose a los polos norte y sur.

menos de diez... Dice el doctor Piroulet que el judío abrió los ojos y dijo simultáneamente: Treinta francos; ni un céntimo más. Sería prolijo seguir citando ejemplos. Resumiendo: la pannegolitis es una amenaza para la humanidad. Si se extiende en forma de epidemia, la humanidad corre el riesgo de quedarse íntegra echando un sueño de no menos de diez años... (¡Caray! ¡Qué más quisiera la humanidad!). La circunstancia de hallarme de paso por esta ciudad, y de que se hayan presentado tres casos en pocos días, es la causa de que me encuentre entre vosotros esta tarde, haciéndoos esta exposición. No hay que alarmarse. De los tres casos registrados aquí, el primero fue mortal porque un médico bárbaro le aplicó al enfermo sesenta sinapismos. Los otros dos casos, de un niño y de una niña, siguen su curso normal. He dicho».

Contra lo que era de esperarse, el público oyente no aplaudió al profesor Ferguson. Indudablemente que aquello era una falta imperdonable de educación, pero con franqueza, ¡la gente no estaba para fiestas!

SEGUNDA PARTE

Las dificultades del tráfico aéreo el año de 2011

El verticalicóptero⁷ enganchó en la baranda del balcón. La ministra de Aviación echó pie, saltó al interior de la habitación que le servía de despacho privado, y antes de quitarse los guantes oprimió un botón marcado con un número 7. Un cuadro (oleografía del *Graf Zeppelin*⁸) giró en la pared y apareció la ayudante de órdenes.

—¿Ordena la señorita ministra?

—¿Qué novedad ocurre?

—Ninguna.

—¿Ninguna?

—Es decir, novedades de menor cuantía, han chocado treinta y tres aparatos en la mañana.

—¡Qué atrocidad! ¿Y con eso me dice usted que no hay novedad?

—Le he dicho a la señorita ministra que de menor cuantía.

—Es verdad. Pero la menor cuantía asume hoy proporciones gigantescas. Llame inmediatamente a la inspectora de tráfico aéreo.

7 En el diario *La Esfera* del mes septiembre de 1933 (unas semanas antes de la publicación de esta novela) salía una noticia sobre uno de los modelos experimentales de lo que hoy conocemos como helicóptero. Lo reseñaban como un “nuevo tipo de autogiro”.

8 Uno de los dirigibles (naves llenas de hidrógeno) más emblemáticos de la historia, el LZ 127 *Graf Zeppelin* fue construido y operado por los alemanes. Estuvo en actividad desde 1928 hasta 1937, viajó por muchas partes del mundo, incluso pasó por Río de Janeiro en 1930.

La ayudante de órdenes se acercó a una mesita, una monada de mesita, como para servir en ella dos tazas de té. Pasó una palanca y se llevó a las orejas un auricular doble.

—Anjá, del Ministerio de Aviación. ¿Habla la sección mil metros?... Anjá, bien. Llame a la inspectora... ¿Cómo?... ¿Y cuántos aparatos chocaron?... ¿Nueve?... Bien. Avisela, al descender a esa altura, que pase a este despacho...

—¿Qué le dicen?, inquirió la ministra.

—La inspectora ha tenido que ascender a mil doscientos, llamada de urgencia. Ocurrió otro choque. Nueve aparatos solamente...

—Cuarenta y dos aparatos han chocado hoy, ¡y apenas son las once de la mañana! ¡Esto no puede continuar así! Salga usted inmediatamente y me trae a la inspectora.

El cuadro giró en la pared, a la inversa, y la señorita ministra se quedó sola. Sola y con humor de perros. Porque los accidentes del aire menudeaban que eran un encanto y los periódicos la atacaban con cañones de alto calibre. Como ocurre siempre a los altos personajes, la señorita ministra de Aviación se entregó a un soliloquio:

—¡Cuarentidós aparatos! ¡Espantoso! Los accidentes alcanzaban a una docena, y eso, los días feriados; ahora se cuentan por centenares, y el batacazo lo voy a sufrir yo. ¿Qué no irán a decir ahora los multidiarios? Sobre todo ese condenado *El Instante*, que no me da cuartel.

Y al llegar a este período del soliloquio, como si hubiera conjurado Don Juan Tenorio al Comendador, de un tubo de aluminio que asomaba la boca a la altura del escritorio surgió una hoja de papel impreso; y la hoja de papel impreso era la treceava edición de la mañana de *El Instante*, y *El Instante* decía así:

DURANTE LA MAÑANA HAN OCURRIDO TREINTA Y TRES
ACCIDENTES AÉREOS.

EL TRÁFICO, A ALTURA MAYOR DE QUINIENTOS METROS SE ESTÁ
HACIENDO PELIGROSÍSIMO.

SI EL MINISTERIO DE AVIACIÓN SE SIGUE HACIENDO LA VISTA GORDA,
HABRÁ QUE REMOVER A LA MINISTRA.

La ministra tuvo que sentarse. Y siguió leyendo:

Es inconcebible la indiferencia del Gobierno ante los accidentes que se vienen registrando diariamente en el aire. Ayer, veintiséis; en la mañana de hoy, hasta este instante, treinta y tres. ¿Qué se hace la ministra? ¿Está cruzada de brazos? Se impondrá reemplazarla, por ineptitud manifiesta.

Pero faltaba. Faltaba:

ÚLTIMO INSTANTE:

Ya para imprimir esta edición, nos comunica nuestra reportera a mil doscientos metros que acaba de ocurrir una colisión entre nueve aparatos: dos verticalicópteros, cuatro aeroplanos y tres dirigibles. Hemos llegado al llegadero.

Pero en ese momento llegaban también al despacho de la ministra su ayudante de órdenes y la inspectora de tráfico aéreo. La ayudante hizo mutis.

Y de las manos de la señorita ministra hizo mutis el ejemplar de *El Instante*, sepultado en la carpeta del escritorio. Mientras la inspectora de tráfico aéreo se sacudía de la cabeza un poco de neblina, la ministra tomó un cigarrillo, lo prendió, lo aspiró y poniendo los labios en O dejó escapar una espiral que buscó el hueco del balcón. La señorita ministra, además, se cruzó de piernas. Y por último, habló de esta manera:

—La he llamado para que me dé las novedades.

—Ninguna, señorita ministra.

—Ninguna, ¿eh?

—Absolutamente.

—Muy bien.

La inspectora siguió de pie y la ministra dio media vuelta sobre su eje, sin levantarse.

—Conque ninguna novedad.

—Ninguna.

—Muy bien.

La inspectora continuó en la misma posición. Pero la ministra tiró al pavimento el cigarrillo, se paró, se acercó a la inspectora de tráfico aéreo, la agarró por las solapas, la sacudió y, sin más preámbulos, haciendo justicia a sus méritos, le disparó estas palabras:

—Usted no sirve para nada. Desde este instante queda usted destituida de su cargo...

Oprimiendo un botón marcado con el número 3 tornó a sentarse. Del techo de la habitación descendió un paracaídas y agarrada del paracaídas descendió una dama. Traje de aviadora y semblante de veintitrés años; bonita.

—¿Ordena la señorita ministra?

—Señorita Helium, encárguese inmediatamente de la inspectoría del tráfico aéreo. La señorita está destituida.

—Perfectamente. ¿No ordena nada más la señorita ministra?

—Haga arrestar a esa mujer; diez días de arresto; y que la pasen al servicio de limpieza de los hangares del tercer piso.

—Perfectamente.

El cuadro del *Graf Zeppelin* giró en la pared tragándose a la señorita Helium y a la exinspectora.

* * *

Vamos a cumplir con un deber de cortesía presentando a la señorita ministra de Aviación, Nirvana Castro, de veintiséis años de edad. Color, blanco; cabello, negro; ojos, castaños; educación, buena; profesión, aviadora. Credenciales: récord de permanencia en el aire, sin comer; récord de permanencia en el aire, sin dormir; récord político:

única mujer de su época que alcanzaba aquella cartera a tan temprana edad. Aficiones: la aviación, y “algo” que ni la interesada había logrado definir.

No es posible condensar en menor número de palabras la personalidad de una ministra. Pero como nuestro deber es excesivo en estas cosas de presentar personajes, hablaremos un poco de la vida privada de Nirvana Castro.

Nació Nirvana Castro en el año de 1985, cuando ya los recién nacidos dejaban de venir al mundo por los medios naturales... Es decir: cuando los rorros no eran ya traídos de los bazares de Dios por una cigüeña, ni se encargaban a París. La humanidad anda tan adelantada, hombres y mujeres, (sobre todo las mujeres) se ocupan en menesteres tan varios y urgentes, que las relaciones antaño conocidas con la denominación de amorosas o sexuales pasaron a la historia. Al respecto, y para dar a estas notas un sello de absoluta seriedad, es conveniente que copiemos párrafos de una obra científica de la época, titulada *De los nuevos procedimientos para la fabricación de niños*, y decomisada por el gobierno.

Antiguamente, allá por los años de 1922, poco más o menos, se comentó mucho en diversos países un procedimiento llamado “eugenesia”, por el cual se pensaba dar a la humanidad niños sanos y robustos. Fue una teoría sin originalidad. Se establecía, o se pretendía establecer, que los matrimonios solamente se efectuaran entre elementos sanos. Un hombre robusto y desprovisto de espiroquetas; una mujer igualmente higienizada. De tal matrimonio, claro está, deberían nacer hijos también higiénicos...

Como puede advertirse, la idea no era nada original. Y solo nos deja ver que para aquellos años en el mundo había mucha inmoralidad; la humanidad era una porquería. A nosotras estaba reservado enmendar la plana al supremo hacedor del Universo. Resultaba insólito que los niños siguiesen viniendo a la vida por aquellos procedimientos primitivos. La “autonacimenesia” es la conquista científica más grandiosa de todos los tiempos. Ya tenemos en el mercado autonacimentina de calidad

insuperable, como se ha podido comprobar en las incubadoras de los hospitales alemanes. La profesora Gloutten, de Berlín, alimentó una incubadora de dos mil matrices con la autonacimentina manufacturada por la casa Mammamm Biberonem⁹, de Hamburgo, en sus fórmulas “A” y “B”, es decir: mil matrices con autonacimentina macho, y mil matrices con autonacimentina hembra. Cumplido el proceso de tres meses, se obtuvo el siguiente resultado: nacimientos: 934 hembras; 869 machos, o varones. Como puede advertirse, se perdieron 66 matrices hembras y 131 machos. Pero en realidad no se perdieron. Parece ser que en los laboratorios de la casa Mammamm Biberonem hubo una confusión lamentable de probetas, y se mezclaron productos sintéticos de la fórmula “A” con la fórmula “B”. Y la diferencia de 197 matrices sin sexo definido, resultaron nacidos, pero bicéfalos y cuadrúpedos. Algo parecido, aunque mucho más interesante, que el hermafroditismo de los antiguos... Es verdad que la única autonacimentina de resultados positivos es actualmente la de procedencia alemana, que se vende a muy altos precios. En Francia, Inglaterra, Italia, España, etc., los ensayos no dan sino niños y niñas que fallecen a los pocos días. Pero el secreto invulnerable de los alemanes algún día dejará de serlo. Y sobre todo, como Alemania exporta autonacimentina, a cada país, aunque con demasiadas restricciones, en porcentajes adecuados, el hecho es que la autonacimentina existe.

Volvemos al punto de partida: Nirvana Castro vino al mundo, por generación natural, (vale decir: romanuda¹⁰), cuando ya no se venía al mundo tan romanudamente. Pero parece ser que su señor padre, don Elpidio Castro, y su señora madre, doña Tomasa Rojas de Castro, no querían modernizarse.

9 Juego fonético satírico del autor imitando la grafía y fonética del alemán, pero diciendo en vulgar español “maman biberón”.

10 Según María Josefina Tejera, en el *Diccionario de venezolanismos*, segundo tomo, la acepción romanudo aparece equiparable a la de vitoqueado y lanudo, esta última denotaba en la región andina o llanera a alguien rústico, de costumbres toscas; según el mismo diccionario en Zulía se llamaba lanudo a los andinos, en todo caso el adjetivo era despectivo. En este lugar el autor de la novela parece usarlo también en ese sentido.

Nacida, pues, Nirvana Castro, el 30 de febrero del año de 1985, tuvo la desgracia de quedar huérfana de padre y madre cuando apenas ensayaba a chupar biberón. De acuerdo con las leyes de “Recolección de la infancia”, Nirvana fue llevada al Hospital Federal y allí se levantó. Nirvana, pues, era un puente tendido entre dos civilizaciones, pero esto, ni ella lo sabía.

Nadie podrá extrañarse, por lo consiguiente, de que, siguiendo en muchas cosas la ley de la herencia, Nirvana, mujer de su época, diera sus zancaditas a la época de sus progenitores. Y aquel sedimento del pasado la rebullía de vez en cuando en la sangre. Mujer dotada de una viveza extraordinaria, no se dejaba “ver la puerta”. Pero esa puerta solía abrirse a ciertas expansiones ilícitas en su tiempo. Por ejemplo: Nirvana, a veces, al ver un hombre, sentía cosquillas. Se rascaba discretamente y volvía la cabeza. Pero sentía las condenadas cosquillas. Muchas veces, en la intimidad, trató de averiguar si a alguna de sus amigas le ocurría algo análogo. No les ocurría. Precisamente, podemos asistir a una tertulia “familiar” en el salón *fumoir* de la vivienda de la señorita ministra de Aviación. Asomándonos allí, aunque sea con la punta de la nariz, podremos ilustrarnos en algunas cosas interesantes para el desarrollo de nuestra novela.

La señorita ministra recibía a sus íntimas los lunes a las 10 de la noche. A esa hora el ascensor no tenía descanso. Sube y baja. Una chica de boina y calzones cortos anunciaba:

—La señorita Calcinada.

—La señorita Pira.

—La señorita Urotro.

—La señorita Castor.

Y las nombradas descendían del ascensor y pasaban directamente al *fumoir*, donde la ministra les iba tendiendo la mano zurda.

La noche que nos toca asistir a esta “tenida”, asistía la señorita ministra de Educación y Cultos, muy bonita, muy rubia, muy delgada y muy larga. Tan larga, y delgada, y rubia, y bonita, como una espiga nacida en tierra de abono.

Y nosotros asomamos las narices en el preciso instante en que la tertulia gira sobre un tópico novísimo: la nueva literatura llamada “romanudismo”, o lo que es lo mismo, “evocadora de lo antiguo”.

—El “romanudismo” —dijo la señorita Urotro—, es un lío. Yo no entiendo una palabra.

—Porque no habrás leído la novela de Virginia Gil de Hermoso, actualizada gracias al hallazgo que de ella hizo la señorita Arqueológica Páez. Trae un prólogo muy interesante. Y, como dice Arqueológica, para comprender el “romanudismo” es indispensable, o era indispensable, topar con una novela de aquella época. Uno no entiende ni jota; pero la novela lo explica todo...

—¿Y qué dicen ustedes de *Lo que se llamó amor*, que acaba de publicar la señorita Hiperestesia Roldán —terció la ministra de Educación y de Cultos.

—Es una de las obras menos comprensibles; eso es pura invención —dijo Urotro.

—Pero vamos a ver. En todas esas obras nuevas se habla del amor. ¿Qué era el amor? ¿Qué se entendía por eso? ¿Qué papel desempeñaba en la vida el amor? ¿Por qué el amor era llevado y traído?

Todos estos interrogantes los hizo, entre el humo de su cigarrillo, la señorita Calcinada.

Y la más autorizada para hablar de aquello tomó la palabra. Es decir, tomó la palabra la ministra de Educación y de Cultos.

—El amor —dijo—, era un juego de sociedad. Nuestros antepasados se aburrían por falta de ocupaciones. Los hombres trabajaban durante el día, ¡supónganse ustedes! ¿Qué iban a hacer por las noches? Pues inventaron el juego llamado amor.

—Pero, ¿cómo era el juego? —prosiguió preguntando Calcinada.

—Verás. Yo he consultado, al respecto, varias obras. Lo que pasa es que no arrojan mucha luz en el asunto. Es lástima que las autoridades sanitarias hicieran una pira gigantesca con todos los libros del pasado. De ahí que el hallazgo de esa novela de la Hermoso sea algo sensacional. Entusiasmada por dar una conferencia sobre las

costumbres de la antigüedad, yo he rebuscado. La doctora Amígdalas dice en su obra *Las estupideces de otros tiempos*, (capítulo XXX, página 9.000, tercer párrafo):

Según declaraciones de un hombre nonagenario que vive en Madrid, el llamado Amor era

*un bichito
que por los ojos se mete,*

y ello explica, en parte, que las gentes de entonces representaran al amor como un niño con una venda sobre los ojos. Pero hay otras versiones. Por ejemplo: los antiguos atribuían al amor la virtud de inspirar heroísmos; también se decía que, los atacados del amor, solían perder la cabeza. En síntesis, nada concreto podemos señalar que nos guíe en ese sentido.

Pues bien –continuó la ministra de Educación y de Cultos–, yo he llegado más allá en mis investigaciones; parece ser que el amor, de simple juego de sociedad inventado por los hombres para pasar el rato con las mujeres, degeneró en pandemia...

—¡Qué horror!

—¡No puede ser!

—¡Es inconcebible!

—Es inconcebible pero mis investigaciones allí me conducen. Supónganse ustedes que la arqueóloga Plata Galvanizada ha descubierto unas tumbas; y una de esas tumbas tiene esta inscripción:

MARGARITA GUTIÉRREZ,

MUERTA DE AMOR

PAZ A SUS RESTOS

Se hizo un silencio; lo que se llama que “pasó un cura”, aunque no hubiese sotas por todo aquello. Nirvana Castro se sentía un poco nerviosa. En efecto, cuando oyó decir que el amor había degenerado en pandemia, oprimió un timbre, sin que lo advirtiesen sus amigos. Y en el momento en que pasaba “un cura” aquel timbrado

que había repercutido en el interior fue atendido. Por el hueco de una puertecilla apareció Jacobo, el criado de confianza de la señorita ministra. Traía una bandejita de plata repujada; sobre la bandejita brillaban unos platillos diminutos, de oro auténtico: y sobre los platillos diminutos se veían unas pastillitas de *whisky and soda*, sintético, naturalmente.

Jacobo fue presentando la bandeja ante cada visitante; luego la dejó en la cabeza de un Buda que a la vez hacía las veces de pebetero en el centro de la habitación. Y cumplidos estos menesteres, Jacobo se esfumó. Las tertulias habían guardado silencio. Aquel silencio fue roto por Nirvana:

—Decías tú, chica, que la inscripción de una de esas tumbas descubiertas por la arqueóloga Plata Galvanizada, reza que una tal Margarita Gutiérrez había muerto de amor. Pero en todo eso hay algo que no me alcanzo a explicar. ¿Cómo puede ser que un juego de salón, como quien dice, pueda degenerar en pandemia? Es un absurdo.

La señorita Castor, que hasta entonces había guardado un prudente silencio, tomó la palabra:

—Como estamos en confianza, voy a exponer a ustedes algo que he llegado a colegir por las indiscreciones de Paula.

—De Paula... ¿Y quién es Paula? —preguntó la ministra de Educación.

—Paula es una vieja que se conserva en casa en calidad de estantigua; Paula cuenta, según ella, ciento seis años. Casi no ve; pero habla una barbaridad.

—Bien, y ¿qué es lo que dice Paula?

Nirvana acercó más su butaca. Ofreció cigarrillos. La señorita Castor giró las miradas en torno y una vez convencida de que continuaban “en confianza”, prosiguió.

—La otra noche Paula se lamentaba “de las vueltas que da el mundo”. Es necesario advertir a ustedes que de noche solemos hacer coro para escuchar los disparates de la viejecita. Al oírla hablar de

las vueltas que da el mundo tuvimos la idea de que iba a hablarnos de astronomía. Pero Paula, como si hablara consigo misma, ¡dijo una cantidad de cosas!

—A ver, repite...

—Según Paula, allá para la época de su infancia, el mundo era distinto.

—Eso lo sabemos de sobra.

—¡Pero no sabemos bien por qué era distinto!

—Es verdad.

—Pues bien; era distinto, según Paula, porque entonces estaba encomendado a los hombres, por una parte, todo lo que hoy nos está encomendado a las mujeres.

—Por eso antes el mundo marchaba tan mal...

—Seguramente.

—¿Y qué más?

—Los hombres y las mujeres se hacían el amor...

—¡Vuelve a aparecer el amor!

—Antiguamente el amor estaba mezclado en todo, hasta en los consomés.

—Sería algún estimulante.

—Lo era, según Paula.

—Pero bien, hasta la fecha no has repetido ninguna de las cosas que les habla Paula.

—¡Porque me interrumpís demasiado! La otra noche, cuando hablaba Paula de los hombres, dijo: “¡Cuándo en mis tiempos, Dios eterno! Es verdad que había mucha inmoralidad, pero la vida era como debe ser”.

—Y según Paula, ¿cómo debería ser la vida ahora?

—¡Como lo era antes! Yo les aseguro que si fuera posible agarrar a Paula en la intimidad, serían muchas las revelaciones que podría hacernos.

—¿Y por qué no ensayas?

—Es difícil. Sin embargo, algo llevo adelantado.

—¡Cuenta, cuenta!

—Yo le he preguntado a Paula, por ejemplo, que si ella tuvo hijos.

—Y ¿qué es eso?

—Parece ser que antes las mujeres tenían hijos. Es decir, que en vez de regalar el Estado, como lo hace ahora, a cada mujer una niña para que esa mujer la cuide, las mismas mujeres se las arreglaban para conseguir sus niños.

—Se los robaban.

—Seguramente.

—Y ¿qué te contestó la viejecita?

—Que ella tuvo trece hijos.

—¡Qué atrocidad!

—¿Y es eso todo lo que has logrado sacarle?

—Más. Una vez le logré preguntar si es verdad eso de que el amor era un juego. Me dijo que sí. Pero me aseguró que era un juego muy peligroso.

—¿Lo ves? —interrumpió la ministra de Educación—. Peligroso porque degeneró en pandemia. De no ser así, ¿cómo te explicas que aquella Margarita Gutiérrez hubiera muerto de amor?

Los tres primeros ronquidos de una momia

Una sala amplia, larga, más larga que la esperanza de un jugador a la lotería. A lo largo de las paredes una hilera interminable de camas blancas. (¡Está visto que los hospitales no han de cambiar de aspecto jamás!). Y como aquella sala, diecinueve salas más. Porque el hospital contaba con veinte. Al centro, y a todo lo largo de cada sala, el espacio suficiente para que traficasen médicas, practicantes y enfermeras. Y de trecho en trecho, mesitas también blancas, con unas vitrinas empotradas; en cada vitrina una cruz roja; dentro de cada vitrina algodones, éteres y pastillas de todas clases: de pan, de fécula de maíz, de jugo de carne, de pollo, de café con leche. Cada pastilla dosificada. Porque una de las ventajas de vivir en estos años maravillosos es la de contar con los alimentos sintéticos. Ello ha entorpecido, o mejor dicho, ha cortado de raíz algunas profesiones que en la antigüedad rindieron pingües ganancias a sus apóstoles, pero la vida resulta encantadora. La odontología, por ejemplo, no es ya conocida, y las gentes se abismaban de que alguna vez hubiesen existido hombres tan bárbaros que le arrancaran al prójimo sus muelas.

Eran, más o menos, las diez de la mañana. Cuando apareció la doctora Wataplasma, directora del instituto, y detuvo su humanidad en el marco de la puerta de entrada, todos los enfermos se incorporaron. La doctora recorrió el salón, es decir, caminó cuatrocientos metros, doscientos de ida y otro tanto de vuelta.

Entonces se encaró con la practicante número 8.

—¿Qué novedad ocurre?

—En este salón, ninguna. En el salón de observación sí.

—A ver, diga.

—La ficha número 7 roncó.

—¿Eh?

—¡Roncó!

—¿Está usted segura de eso?

—Segurísima.

—¿No estaría soñando usted?

—Aseguro a la señora doctora que estaba perfectamente despierta.

—Y ¿cuántas veces roncó la ficha 7?

—Tres veces.

—Insisto en creer que usted no está en sus cabales.

—Y yo, muy respetuosamente, aseguro a la señora directora que escuché los ronquidos. En el momento de sacudir el polvo de la cara de la ficha, como se acostumbra a las nueve de la noche, y al volverle la espalda, emitió el primer ronquido. No niego a la señora doctora que me sentí un poco sobrecogida. Dejé caer el plumero. Me agaché a recogerlo, y el segundo ronquido.

—¿Y después?

—Como la señora doctora sabe que en el salón de observaciones solo hay momias, pensé que una momia no puede lícitamente, roncar. Y al segundo ronquido me pareció prudente retirarme.

—¿Y cómo escuchó usted el ronquido número tres?

—Porque apenas me había retirado unos pasos.

—¿Y después?

—Al final del tercer ronquido ya me encontraba en este salón, ingiriendo agua de tila.

—Vamos a ver eso.

—Me bebí toda la que había, señora directora.

—Pero, ¿qué dice usted?

—Que me bebí toda la tila.

—¿Y quién le pregunta ahora por la tila?

—Como ha dicho usted que vamos a verla...

—Usted no ha pasado el susto todavía. Vamos a ver qué es eso del salón de observaciones y de los ronquidos.

—¡Ah!

La doctora Wataplasma y la practicante pasaron al salón de observaciones. Para llegar a él atravesaron tres patios. Llegaron a la ficha 7. De la pared colgaba una ficha: 7. Una cama (esta no colgaba); sobre la cama, cubierto con una tela, un cuerpo.

—¿Fue aquí donde oyó usted los ronquidos?

—Sí.

—¿Está segura?

—Segurísima.

—Búsqueme el índice.

La practicante fue a un estante de acero y extrajo un libro índice.

—Vamos a ver... “Ficha 7. / Data: 13 de abril de 1992. / Caso de pannegolitis. / Fichado: Antonio Jiménez. / Ataque sufrido en 1.º de enero de 1986. / Observaciones: conducido al Hospital Federal por haber quedado el atacado sin cuidadores, muertos estos, en su totalidad, en un accidente de automóvil...”.

La doctora Wataplasma cerró el índice. Y se pasó la mano por la barbilla.

—Pannegolitis... Pannegolitis... Pannegolitis... ¿Sabe usted qué es eso de pannegolitis?

—Ni una palabra.

—¡Pero es preciso saberlo!

—Claro.

—Búsqueme la enciclopedia.

—¿No sería preferible que la señora doctora pasara a la biblioteca?

—Es verdad.

Y se fueron a la biblioteca.

Pero en la biblioteca la doctora Wataplasma sufrió un disgusto morrocotudo. La enciclopedia novísima que allí se hallaba no traía la denominación solicitada. La pannegolitis continuaba en el

misterio. ¿Cómo se explica que un diccionario enciclopédico tan famoso como aquel adoleciera de semejante falta? Veamos. Algunos años antes el cuerpo directivo de la Academia de la Lengua y de la Historia ordenó que se editara un diccionario enciclopédico “novísimo”. Claro está que en lo novísimo no cabe, ni apretado, lo viejo. La comisión de académicas encargadas de arreglar el *Diccionario Enciclopédico* comenzó por textar todo lo que no comprendía. Y asimismo “los vocablos y hechos que, por referirse a cosas de la antigüedad, no tienen ya razón de ser ni en las enciclopedias”. Esa fue la explicación oficial que se dio a las mutilaciones realizadas en aquel auto de fe. De lo cual se colige que el *Diccionario Enciclopédico* no servía para nada. Es decir, servía para llenar varios huecos en las estanterías.

—Es urgente averiguar esto de la pannegolitis.

Habló para sí. Pero advertida de la presencia de la ayudante, se dirigió a ella:

—Posiblemente estamos a las puertas de un descubrimiento sensacional. Estoy por creer que antiguamente los médicos no sabían embalsamar.

—Pero la ficha 7 no es un embalsamado.

—¿Y qué es entonces?

—Según el índice es un hombre que sufrió un ataque.

—¡Ataque! ¿Y ataque de qué?

—Pues... De eso... De pannegolitis.

Y la ayudante, al cabo de una meditación, agregó:

—La doctora sabe que antiguamente hechizaban a las personas, y las hacían víctimas de brujerías. ¿No será la ficha 7 un embrujado?

—Inadmisible! ¿Usted recuerda en qué fecha sufrió la ficha ese ataque, según el índice?

—En 1986.

—¿Y le va a durar la brujería veinticinco años? Además. ¿Qué edad le calcula usted a la ficha?

—La ficha tiene diez y nueve años justos.

—¿Y del ataque a entonces?

—Seis años.

—¿Y cuántos tenía ese hombre cuando lo sufrió?

—Pues...

—¿Lo ve usted? No hay brujerías que valgan. Además, esa ficha y lo que dice el índice es puro disparate. ¿Usted ha conocido alguna vez a una persona privada de la vida, que viva?

—¡Caramba, no! Pero yo aseguro a la doctora que la ficha no dio señales de vida hasta los tres ronquidos. Llevo seis años de servicio en esa sala...

—Pero bien, ¿y cómo me explica usted que haya roncado? Yo le agradecería que haga memoria. Tal vez usted abusó de las pastillas de whisky. Haga usted memoria.

—Afirmo que me encontraba en mis cabales, doctora. Y afirmo también que la ficha roncó.

—¡Es grave, muy grave!

—Gravísimo... ¿Y qué piensa hacer la doctora?

—Daré cuenta del hecho en la Academia de Medicina.

—Me parece muy bien.

—Usted se encargará de ponerme en orden los índices; además, es necesario que cubra la ficha con una bata para llevarla a la Academia.

—Usted dirá cuándo debe hacerse.

—Esta misma tarde.

Una sesión memorable en la Academia de Medicina. ¡Mamaíta!

A la hora del almuerzo los altavoces de todos los comedores de todas las doctoras miembros de la Academia de Medicina repitieron lo mismo:

¡Urgente convocatoria para hoy a las cuatro de la tarde. Se ruega puntual asistencia. Se ha presentado un caso extravagante en el salón de observación del Hospital Federal y urge, sobre todo, averiguar qué fue la pannegolitis!

Algunas doctoras, que se preparaban a tragarse sus pastillas de consomé, se quedaron con la pastilla en el aire.

ASPECTO QUE PRESENTABA EL SALÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA, A LAS TRES Y CUARENTA Y CINCO MINUTOS DE LA TARDE:

Ángulo norte: una tribuna. Sobre la tribuna tres pomos de pastillas diversos. Varios libros. Detrás de la tribuna, un pizarrón. Del pizarrón colgaba de un hilo una barra de tiza. Extremo opuesto: una mesa de operaciones; sobre la mesa un bulto cubierto con una sábana.

Todo lo restante estaba ocupado por las doctoras académicas y por otras que, sin ser de la Academia, avisadas del suceso, solicitaron la entrada para enterarse de “aquello”...

Faltando tres minutos para las cuatro llegó la doctora Wataplasma, directora del Hospital Federal. Y ocupó la tribuna, cabizbaja. Como ha ocurrido toda la vida en los salones donde se va a hacer una exposición, hubo golpes de tos, rodar de sillas, comentarios a la sordina, &¹¹. Vibró un timbre. Y la doctora directora del hospital tomó la palabra:

—Honorables colegas: he tenido que llamaros de urgencia porque se nos presenta un caso verdaderamente excepcional en el salón de observaciones del hospital a mi cargo. Como sabéis, ese salón es, en realidad, el Museo de las momias. Debo de una vez deciros que anoche una de las momias, la ficha número 7, roncó tres veces...

Estas palabras despertaron un murmullo en el auditorio.

(Algunos de los comentarios que se hicieron, en voz baja, naturalmente:

—La doctora Wataplasma se pasó de whisky...

—A mí me han asegurado que padece del cerebro...

—Ya en medicina no se sabe la O por lo redondo...

—Está muy vieja...

—Esta señora es un “carro”...

&, &, &, &, &...).

—Honorables colegas: en resguardo de mi crédito, debo deciros que no fui yo quien escuchó los tres ronquidos de la momia... Fue el ayudante de guardia, a quien he traído conmigo para que, si lo gustáis, os de su testimonio verbal...

(Otros comentarios, en voz menos baja:

—La cosa como que es en serio...

—¿Habrá roncado en efecto una momia?

—¿Cuántos ronquidos dijo la doctora?...

—Seis...

—No; trece.

11 Se puede presumir que el autor uso el símbolo & para sugerir una enumeración de elementos e interpretarse como etcétera, entre otras cosas.

—Honorables colegas: como lo sabéis, me encuentro al frente del Hospital Federal desde hace trece años. Todo lo recibí por inventario. Al entregármese el inventario de las momias, me chocó un detalle que me pareció superfluo: la ficha número 7 tenía una tarjeta con esta indicación: “Afeitarlo todos los meses”... Como no tenía conocimiento de que las momias tuviesen barba, o mejor dicho, de que les creciera la barba, me pareció oportuno advertirlo, pero se me aseguró que la ficha tenía esa particularidad. Debo extenderme algo más sobre el asunto. Sabiendo que antiguamente se valían de mañas, de procedimientos muy poco serios en cuestiones científicas, pensé que tal vez la ficha fue momia de algún circo. Posiblemente la exhibían en una vitrina sellada por las autoridades, y el público incauto iría diariamente a ver cómo le salía la barba. Ordené se le afeitara mensualmente... De modo, pues, que se le llevan registradas 624 afeitadas en el tiempo que tengo al frente del hospital. Si apartamos esta particularidad de la ficha número 7, en todo ese tiempo no ha ofrecido ninguna otra. Sin embargo, creo que se ha desarrollado. Se le ha cambiado de cama dos veces a fin de que no le cuelguen las extremidades inferiores...

(Mientras la doctora deglutía una pastilla, en la sala hubo otro revuelto de murmullos en voz baja).

—Colegas: al enterármese esta mañana de que anoche la ficha había roncado tres veces, faltando a los reglamentos del hospital que prohíben terminantemente a los reclusos de uno y del otro sexo abrir la boca, salvo casos de extrema urgencia, y después de practicar una visita de inspección a la susodicha momia, consulté los archivos del instituto. En el índice, refiriéndose a la ficha número 7, leemos lo siguiente: (aquí la doctora Wataplasma echó mano del índice, abrió y leyó):

“Data: 13 de abril de 1992. / Caso de pannegolitis. Fichado: Antonio Jiménez. Ataque sufrido en 1.º de enero de 1986. Observaciones: conducido al Hospital Federal por haber quedado el atacado

sin cuidadores, muertos estos, en su totalidad, en un accidente de automóvil”...

Como podréis observar, existe la data del ataque sufrido por la momia. Pero: considerando que no sabemos lo que es pannegolitis; que se trata de una momia única en su género, puesto que crece y le sale barba; y considerando que esta momia ronca, debemos de juzgar esa data del ataque y hasta la del ingreso al hospital, como una simple jugarreta para darle importancia a la ficha. Sin embargo: como nos incumbe una alta responsabilidad científica, os he convocado y declaro la sala en sesión, concediendo el derecho de palabra, para que contestéis: ¿existe entre vosotras alguna que tenga conocimiento de una enfermedad que se llamó pannegolitis?...

Concedido el derecho de palabra las sillas cambiaron, todas, de puesto. No porque alguien fuese a hablar de la pannegolitis, cosa de la cual no sabían una palabra, sino porque era un momento oportunísimo para alterar el orden.

Pero sí hubo murmullos:

—Yo creo...

—A mí me parece...

—Tengo entendido...

—Las momias...

—Este caso...

—Indudablemente que...

En vista de lo cual la doctora Wataplasma se vio forzada a repicar el timbre:

—¿No hay quién diga más? Tenemos la obligación moral de esclarecer este asunto, colegas. Por lo menos, debemos de cambiar ideas.

—Yo propongo...

—Proponga la honorable colega.

—Yo propongo que se publique una nota en los multidarios excitando a todas las doctoras y a los doctores retirados del servicio, si

quedan algunos, a fin de que, si alguien conoce de esa enfermedad, presente un informe.

—¡Magnífica idea! Se somete a discusión la idea de la honorable colega. Si nadie la tacha, se ruega aprobarla con la señal de costumbre.

Las asistentes aplaudieron, (la señal de costumbre).

—Aprobada la idea se autoriza a la proponente para redactar el anuncio y enviarlo a la prensa. Y ahora, para que todas podáis daros una idea exacta de las características de la ficha 7, os ruego acercaros a aquel extremo del salón, para que os la muestre la ayudante que oyó los tres ronquidos.

Fue un momento de viva expectación, porque nadie había advertido el bulto horizontal sobre la mesa. Fue preciso que lo viesan por turnos. La ayudante levantó una sábana y apareció la figura de un hombre, en la plenitud de su mejor edad, moreno claro, con barba de veinte días. Un tipo interesante, como decían las mujeres de 1933... Pero, quizás porque los comentarios de cada grupo iban subiendo de tono, o porque el olor de mujer, que ha sido siempre un olor característico, era intenso en torno a la ficha, esta abrió los ojos, unos ojazos negros, enormes y bellos, giró en torno las miradas, y con una voz que parecía venir del otro mundo dijo:

—¡Mamaíta!...

Una tortilla de cebollas

El Instante, *Zas*, ¡*Epa!*, *Ya* y los demás multidiarios traían el suceso con titulares a tres tintas con tipos de alto relieve. Los altavoces anunciadores de los multidiarios chillaban en todas las esquinas y, más o menos, cada uno chillaba esto: “El fenómeno del día! Una momia del salón de observaciones del Hospital Federal ha roncado trescientas veces y por último ha dicho ‘Mamaíta’. —Accidentándose varias doctoras en el salón de conferencias de la Academia de Medicina.—La doctora Wataplasma grave.—Urge averiguar qué fue o qué es la pannegolitis”...

¡Hay que ver! En cada esquina ese grito estentóreo, de cada uno de los multidiarios, el público andaba picado de tábano. Las ediciones de los multidiarios se agotaban a las mismas puertas de la administración. Hubo mujer que, ansiosa de enterarse, arrebatará al vendedor todo el bloque de papeles impresos soltando una cartera llena de billetes de banco. Y lo que suele ocurrir en todos los casos de confusión: que nadie se enteraba de una jota. La persona que a costa de esfuerzos lograba adquirir un ejemplar de algún multidiario, luego, al verse libre de la multitud, se hallaba con un fragmento de papel en las manos. Y los comentarios volaban a los cuatro puntos cardinales:

—¡Se acaba el mundo!

—Se han escapado las momias del salón del hospital.

—Una momia ha mordido a la doctora Wataplasma, y estaba atacada de hidrofobia...

—Hubo huelga en la Academia de Medicina...

No sabemos por dónde se hallaba Nirvana Castro, ministra de Aviación. Pero el verticalicóptero de Nirvana Castro enganchó, como ya lo vimos una vez, en la baranda de su gabinete de trabajo. Nirvana, en traje de aviadora (¡una aviadora guapísima!), saltó del aparato. Tan pronto ganó el escritorio, extrañó ver la cantidad de periódicos que había depositado el tubo conductor. Una montaña. Se contrarió. A lo mejor las directoras de los multidarios se habían acordado para hacerle la guerra por los accidentes del aire, que seguían menudeando. De manera que, sin quitarse ninguna de las incómodas prendas de vestir que le daban aspecto de esquimal, echó una pierna (la derecha, porque es bueno precisar), sobre un ángulo del escritorio y abrió ¡*Epa!*!. Los tipos en alto relieve, y a tres colores, llamaron poderosamente su atención. Se enteró de aquello. Luego, para entrar en detalles, tomó asiento con mayor comodidad, es decir, cambió de posición en el ángulo del escritorio, echándole entonces la pierna izquierda.

Nirvana se leyó de un tirón la narración de ¡*Epa!*! y de seguidas consultó el almanaque, no fuera cosa que estuviésemos a 28 de diciembre... Y como no estábamos, echó mano de *El Instante*. Y se leyó una segunda versión de lo mismo. A las once de la noche había agotado el papel impreso, sin salirse del caso de la ficha número 7.

Nirvana Castro quedó sumida en hondas reflexiones. Advertía que, dentro de ella, se agitaba algo que no era de ella. Es decir: dentro de la Nirvana Castro de 2011 se rebullía la Nirvana Castro de 1985, la chica engendrada, como mandaba Dios, por don Elpidio Castro y concebida por doña Tomasa Rojas de Castro. El sedimento “romanudo”, el “salto atrás” de Nirvana, se venía a la superficie. Y la ministra advertía aquello en varias cosas anormales: se le había desarrollado escandalosamente la curiosidad; sentía neurastenia; tenía ganas “de no sé qué”, síntoma terrible, sobre todo en el

temperamento de una mujer. A Nirvana le faltaba una cosa que no le había faltado jamás. Pero, vamos a ver...

—¿Qué es esto que me falta, Dios mío? Yo, educada dentro de todos los riesgos, y que no he sentido jamás la ofuscación del miedo, ¿por qué tengo un vago temor? ¿Es el temor de que me tumben del ministerio? No. A mí no me tumba nadie de las alturas a que he llegado. Tumban a una ministra del Aire, y para remate llamada Nirvana Castro, no es tan fácil... ¿Por qué temo, entonces? ¿Qué me está pasando? ¿Será debilidad?

Al llegar a este punto trascendental de su soliloquio, Nirvana recordó que no había comido. Oprimió el botón número 7, el cuadro del *Graf Zeppelin* giró sobre su eje, y apareció una chica.

—¿Ordena la señorita ministra?

—Ven acá, Fifi. Tengo otra vez el capricho que tú sabes...

—¿El capricho de comer?

—Exacto. De comer como dicen que se comía antiguamente, cuando no existían los alimentos sintéticos y era preciso masticar una hora. Como tengo absoluta confianza en ti no me sirvo yo misma.

—Bien sabes cómo puedes contar con mi discreción.

—Ya lo sé. Hazme una tortilla con bastante cebolla.

—Inmediatamente.

El *Graf Zeppelin* giró de nuevo tragándose a Fifi.

Y hétenos aquí con otra de las faces del “salto atrás” de Nirvana Castro. Si la directora de *El Instante*, su enemiga encarnizada, hubiera descubierto que la ministra retrocedía más de medio siglo para alimentarse, hubiera atribuido a eso los accidentes del aire. ¡Y la revienta!

Y en tanto Fifi confeccionaba la tortilla, Nirvana enhebró su soliloquio:

—A mí me pasa algo excepcional. ¿Qué razón priva en mi naturaleza para que me dé a veces estos atracones de tortillas? ¿A quién se le ocurre hoy comer tortillas? Es más: hoy se considera a una

persona que mastica como a un antropófago degenerado. ¿Soy yo una antropófaga?...

Afortunadamente el *Graf Zeppelin* giró de nuevo y Fifi apareció con una tortilla formidable.

—Estás servida. ¿Deseas algo más?

—Nada más. Puedes retirarte.

La tortilla iba disminuida en su mitad cuando el tubo expedidor de los periódicos depositó sobre el escritorio de Nirvana una última edición extraordinaria de *¡Epa!*, (11:35 de la noche). Los multidiarios circulaban habitualmente hasta las 10. Algo insólito, pues, ocurría, y Nirvana abandonó la tortilla para echar mano de la hoja de papel. Como se hace siempre que se recibe una carta de procedencia dudosa, Nirvana buscó la firma de un largo artículo impreso en letras gordas: Profesora Pelusa. Nirvana acabó de alarmarse. La profesora Pelusa era un ser extraordinario. Era una mujer de otra época. La profesora Pelusa provocó, años atrás, un escándalo mayúsculo en la Academia de Medicina. Se la respetaba no solo por sus conocimientos, sino por sus años. Mujer de vastísima ilustración, investigadora infatigable, la profesora Pelusa había anunciado una conferencia y dio el mitin. Porque el tema escogido por la profesora Pelusa era para provocar una guerra civil, y hasta una hecatombe universal. ¿Cuál era el tema a desarrollar? Pues nada menos que el porvenir de la especie. La profesora abogó por los derechos del hombre. Sin ir muy lejos, dijo más o menos cosas como las que vamos a reseñar aquí.

Hacía ya más de un cuarto de siglo que la población universal arrojaba una cifra abrumadora de mujeres y la estadística señalaba, para la vida de relación, el siguiente porcentaje: por cada quinientas mil mujeres resollaba un hombre. Ítem más: como quiera que el ejercicio hace el órgano, —vieja frase de inestimable valor científico— y como quiera, además, que ya no se estilaban las antiguas relaciones sexuales, sucedía que los pocos hombres que poblaban todavía la costa terráquea se encontraban neutralizados, debido a que la virilidad no era parte integrante de la autonacimenesia... El hombre —bicho

malo—, era un ser inferior; partiendo de este concepto, y siendo la natalidad una consecuencia de la autonacimenesia, era potestativo de las mujeres, encargadas del pandero humano, incubar varones o hembras. ¿Qué objeto podía perseguirse incubando varones? Ninguno. A lo sumo servirían más adelante para oficios domésticos. De ahí que, buscando formar una humanidad perfecta, se incubaran hembras al por mayor, y varones solo por vías de experimento... La profesora Pelusa hizo un recuento de las hazañas masculinas a través de la historia. Convenía ella en que, a la postre, el hombre había sido anulado por la mujer, superándole esta en todas las actividades humanas; pero a lo sumo deberían verse las cosas a la inversa de como fueron primitivamente, es decir: dar al hombre una condición pasiva y asumir la mujer una condición activa. La autonacimenesia era un peligro cernido sobre el mundo no teutón. Solo Alemania, genial en cosas de laboratorio, había logrado hasta la fecha el verdadero éxito de la procreación artificial. El día que a Alemania le diese su realísima gana —y podía darle algún día— de no exportar autonacimentinas, solo Alemania acusaría cifras de natalidad. “¿Qué será entonces del resto del mundo?” preguntó alarmada la profesora Pelusa. Pero por toda contestación, las trece mil mujeres que asistían a la conferencia lanzaron un berrido unánime y la llenaron de vituperios. Algunas doctoras la motejaron de “retrógrada”. Fue preciso que interviniera la policía para medio salvar los huesos de la profesora, que llegó a su domicilio magullada, sin dientes y completamente calva.

La Academia de Medicina, en pleno, la arrojó de sus dominios; se le prohibió oficialmente el ejercicio de la profesión, por temor a que individualmente divulgara “ideas subversivas”. Y desde entonces, la eminente dama se aisló, dedicándose a trabajos de laboratorio. Es preciso advertir que una de sus actividades era la elaboración de huevos de gallina sintéticos, base de su alimentación particular.

En conocimiento ya de los antecedentes de la profesora Pelusa, como elemento de combate, hay que juzgar la impresión que

causaría en Nirvana, que se había embutido media tortilla de cebollas, ver aquella firma impresa en letras de molde, y en una edición extraordinaria de *¡Epa!*, multidiario de “ideas avanzadas” de reconocida seriedad.

Dediquémonos a leer algo del artículo de la profesora Pelusa:

LA DECADENCIA DE LA MEDICINA EN NUESTROS DÍAS...
CAUSA VERDADERO ASOMBRO QUE LA ACADEMIA DE MEDICINA
NO PUEDA RESOLVER UN CASO ESPECÍFICO DE PANNEGOLITIS...

Con los simples titulares Nirvana sintió que toda su atención quedaba a merced de la profesora Pelusa. Y leyó lo que nosotros vamos a leer:

En algunas ocasiones he sostenido la tesis de que el hombre puede ser útil; en estos momentos lo será, para poner en claro la confusión que reina en nuestros círculos científicos a propósito de un caso de pannegolitis localizado en la ficha número 7 del salón de observaciones del Hospital Federal. Hace cinco años, poco más o menos, de tertulia con el anciano doctor Gurtz, eminente médico antiguo abandonado a la mayor miseria, me enteré de que, hará cosa de cuarenta años o un poco más, se presentaron muchos casos de un ataque que se bautizó con la denominación de pannegolitis. Parece ser que, aún antes, existía un ataque análogo, pero pasajero, llamado epilepsia. La pannegolitis se presentaba súbitamente, y los ataques solo despertaban al cabo de diez años, unos, y en no menos de veinticinco años, otros. El doctor Gurtz me aseguró haber diagnosticado dos casos. El ataque de pannegolitis no fallecía nunca a consecuencias del ataque. Reducido a una muerte aparente, que era en realidad un letargo o un sueño prolongadísimo, el organismo continuaba su normal desarrollo a pesar de la ausencia total de alimentos. Además, vuelto el ataque a las actividades de la vida, sus sentidos y el instinto se conservaban normales.

La precipitación de nuestros gobiernos, al tirar al fuego todas las obras e impresos de hasta comienzos del siglo, nos inhabilita de poseer mayores detalles al respecto. Yo, gracias a mi amistad con el supradicho doctor Gurtz, puedo dar estas explicaciones. Es lamentable que tan eminente médico falleciera hace meses, porque él nos hubiera ilustrado en el caso presente. Pero la actitud que ha asumido la Academia de Medicina, confesando su incapacidad para resolver un problema científico, comprueba la decadencia en que nos encontramos. Los hombres se comportaban con mayor seriedad en estos asuntos. Nosotras estamos en pañales.

De ser exactas las informaciones que han publicado los periódicos, se me hace duro convenir en que la única explicación razonable que se haya dado en el seno de la Academia al caso de la ficha número 7, sea atribuyéndolo a brujerías de épocas pasadas. ¿Quién puede hablar de brujerías en estos tiempos? ¿Cómo es posible que si la ficha ha roncado y ha hablado; si le crece la barba a extremo de afeitarse mensualmente, y se le ha cambiado varias veces de cama para que no le arrastren las extremidades inferiores, se juzgue que es una momia? ¿En qué cerebro cabe que una momia ronque? Las momias siempre fueron personas honorables; y puesto que a la ficha se le toma el pelo cada mes, ello solo basta para comprobar que no se trata de una momia. Nos hallamos ante un caso sensacional. Esa momia no es una momia. O en otras palabras: esa momia es un hombre. Si ha roncado, quiere decir que todavía tiene sueño; pero si es cierto que ha dicho “mamaíta”, debe ser que tiene hambre...

Nirvana tuvo que abandonar la lectura; y tuvo que arrepentirse de haber comido media tortilla, porque la digestión se le hizo pesada y no se sentía nada bien. Ingerió una pastilla de “Nervitone” para tonificar el sistema nervioso. Hecho esto, saltó (lo sentimos mucho, porque estábamos leyendo ¡Epa! por sobre el hombro de Nirvana), saltó, decimos, al último párrafo del artículo:

La ficha número 7 es un hombre de las otras épocas. Es decir: posiblemente poseemos el único ejemplar humano, en la actualidad, nacido por generación espontánea. Es un hallazgo de enorme valor científico. El gobierno está llamado a velar por él.

Y junto con leer esto, Nirvana tuvo una idea. Una idea monumental. Pero más adelante sabremos cuál era su idea, porque ahora está inédita, encajada en su cerebro, y nos está prohibida la trepanación.

Capítulo dedicado a los lectores exigentes

El autor de esta novela reconoce que muchos de sus lectores la están considerando un disparate. Fechas, personajes y sucesos no están, como quien dice, a la orden del día... Por lo tanto, vamos a abandonar la acción, para hablar del medio en que se desarrolla.

El feminismo, que allá por mil novecientos y tantos tuvo su más alta representación en una inglesa de apellido Pankhurst¹², extinguida la guerra “europea”, echó hondas raíces. La mujer revolucionó usos y costumbres; la mujer fue invadiendo paulatinamente todas las actividades encomendadas al sexo feo. La mujer sacudió, de un golpe, su secular mansedumbre, y de elemento pasivo pasó a ser elemento activo.

Para la fecha en que arranca esta novela, todavía el hombre significaba algo. Solo algo; es decir, casi nada. El hombre, en los últimos baluartes de su actividad, peleaba denodadamente por sobrevivir. Pero el empuje feminista lo arrolló y acabó con él. Las mujeres asumieron el mando universal. Y como a las mujeres les crecen escandalosamente esas estorbosas partes del organismo que denominan amígdalas; y como la mujer, para desquitarse de su secular esclavitud, necesitaba anular completamente al hombre, lo primero

12 Emmeline Pankhurst fue una activista política que nació en 1858 y murió en 1928. Con fuertes acciones de protesta y desestabilización ayudó a las mujeres a ganar el derecho a votar en Gran Bretaña.

que hicieron los nuevos gobiernos femeninos fue suprimir al sexo contrario.¹³

Para ello se disponía de una conquista científica más gorda que todas las conocidas en siglos anteriores. Una profesora alemana había descubierto y bautizado la autonacimentina. Esa profesora alemana, mujer de pelo en pecho, era enemiga personal del Creador del Universo, a quien acusaba de antifeminista. ¿Por qué Dios había concedido a la mujer la parte más dolorosa y laboriosa en la procreación? ¿Debían todas las mujeres, por los siglos de los siglos, pagar la desobediencia de Eva, que al fin y a la postre no fue tal desobediencia?

De ahí que la profesora Gloutten dedicara todas sus energías a enmendarle la plana al Creador. Y se la enmendó con la autonacimenesia. Gracias a esta conquista, el mundo se poblaría en forma distinta. Alimentando las matrices de una incubadora con autonacimentina –origen de la autonacimenesia–, se cosechaban seres humanos al por mayor.

En los primeros ensayos, las incubadoras incubaban fenómenos. Pero la profesora Gloutten no desmayaba. Y dio con las fórmulas “A” y “B” por las cuales se podían incubar varones o hembras, a voluntad.

Conseguido esto, se le dio al elemento varón el golpe de gracia. A los pocos que poblaban el universo se les sometió a trabajos que, forzosamente, acabarían con ellos: amos de cría, por ejemplo. Y en poco tiempo se pudo notar en las estadísticas una mortandad masculina

13 En este ejercicio metalingüístico el autor evidencia los puntos de vista extremos que le llevan a componer esta sátira distópica, es menester entender su contexto histórico y la crítica que se hace a la postura totalizadora en tanto que quiere negar al otro. Se ha hecho evidente, a lo largo de la historia, que de la cooperación y la igualdad surge un mundo más humano, en cambio de la subyugación y eliminación de “lo otro” (lo diferente, lo desdeñable, lo feo, lo femenino) se genera la muerte, el terror irracional y negación de la realidad, que es diversa. Un mundo centrado en el sexo binario y en el poder de un solo sexo dominante es un mundo que deshumaniza, esa es la realidad en la que viven aún las mujeres en gran parte del orbe. Este no es en libro feminista, ni para la época ni para nuestro entendimiento del término. Dentro de la diversidad de feminismos, más bien este libro podría ser acusado de antifeminismo por acentuar con sus opiniones y burlas varios estereotipos que se atribuyen a “lo femenino”.

apabullante por suicidio. Las nuevas generaciones femeninas, pues, se hallaban libres del estorbo.

Solo por vías de experimentación científica se incubaban hombres, no viriles; y eso, con grandes limitaciones. Era denigrante que la mujer se viera todavía forzada a ejercer ciertos menesteres. Para llenarlos se buscó al hombre artificial, sexo super inferior.

A raíz de todo esto, se verificó un Congreso Internacional. Allí se discutieron cosas de trascendencia. Y se resolvieron cosas más trascendentales todavía. Podemos reproducir aquí algunas de las conclusiones emanadas de tal Congreso, advirtiendo que, tales conclusiones, fueron escrupulosamente respetadas por todos los gobiernos.

- Anulación absoluta de los hombres nacidos por generación espontánea.
- Elaboración de varones, por medio de la autonacimenesia, para oficios domésticos, al uno por veinte mil con relación a la elaboración de hembras.
- Extinción total de toda la literatura morbosa de otras épocas. Las bibliotecas públicas y particulares deberán ser destruidas, castigándose severamente a las infractoras.
- Revisión de los libros de consulta, tales como diccionarios, enciclopedias, etc., a fin de testar en ellos, de raíz, todo cuanto no se ajuste a los modernos usos y costumbres.

Sería largo enumerar todas las conclusiones a que se llegó en el Congreso Internacional que nos ocupa. Pero, si para muestra basta un botón, ya tenemos toda una botonadura...

Algo debemos añadir: el progreso ha llegado a un período máximo. Los alimentos, por ejemplo, son, todos, sintéticos. La cocina, germen de discordia entre los hombres, ha desaparecido. En los mercados se venden comprimidos de todas clases, dosificados, naturalmente. Podemos citar, entre otros: “carnivoraína”, equivalente,

cada pastilla de 25 centigramos, a medio kilo de carne fresca. “Ovo-minina”, equivalente cada pastilla a seis huevos de gallina (las yemas únicamente). “Triglodina”, o sea pan en pastillas. Como puede verse, el mundo marcha sobre rieles y la vida es un encanto para las gentes nacidas gracias al procedimiento de la profesora Gloutten...

Si buscamos otras fases del progreso, nos asombramos un poco más. El único vehículo en uso es el avión, en todas sus formas. El más popular, el verticalicóptero, que, como lo sugiere su nombre, sube y engancha, verticalmente, virando cuando lo quiere su pilota. El verticalicóptero es producto patentado de la “Ford Manufacturing Sucesion Company”, Detroit, E.U.A.

Si al autor se le escapan, en esta breve reseña histórica, algunos detalles, ya irán apareciendo en el curso de la novela.

De manera que los lectores exigentes pueden sin temor seguir adelante.

Un secreto de Estado

Un día la población levantó los pescuezos, extrañada por el aviso propalado rápidamente de que un avión de tipo no conocido y de colores detonantes, hacía virajes sobre la capital. Los aparatos de radiotelefonía de las oficinas del Ministerio de Aviación trabajaron unos minutos sin descanso. Nirvana Castro dictó órdenes, dio contraórdenes. Salieron escuadrillas, rodearon al pájaro raro, lo intimaron a aterrizar, y una vez realizada esta operación condujeron a la pilota a presencia de la señorita ministra.

La entrevista entre Nirvana Castro, ministra de Aviación, y la pilota del avión fantástico, duró aproximadamente tres días, con los descansos naturales. Terminada la entrevista, la pilota fue conducida a un sitio reservado, tratándose la con todo miramiento, rodeándola de todas las comodidades posibles. Y Nirvana Castro sugirió la urgencia de una reunión de Gabinete.

La reunión de Gabinete duró ocho horas; se suspendió por haber sufrido una ministra —la de Alimentos—, un ataque de asma; se reanudó al día siguiente y estuvo sesionando seis horas más.

De lo que allí se habló no hubo forma de saber una palabra. Una reportera del *Ya*, que había logrado introducirse en el salón donde se reunía el Gabinete, fue descubierta y se la condujo enseguida a un cuerpo de seguridad. El público hacía las conjeturas más peregrinas. Los multidiarios entrevistaron a todo el Gabinete; no hubo forma humana de averiguar ni esto.

Pocos días después se vio volar de nuevo el avión de colores detonantes, escoltado por dos aviones nacionales. Y se publicó un decreto declarando zona prohibida la comprendida en la altitud dos mil ochocientos metros, en un radio de diez kilómetros al O, diez al E, otros diez al S y diez más al N. Y por si acaso, los límites se mantuvieron custodiados por aviones estáticos de la policía.

Naturalmente, el paseo de moda vino a ser la zona prohibida. Las reporteras, en su afán de averiguar, trataron de hacerse las inexpertas provocando choques, sin más finalidad que colarse allí. Entonces se extendió el radio de la zona prohibida. En vez de diez kilómetros por cada lado, se establecieron catorce.

Los aviones estáticos para servicio de transporte en el Ministerio de Aviación, estuvieron dando viajes a dos mil ochocientos metros de altura varios días. En la zona prohibida reinaba una animación inusitada. Esta vez las reporteras pretendieron violar el secreto sobornando a las pilotas del transporte. Pero tampoco se logró averiguar nada.

¿Qué pasaba en aquella zona? Nosotros, más hábiles que las reporteras, lo vamos a averiguar, en parte: en aquella zona se había construido un hangar aéreo. En ese hangar se levantó una vivienda que ocupaba la pilota “desconocida”; y la pilota “desconocida” estaba allí por haber vendido al Gobierno, por el órgano de Nirvana Castro, un formidable secreto; y ese secreto era un invento. Ahora bien: la pilota “desconocida” debería permanecer allí hasta que realizase su trabajo. Y solo a Nirvana Castro, ministra de Aviación, le estaría permitido el acceso.

Pero estos datos no son suficientes. De manera que vamos a sorprender una entrevista de Nirvana con la directora del taller mecánico nacional.

La ministra oprimió el botón marcado con el número 7; el cuadro del *Graf Zeppelin* giró y una ayudante hizo acto de presencia.

—¿Ordena la señorita ministra?

—He avisado a la directora del taller mecánico. Hágala pasar en cuanto llegue.

—Perfectamente.

Y pocos minutos después apareció la dama citada. Era una mujer de treinta años, trigueña, con el ojo izquierdo apagado.

—A las órdenes de la señorita ministra.

—Siéntese, señorita Grúa. Usted habrá sospechado para qué la hago venir.

—Exacto.

—La señorita ministra dirá.

—Usted, Grúa, ha demostrado poseer conocimientos poco comunes en su profesión. Yo, arriesgando el todo por el todo, he logrado que el Gobierno adquiera de la aviadora alemana que usted ya sabe la patente y exclusividad de ese nuevo tipo de avión. He pensado que, si ese aparato se logra construir, tendremos un arma defensiva de primer orden. Seremos el país más adelantado en materia de aviación. Si llegásemos a tener un estado de guerra, difícilmente nos superarían.

—En verdad.

—Pero yo quiero que usted me informe acerca de las posibilidades de ese invento. Se trata de un avión que desarrollará una velocidad de mil quinientos kilómetros por hora. Usted sabe que la máxima velocidad hasta hoy es de mil nueve kilómetros. No ha sido posible acoplar motores para desarrollar un recorrido mayor. Vea usted los planos y deme su opinión.

Sobre una mesa de dibujo se extendió el plano; diseñaba un torpedo aéreo; largo y angosto; el avión no tenía alas, suplidas por unos pequeños flotadores que se construirían valiéndose de una sustancia nueva. Otro papel mostraba el diseño de los motores, algo novísimo, sin ejemplaridad posible en la mecánica. La directora señorita Grúa examinó detenidamente aquello. Y habló:

—Se trata de un motor que no puede juzgarse por el simple croquis, pero que, indudablemente, obedeciendo a ciertas leyes físicas,

desarrollará los caballos de fuerza que allí dice... Es algo fantástico, pero todo puede ser. El aparato ofrece la ventaja de que, desarrollando la velocidad de mil quinientos kilómetros por hora, sería hartamente difícil alcanzarlo con los proyectiles que hasta la fecha se conocen. Si eso se realiza, es una adquisición invaluable.

—Muy bien. Era la opinión que yo deseaba para tranquilizarme. La directora se fue por donde había entrado.

Un homicidio original

La doctora Wataplasma pasó directamente al salón de observaciones.

—¿Qué novedad ocurre?

—Ninguna.

—¿Cómo va la ficha?

—Durmiendo.

—Pero, ¿no ha vuelto a dar señales de vida?

—Si roncar, en una momia, es una señal de vida, la ficha ha dado señales. Anoche roncó tres horas seguidas.

—Muy bien. ¿Desde cuándo no se le afeita?

—Desde el día que la llevamos a la Academia. Hoy hacen justamente ocho días.

—Pero tiene mucha barba.

—Sí; desde que ronca le crece más.

—Hágala afeitar.

—Perfectamente.

—Además, báñela.

—Muy bien.

—Y la pasa a la sala de operaciones. Que todo eso esté listo a las once. Son las diez.

—No tenga cuidado.

La doctora Wataplasma pasó a su despacho de la dirección. De una gaveta de su escritorio extrajo un número de *¡Epa!*, edición que ya conocemos por traer un artículo de la profesora Pelusa que leímos

por sobre el hombro de Nirvana Castro. Y la doctora Wataplasma se abismó en sus reflexiones.

—Una de dos: o es una momia o no es una momia. Si es una momia, es preciso convenir en que se diferencia de las otras, porque esta es indudable que ronca, que le crece la barba, que se desarrolla, y que ha dicho “mamaíta”. Pero me tengo para mí que era una momia de circo y que tendrá en el vientre algún mecanismo en virtud del cual realiza los fenómenos que venimos observando. Si no es una momia, no hay razón para que dijera “mamaíta” y ahora enmudezca. ¡Yo la hago hablar! En uno o en otro caso despejaré la incógnita; y una vez despejada, le caigo encima a la profesora Pelusa. Porque la profesora Pelusa es una imbécil de tomo y lomo... ¡El doctor Gurtz! Yo le conocí. Un médico de la antigüedad que creía curar los dolores de estómago con bicarbonato de soda. Naturalmente, la profesora Pelusa, por fastidiarme, apela al testimonio de un muerto; ¡claro! ¿Cómo hago yo hablar a un muerto? ¡No es posible! Pero a la ficha 7 la hago hablar o me corto la lengua... Debo proceder con cautela y en el mayor secreto. Gracias al estúpido artículo este (golpeando el ejemplar de *¡Epa!*), el Gobierno ha recomendado especialmente a la ficha 7... ¡Bah! Trabajaré sin ayudante.

Y cuando vino a interrumpirla la ayudante para notificar que la ficha 7 estaba en la sala de operaciones, la doctora Wataplasma se cambió de traje, tomó sus instrumentos y allá se encaminó. No sin antes advertir:

—No estoy para nadie.

—Muy bien.

La doctora, al entrar, cerró la puerta con el pestillo. Se arrolló las mangas; abrió la caja de instrumentos; tomó un bisturí eléctrico y se acercó a la mesa operatoria. Allí permaneció largo rato. Sin testigos, en un momento para ella decisivo, pudo observar mejor a la ficha número 7.

—¡Hermoso ejemplar de hombre!... ¿De hombre? De momia... ¿De momia? En efecto, resulta demasiado hermoso para momia...

La doctora se rascó la cabeza; y al rascarse la cabeza se produjo una quemada con el bisturí, en el pabellón de una oreja.

—La epidermis es fina, tibia...

La mano de la doctora acarició, sin quererlo, aquella epidermis suave y limpia. El contacto, nuevo para ella, le fue grato. Abandonó el bisturí y ambas manos tornaron a acariciar el cuerpo moreno, desnudo hasta la cintura.

—Si la conformación es como la de los hombres, puede ser un hombre...

Y la doctora Wataplasma, de un tirón, dejó desnudo todo el cuerpo de la ficha.

—Por delante... lo es.

Entonces volvió la ficha de espaldas.

—Por detrás también...

Entonces la volvió a la posición primitiva, es decir, de frente.

—Veamos si me escucha...

Y acercando sus labios al oído de la ficha, gritó:

—¡Oiga, joven!

Nada.

—¿Será en realidad Antonio Jiménez, el nombre de esta momia, como dice el índice? Vamos a ver si así me escucha...

Y acercando nuevamente los labios al oído, gritó:

—¡Antonio! ¡Antonio!

El cuerpo moreno tuvo un estremecimiento. La doctora Wataplasma dio un salto. Pero dominando enseguida sus nervios, repitió la prueba:

—¡Antonio!

Y una voz débil, lejana, respondió entonces:

—¿Eres tú, mamáita?

Un escalofrío recorrió el cuerpo, o mejor dicho, la médula de la doctora. Por la primera vez en su larga práctica profesional se sentía emocionada. Tuvo temor, un temor raro que no sabía explicarse.

Pero venció en su espíritu el afán investigador. Acercó nuevamente los labios al oído de la ficha:

—¡Antonio! ¡Antonio!

Pero esta vez la ficha no contestó.

Se inclinó sobre el rostro dormido. ¿Otro hallazgo? ¡La ficha lloraba!... Pero no, no lloraba. Era que ella estaba bañada en sudor.

—¡Antonio!

El mismo resultado negativo.

A la doctora Wataplasma se le agotó la paciencia. Es más: dudó de su propio juicio. Posiblemente no había escuchado nada, y se estaba haciendo ilusiones de loca. Urgía saber, por fin, si aquello era hombre o momia. Y echó mano del bisturí eléctrico.

—¡Antonio!

Acercó el instrumento y, apenas deslizándolo, un hilo de sangre corrió, tibia y tinta, sobre la mesa.

—¡Demonios! ¡Echa sangre!

Con rapidez le puso una compresa para estancar. Pero no desistió de los propósitos que allí la llevaron.

—Le voy a aplicar un termocauterio.

Al contacto la carne chirrió. Al segundo contacto, sobre el mismo punto la carne despidió olor de “parrilla”; y junto con el olor de “parrilla”, la ficha tuvo un brusco sacudimiento con el añadido de esta palabra:

—¡Ay!

—¿Sientes, Antonio?

—¡Ay!

—Oye, Antonio, habla. ¿Te duele?

Pero tal vez la momia estaba agotada y no volvió a quejarse, y mucho menos a contestar.

Y esto enardeció a la doctora Wataplasma, que se creyó le estaban tomando la cabellera. El termocauterio describió un círculo sobre el pecho de la ficha.

—¡Ayayayayayay!

La escena fue brusca. Antonio Jiménez saltó de la mesa, agarró por el cuello a la doctora Wataplasma, la apretó con todas sus fuerzas, sacudiéndola, para concluir arrojándola contra el pavimento.

—¡Animal!

El occipucio de la doctora rebotó y la ficha, extenuada por el inusitado esfuerzo, volvió a acostarse.

Cuando la ayudante, a las cinco de la tarde, extrañando la tardanza, se atrevió a abrir una puerta encajada en otro ángulo del salón que conducía a los crematorios, encontró a la doctora muerta y fría, con el termocauterío en la mano derecha.

Y salió como alma que lleva el diablo a dar el escándalo.

Una visita a la redacción de *¡Epa!*

Pero a los lectores de esta novela no les basta entrar de visitas a la sala de redacción de *¡Epa!* Es preciso que se vengan a recorrer los departamentos. La empresa periodística de *¡Epa!* es una organización *superiorísima*. ¡Hay que ver! Echaremos una ojeada al edificio en todas sus dependencias para después venirnos a la redacción, en una hora de trabajo.

La empresa *¡Epa!* ocupa un edificio de siete pisos. Es decir: del edificio de siete pisos *¡Epa!* ocupa tres a saber: el séptimo, donde están las oficinas de dirección, redacción, radios y el departamento de aviones que llevan a *¡Epa!*, apenas impreso, a las más apartadas regiones del país; el sexto piso, donde trabajan las dictalotipos, los fotodogotipos, las reporteras y las prensas; y el piso de abajo, o sea el principal, donde aguardan las visitantes impertinentes; hay, además, en este piso inferior, un salón de lectura, donde, sobre las mesas, son colocadas las ediciones de *¡Epa!* También allí se hace el despacho de las pregoneras.

Como puede verse, distribuida así la organización de *¡Epa!* nos va a ser un poco difícil decidirnos a visitar sus dependencias, pues francamente no sabemos a qué piso dar nuestras preferencias. Pero se las daremos al piso bajo, porque vamos a subir a los otros por un ascensor directo.

A la entrada es forzoso que digamos con clarísima dicción nuestros nombres: esta medida obedece a realizar un registro de

visitantes y lectoras. Cada mes *¡Epa!* publica un cuadro estadístico de sus visitantes y lectoras a fin de que sus colegas rabien viendo que efectivamente es el multidiario más visitado. Cuando se indicó la publicación de tales estadísticas, *El Instante* y otros multidiarios publicaron unas gacetillas tendenciosas. Y entonces, la Dirección de *¡Epa!* adquirió la propiedad de un invento: el fonoregídactilógrafo. Al entrar una persona decía su nombre y quedaba la voz prisionera. Si alguien volvía a poner en duda la veracidad de las estadísticas, la Dirección de *¡Epa!* le daba, o le hacía dar cuerda, al aparato registrador, lo conectaban con un micrófono y en todas las esquinas de la ciudad eran gritados los nombres de las personas que durante el mes visitaron aquella empresa. Se hizo una vez: el aparato estuvo diciendo nombres tres semanas y el Gobierno, que no tenía en mientes hacer todavía el censo de la población, mandó que se callara.

Bueno. Ya dijimos nuestros nombres y estamos en el salón de lectura. Llegamos en el preciso instante en que, de unos tubos suspendidos sobre cada mesa, brotan ejemplares de la edición 10 a.m. de *¡Epa!*. Debemos de hacer una observación: algunas damas lectoras tenían sueño. Otras echaban su sueñito ya... Pero la jefe de sección nos explica:

—¿Ustedes ven aquella señora que bosteza? Es una mujer que se interesa mucho por la política europea. Resulta que el último Gabinete francés ya lleva catorce días de establecido. ¡Es insólito! Esa señora se ha empeñado en saber el instante preciso en que dicho gabinete cae. Lleva allí nueve días. Se trajo pomos de comprimidos alimenticios y solo cierra los ojos cuando damos la última edición de la noche, para abrirlos nuevamente a las cinco de la mañana, con la primera del día siguiente.

En este salón no advertimos nada más que deba señalarse como cosa excepcional. De manera que nos metemos al ascensor, oprimimos un botón marcado con el número 6 y ya estamos en el sexto piso. Un saloncito. Una portera de gorro.

—Deseamos ver cómo trabajan las dictalotipos, señorita.

—Con mucho gusto; pueden pasar adelante, pero, me permito advertir a ustedes que allí no se puede hablar.

—¡Que no se puede hablar!

—Si le urge decir algo deberá antes meterse en una de las cabinas de vidrio, que están aisladas. De lo contrario, lo que usted hable fuera de las zonas neutras, o de las cabinas, será registrado por las dictalotipos...

—Enterados...

En hileras, pero guardando una distancia de tres metros entre sí, están las dictalotipos. ¡*Epa!* tiene una instalación de ciento cuarenta y dos. La dictalotipo es una máquina parecida al linotipo de la antigüedad... Con la diferencia de que la dictalotipo tiene, a cada lado, una oreja sincrónica de discos ultrasensibles. Las orejas son el alma de la máquina. Por eso allí no vemos mecánicas, sino especialistas de los oídos. Suele acontecer que...

Pero no; lo que suele acontecer lo veremos más adelante porque nos vamos a engalletar. Llegamos en un momento en que, por acabarse de lanzar una edición, el salón de dictalotipos está desierto. Pero apenas hemos recorrido veinte metros, o lo que es lo mismo, apenas nos hemos detenido ante seis máquinas, surge una dama, entrada no sabemos por dónde; viene con el rostro encendido y trae en los pantalones una desgarradura. Esta dama trae una boína con un número 9, rojo. Y le embiste a la dictalotipo número 9, precisamente.

Nos quedamos como en misa. Y júzguese de nuestro asombro: la número “9” que, como queda dicho, le ha embestido a la máquina del mismo número, se encara con esta y dice así:

“A pesar de los obstáculos conque hemos tropezado tratando de averiguar qué originó la muerte misteriosa de la doctora Wataplasma, en el salón de operaciones del Hospital Federal; y a pesar de que no se nos ha permitido ver el cadáver, podemos afirmar que la doctora falleció a causa de un abrazo de la momia denominada ficha 7, la cual, como se sabe, ronca desde hace días”.

Y como la chica dio la espalda a la dictalotipo, para poner en claro aquello, la agarramos y nos metemos dentro de una cabina de vidrio. Mejor dicho, pretendemos meternos, porque la chica número 9 nos da un empujón formidable. Le hacemos señas, como los mudos. Entonces número 9 de un salto, parándose en un círculo verde. Y nos dice:

—Párense en ese otro círculo, que estas son zonas neutras, y digan qué desean.

Damos un saltico. ¡Verde pleno!

—¿Qué quiere saber usted?

—Verá, señorita...

—Diga de prisa, que estoy ocupadísima...

—Quisiera saber si esa máquina es un teléfono...

—No señor; es una dictalotipo. Pero aquella compañera que allí viene le explicará qué es eso. Yo no tengo tiempo.

Y la compañera, mujer amabilísima, nos explica; toda esta explicación sobre pleno verde, o plano verde, como guste más a los lectores poco aficionados a la ruleta.

—¿Usted ve esa máquina, llamada dictalotipo? Pues esa máquina oye. ¿No le ve las orejas? Fíjese: si usted se aproxima a ella, como lo hizo hace un momento su operadora, lo que usted hable lo escucha la máquina.

—Muy bien. ¿Pero qué diablos hace esa máquina con enterarse de cosas que no le van ni le vienen?

—¿Cómo que no le van? A medida que las orejas de la máquina escuchan, por un mecanismo especial, cada palabra pasa a un registro de matrices y de ese registro van saliendo los lingotes y esos lingotes van luego a imprimir el periódico. ¿Comprende usted?

—¡Ah! Y dígame, para corregir pruebas, ¿cómo se hace?

—¿Pruebas? No comprendo.

—Para cazar los gazapos.

—En el periodismo no hay gazapos, señor.

—Es que seguramente no me sé explicar. Quiero preguntarle cuál es el procedimiento que se emplea para enmendar los errores de letras.

—No existen. Usted se refiere a lo que los periodistas antiguos llamaban corrección de pruebas.

—¡Eso!

—Eso no existe. Cuando los hombres hacían periódicos, los errores menudeaban. Las mujeres hemos eliminado las erratas. La dictalotipo no se equivoca nunca.

—Las linotipos tampoco se equivocaban; los equivocados eran los operadores.

—Pero hoy, como usted ve, nuestras operadoras son redactoras, y hablan, no escriben.

—Es verdad.

—Salen algunos lapsus, pero tan pronto se advierte uno, se despidе a la redactora.

—Y ¿cómo se advierten?

—Es fácil. No es lo mismo oír “naide” que “nadie”; a usted no le suena, por ejemplo, oír “se ha orvidado”, por “se ha olvidado”. Con la dictalotipo los errores son de dicción. Los errores ortográficos deben de ser fonéticos para que la máquina los registre.

—¡Oh! Pero bien, hay errores fonéticos de calibre pesado.

—Esos no los registra la máquina.

—¿Y no dice usted que es tan sensible que está a la cabeza de cuanto escuchan?

—Sí; pero tiene unas orejas mecánicas que no admiten la pesadez... La máquina, al oír una frase mal sonante, o un error fonético calibrado, se tranca; debería mejor decir que se accidenta...

—Y ¿entonces?

—Echada a perder hay que arreglarle las orejas. Aquí tenemos especialistas.

—Ya, ya...

—Si tiene usted interés en conocer todo el engranaje de nuestro trabajo, lo voy a recomendar ahora a una de las jefes de compaginación.

—¡Agradecidísimo!

Por una puertecilla metálica que se descorre como una cortina, entramos a otro departamento. El piso está sembrado de rieles; de trecho en trecho unas mesas de acero; cerca de cada mesa un rodillo eléctrico con un depósito de cartones de estereotipia; cerca de cada rodillo eléctrico un crisol; y cerca de cada crisol, un cable aéreo que por lo pronto no sabemos a dónde conduce.

La jefe de compaginación a quien se nos recomienda es una mujer de edad difícil de precisar; fuma. Objetivamente, el salón no nos explica por sí ni jota. Pero la jefe se encarga de ponernos al cabo de la calle.

—¿Ya ha visto cómo trabajan las dictalotipos?

—Como verlas, no las hemos visto; pero ya sabemos cómo es.

—Bien. En este salón centralizamos aquel trabajo. Venga usted por aquí... Cada dictalotipo compone una página, que es la obligación de cada redactora y de cada reportera. Pero tengo que explicar a usted un poco mejor. Nosotras, las compaginadoras, fijamos a cada dictalotipo la cantidad de material que deberá hacer para una página. Hacemos el reparto de los anuncios y los huecos a llenar deberán serlo con texto. Calculamos ese texto: cuatro galeradas, cinco, tres, eso depende. Como cada dictalotipo está provista de un depósito para el material que compone, y que una vez lleno mueve un resorte que grita “no más!”, la dictalotipo pega su gritico según la hayamos calculado en este salón. Una vez llena la dictalotipo, automáticamente despacha su material por esos rieles que usted ve y llega a estas mesas; nosotras compaginamos, distribuyendo el texto recibido en la página correspondiente; esta pasa a esos rodillos que hacen la matriz de estereotipia y las matrices pasan enseguida a los crisoles. Hechos los moldes, se van por esos cables a las prensas...

—¡Oh!

—Todo muy fácil; y muy rápido.

—Rapidísimo...

—Luego verá usted, si quiere, las prensas. Aquella taquilla es de la anotadora de páginas en blanco.

—¿Eh?

—Las páginas en blanco.

—Pero, ¿qué objeto tienen las páginas en blanco?

—¡Hacernos rabiar! Si oyó usted bien la explicación de cómo trabajan las dictalotipos, recordará que, apenas escuchan una frase subida de tono, o un error fonético, se trancan.

—Sí, sí. Sufren de los oídos.

—Exacto. Pues esa dictalotipo, tan pronto se tranca, tira para acá su depósito inconcluso o vacío. En ambos casos es igual para nosotras. Calculadas las páginas, de nada nos sirve un texto que no alcanza a llenarlas; como si vinieran vacías.

—Y ¿qué hacen?

—Pasamos la novedad a la encargada de las anotaciones, que lleva un registro. Por ejemplo: “Edición 11 a.m. Dictalotipo 8, nula”.

—Y ese registro ¿qué objeto tiene?

—Se pasa a la Dirección.

—¡Muy bien! Es usted, señorita, amabilísima! Me voy encantado!

Y como ya nada tenemos que hacer en el salón de maquinarias, nos vamos sin mirar las prensas; esto es exprofeso. Si una de las señoritas prensistas trata de explicarnos cómo trabaja una de esas máquinas, lo más posible es que perdamos el juicio. Y el juicio es una cosa muy estimable, sobre todo cuando se está escribiendo una novela...

Metidos en el ascensor, este nos deja en el piso número 7.

Una botones nos interroga:

—¿Qué desea el señor?

—Poca cosa.

—¿Hablar con la directora?

—¡Dios me libre! Esa señorita debe de estar ocupadísima. Solo desearía mirar allí adentro, un rato. Es para enterarme de cómo funciona la oficina.

—Pase por aquí.

Ya pasamos.

—Si solo quiere usted observar...

—Perdón... Observar y escuchar...

—Instálese allí.

—Muchas gracias.

Ya estamos instalados en un ángulo envuelto en penumbras. Nos hundimos en un sillón rotatorio, cosa ventajosa porque podemos virar a voluntad, según nos convenga.

No hay temor de equivocarse. Cada escritorio está separado dos metros del más próximo. Y sobre cada uno una tarjeta, con letras gordas y negras, indica a quién pertenece. Al centro, la mesa de la directora; a izquierda y derecha de ella, jefes de redacción. Y luego los escritorios forman un casquillo, de uno y del otro lado. Ítem más: el salón tiene una acústica extraordinaria. Cuando habla la directora se escucha perfectamente su voz sin necesidad de que grite.

El personal desciende del techo, como las arañas. Porque el techo es una azotea de aterrizaje y allí todas tienen su verticalicóptero.

Solo un escritorio permanece vacío. Leamos la tarjeta a ver de quién es: "Redactora detective". Reina un silencio absoluto. A nosotros, simples curiosos, no nos queda más camino que permanecer también en silencio. Y que ocurra lo que ocurra.

Directora: —¿Por qué no ha venido la redactora detective?

Una jefe de redacción: — Se le dio orden de no regresar sin esos datos que usted pidió.

Directora: —¿Lo del hospital?

La otra jefe de redacción: —Eso.

Directora: —Páseme la nota de esa edición, a ver cuántas páginas.

(Después de ver la nota: da un puñetazo sobre el escritorio. Dice algo tan quedo que, a pesar de la acústica del salón, no se oye).

Directora: —Señorita Helio: su página quedó en blanco.

La redactora de sucesos aéreos: —Parece ser que emití un concepto algo fuerte sobre la ministra Nirvana Castro.

Directora: —¿Qué concepto fue ese?

La redactora: —Refiriéndome a la frecuencia de los accidentes, dije que parece mentira no se tomen medidas enérgicas para evitarlos, y agregué: “ello se debe a que la ministra es una birria”.

Directora: —Hágame el servicio de no llamar birria a Nirvana en lo sucesivo. (Pausa). Señorita Lis: su página...

La señorita Lis: —(Interrumpiendo a la directora): Mi página está en blanco. Pero debo advertir a la directora que no tengo la culpa. Me explicaré: para dar movimiento a mi sección de la vida social, estoy pendiente de los chismes de salón. Entre las señoritas se ha puesto de moda averiguar qué era el amor...

Varias voces: —¿Qué? ¿Cómo dices? ¿Qué era qué?...

La señorita Lis: —(Subiendo un poco la voz): “¡Qué era el amor!” Parece ser que las escritoras en estos días no se ocupan de otro asunto y ello influye en las charlas de sociedad. No estaría mal que nuestra compañera la señorita Ribón, encargada de la sección bibliográfica dijese algo...

Directora: —Pero bien, ¿qué pasó con su página?

Señorita Lis: —Pues que, al hacerme eco del chisme, y nombrar la palabra Amor, la dictalotipo se trancó.

Varias voces: —Esa debe ser una palabra indecente...

La directora: —Señorita Lis, hasta no poner en claro qué es eso del “Amor”, me hace el favor de no decir la palabrita al oído de las dictalotipos.

No sabemos si por suerte o por desgracia, en este momento descendió del techo la señorita Pachón, redactora detective. Cayó en su escritorio. Hubo expectación.

Directora: —¿Trae usted los datos, señorita?

La detective: —Yo... Me van... me van a per... ¡Me van a perdonar... que... que... apenas puedo hablar!

Directora: —Chúpese un comprimido de whisky.

La detective: —Ya no me quedan.

Las redactoras vecinas le pasaron sus pomos de pastillas. La redactora detective se mascó media docena y se dejó otra para chupar. Luego:

—¡Podemos lanzar una edición extraordinaria! La momia esa que desde hace días ocupa la actualidad, la llamada ficha número 7, ha desaparecido.

Directora: —¿Eh? ¿Qué dice usted? ¿Usted está en su sano juicio?

Señorita detective: —¡Lo sé todo! La doctora Wataplasma, herida por los conceptos que emitió en algunos multidiarios la profesora Pelusa, estuvo meditando en cómo podría despejar la incógnita de la momia. Hace tres días la doctora llegó al hospital a las 10 de la mañana y ordenó a una ayudante que afeitara, bañara y condujera a la momia a la sala de operaciones. Luego la doctora Wataplasma dijo a la ayudante que, en caso de que la solicitasen, la negase. Se encerró en la sala de operaciones con la ficha. ¿Qué pasó allí? Todas sabemos ya que la doctora murió. Pero yo sé cómo murió. He logrado sobornar a la ayudante, disfrazada de ayudante del hospital municipal; me ha dicho que la ficha tenía en el pecho un círculo rojo. La doctora tenía en la mano un termocauterio cuando se la encontró muerta. Pues todo está claro: la doctora aplicó el termocauterio a la momia, quemándola bárbaramente, para hacerla hablar. La momia se levantó y ahogó a la doctora. He visto yo misma la sala de operaciones; garantizo que la escena allí ocurrida puede reconstituirse como la explico. Y ahora bien: la momia estuvo en observación secreta hasta anoche. Anoche a las 12 la ayudante que me ha informado dio su guardia a otra. Esta mañana, al volver mi informante a la sala de observación, se encontró con que la momia ha desaparecido. La ayudante de guardia amaneció vendada, atada y amordazada.

Directora: —Muy bien. Es necesario dar una edición extraordinaria dentro de diez minutos. ¡Todas a trabajar inmediatamente!

De cómo desapareció la ficha número 7

Son las once de la noche. Nirvana Castro, ministra de Aviación, sentada ante su escritorio, en el saloncillo que le conocemos desde los comienzos de esta novela, con un codo apoyado sobre un texto de no sabemos qué, y la barbilla apoyada a su vez en la mano, medita.

El cuadro del *Graf Zeppelin* —que también ya conocemos de sobra—, gira silenciosamente en la pared. Por esa pared, o mejor dicho, por la abertura que deja el *Graf Zeppelin*, entra otra persona conocida, aunque la conocimos muy de paso: entra Fifi, la ayudante de confianza de Nirvana, a quien vimos servir una tortilla. Fifi, es una chica de diez y nueve años, a lo más; es alta, delgada y pálida; tiene unos ojos negros enormes, como si el rostro fuera todo ojos; los ojos están circundados de unas ojeras ultravioletas; Fifi camina tan leve que no se le siente. Y, debido a eso, a su andar felino, Nirvana no advierte la presencia de Fifi. A extremo de que, en ese momento, Nirvana lanza un suspiro, y dice:

—¡Qué noche tan larga!

—Apenas son las once, Nirvana.

No se extrañen los lectores de esta confianza que habrán advertido en el tratamiento de Fifi. Tiene órdenes terminantes de tratar así a Nirvana en la intimidad. Nada de “señorita”, ni de ministra. Nirvana, a secas.

—Apenas son las once.

—¡Ah! ¿Estás ahí?

—Acabo de entrar.

—Tráeme cigarrillos.

Fifi desaparece y reaparece con cigarrillos. Mientras la ayudante de confianza hace fuego, Nirvana la observa.

—Dime, Fifi, ¿a ti no te hace falta nada?

—Absolutamente nada, Nirvana.

—¿Tú vives satisfecha?

—¿Y por qué no? Contigo tengo todo lo que necesito para vivir; me tratas bien; te sirvo con agrado. Si tengo todo eso, ¿sería posible que aún me faltase algo?

—No me has comprendido, Fifi. O tal vez no he sabido yo expresarme, o mi pregunta no es lo explícita que debiera ser para que me interpretes. Oye: ¿tú no echas nada de menos?

—Absolutamente nada.

—Pero bien, interiormente, ¿todo te satisface? ¿No hay en tu vida interior algún vacío que tú quisieras llenar con algo, sin acertar a lo que ese “algo” pueda ser?

—Nirvana... Advierto que estás un poco nerviosa. Tus palabras no son normales. Tienes ya cuatro noches sin dormir, y trabajando tanto durante el día eso te enfermará. Hablas cosas que no has dicho nunca. Tú, por ejemplo, ¿sientes ese “vacío”?

—No sé...

—¿No sabes? ¿Y por qué me preguntas a mí si lo siento?

—¡Qué se yo!

Hubo unos minutos de silencio. Se escuchó el motor suave de un avión. Fifi, asomándose al balcón, anunció:

—Debe ser tu aparato, porque viene recto.

—Vete pues. No vengas mientras no te llame.

Y Fifi se esfumó por el hueco que quedó enseguida cubierto por el cuadro del *Graf Zeppelin*.

Al verse sola, Nirvana dio vuelta a la llave de la luz y quedó a oscuras. Solo una claridad suave se dejaba colar por el balcón abierto a la calle, a la altura de un quinto piso. Así Nirvana podía ver hacia

afuera permaneciendo invisible ella. Instantes después fijaba un verticalicóptero su garfio al balcón. En la penumbra se dibujó una silueta. Alguien saltó al interior de la habitación; ya en el interior, aquella persona, trató de orientarse en la oscuridad.

—¡Nirvana!

—Aquí estoy.

—¿Vamos?

—Vamos.

La mano experta de Nirvana buscó el botón número 7, y el *Graf Zeppelin* giró una vez más en la pared. Por allí desaparecieron ambas personas y el dirigible volvió a su lugar.

¿Cuánto tiempo duró? A nosotros, que nos está encomendado el deber de narrar los hechos, se nos escapó este detalle; una hora, dos horas tal vez. Posiblemente menos tiempo. En el techo de la habitación se hizo una claridad y un ascensor dejó a alguien abajo. Este visitante nuevo ganó el balcón; volvió el rostro al interior de la pieza y con un salto ágil subió al verticalicóptero. Y el aparato arrancó, como un cohete.

Nos es necesario seguirlo en su trayectoria. Verticalmente subió hasta mil quinientos metros; luego viró a la derecha y siguiendo una línea recta solo recogió su velocidad al sonido de un pito. En el aparato se hizo una lucecilla verde. El pito sonó tres veces seguidas y el verticalicóptero entró a la zona prohibida que ya conocen nuestros lectores.

Pero casi simultáneamente con entrar, otro aparato análogo salía. Este hizo una lucecilla roja y el pito vibró tres veces seguidas en el mismo tono que lo hiciera anteriormente. Y el aparato saliente, como si el aparato entrante hubiese dejado a su paso una estela luminosa, siguió la misma ruta aérea, con la diferencia de que, al descender mil quinientos metros de su plano de salida, torció a la derecha y aceleró la velocidad. Allá abajo se distinguían las luces de la ciudad dormida. En el verticalicóptero se localizó una luz roja, en forma de cruz, que señalaba la torrecilla del Hospital Federal. Entonces el

aparato describió una curva suave y recortando la velocidad se dejó caer verticalmente sobre la torrecilla. El garfio se agarró como un imán. Alguien descendió rápidamente, ganó una claraboya de dos metros de circunferencia y descendió por una escalerilla de espiral.

¿Quién era aquel visitante nocturno que, además, conocía a las mil maravillas la arquitectura exterior y la distribución interior del hospital? No sabemos. Es muy difícil conocer de noche a una persona envuelta en una capa negra. Además, aquella persona no se andaba con titubeos, sino que caminaba sobre pasos seguros. Y así llegó a la planta baja del edificio. Cruzó un patio. Abrió una puerta y tras de abrirla apagó una luz. Siguió a lo largo de un pasillo a cuyo final abrió otra puerta análoga a la anterior; y seguidamente ganó un pabellón fronterizo. Ante la puerta de entrada a este salón nuestro visitante nocturno se detuvo. Extrajo del bolso de la capa una llavecita; la llavecita hizo el oficio que está encomendado a todas las llaves que cuentan con su correspondiente cerradura; y aquella puerta se tragó al fantasma.

Ya era tiempo para que nosotros cojamos un poquito de resuello. Porque, hasta aquí, hemos podido competir con un verticalicóptero; pero la puerta se nos cerró en las narices y no nos queda más remedio que esperar a que alguien nos la franquee.

Diez minutos. Quince. Podemos perfectamente determinar los quince minutos porque cantó un canario en la torre, un canario mecánico que señala los cuartos, las medias y los tres cuartos, según cante una, dos o tres veces.

Los minutos siguieron pasando. (Aquí cabría muy bien decir con los románticos, o con las solteronas que pasan de los cuarenta: ¡Dios eterno! ¡Todo pasa en esta vida!). Claro. Todo pasa. Hasta los cometas. Y no pudiendo evadir esa ley universal, los minutos siguieron pasando; porque el canario mecánico cantó dos veces; y cantó tres veces. Pero a la tercera vez que cantó la puerta tornó a abrirse.

La persona de la capa negra envolvía en sus pliegues enormes algo que no resultaba muy fácil de conducir. Y arrastrando un poco,

o mucho, aquello, el caminante de la capa recorrió a la inversa el camino que nos hizo recorrer a la venida. Pero en la última puertecilla cruzó a la derecha, siguió una acera a lo largo de un patio y al final abrió otra puerta. Como no tuvo el cuidado de cerrarla, podemos pasar también. Y ahora subimos una escalera amplia que nos lleva a la torrecilla del hospital.

Advertimos, desde el antepenúltimo peldaño, que la persona de la capa descubre un cuerpo, le echa afuera el busto por la claraboya y luego salta a la convexidad de la circunferencia; de ahí gana la cabina de mando del verticalicóptero; extiende las manos, agarra aquel cuerpo, y haciendo un esfuerzo regular logra introducirlo al aparato. Realizada esta operación, suelta el garfio y el verticalicóptero sale disparado verticalmente al espacio. Ya resultaría latoso seguir el mismo itinerario que trajimos; de manera que seguimos otro, pero que también nos conduce al punto de partida. Suena el pito de marras; se hace la luz verde; torna a sonar tres veces el pito y ¡zas!: el aparato gana la zona.

Ahora bien: conocemos la desaparición de la ficha número 7 por las declaraciones de la redactora detective de *¡Epa!*, señorita que puede estar muy bien informada, pero que no lo está tanto como nosotros. Porque según aquellas declaraciones, la desaparición de la ficha fue advertida a las seis de la mañana en el cambio de guardia de las ayudantes del hospital. Y eso no es exacto.

La ayudante número 8, única que había oído roncar a la momia, llevaba varias noches sin dormir. La tragedia de la doctora Wataplasma le había producido un relajamiento en los nervios y apenas entraban las sombras nocturnas, la ayudante se acercaba a la ficha endiablada con todo el temor que le puede caber dentro del cuerpo a una mujer de veinte años con sesenta kilos de peso bruto. No creía ella en la patraña de que la ficha hubiese ahogado entre sus manos a la doctora. No. La ficha era una persona o, mejor dicho, una momia, perfectamente inofensiva. Para el criterio de la ayudante la doctora sufrió un síncope, cayó de espaldas, le metió la masa encefálica a la

pata de hierro de una mesa, y se partió la cabeza en dos. Pero la ayudante, si no tenía miedo a la momia, tenía el temor de que le saliese el espanto de la doctora Wataplasma, esgrimiendo un termocauterio. Porque todo cabía en lo posible: hasta semejante necesidad.

De ahí que la ayudante número 8 hubiese solicitado ser cambiada en la guardia. Alternar. Y dispuso sus cosas en tal forma que a las 12 de la noche encargaba a una colega del cuidado del salón de observaciones. Porque las horas de los espantos fluctúan entre la una y las cinco de la madrugada.

La noche de la desaparición de la ficha, la ayudante número 6 recibió de la ayudante número 8 su guardia, a las 12 en punto. Y la ayudante número 8 se fue a dormir. Trató vanamente de conciliar el sueño. Apenas lo agarraba, comenzaba una diabólica pesadilla a hacer escalofríos en toda su columna vertebral: veía a la doctora Wataplasma bailando danzas antiguas –tangos, fox trots, charlestones–, con la momia famosa. Y de pronto la momia abría los ojos, unos ojos enormes que tenían en lo interior unas bombillas de nitrógeno de color morado arzobispo; y la doctora pretendía hacer algo raro encimándose a los labios momificados, gesto que traía por resultado un estornudo de la momia. Pero, repitiéndose el acto, la momia resolvía dar el gran trastazo a la doctora Wataplasma y el cuerpo exánime venía a caer precisamente sobre la pared abdominal de la ayudante número 8... Y la pobre mujer daba un brinco en la cama, se sobaba la barriga, suspiraba, bebía agua de tilo, y trataba nuevamente de conciliar el sueño.

Como se comprenderá, ese ajeteo no lo resiste ni Dios. Y allá, como a las dos y media o tal vez más avanzadita la madrugada, la ayudante número 8 se puso una dormilona, atravesó los corredores, y fue al salón de observaciones a buscar un pomo de whisky que se dejó olvidado debajo de la almohada de la momia, de la ficha número 7, precisamente.

Si llega unos minutos antes, mete la pata. Es decir, si llega unos minutos antes se hubiese tenido que esperar a que la persona

encapotada que estaba en el salón abriese la puerta, porque al entrar la había cerrado por dentro con pestillo. Pero cuando llegó a buscar su whisky, ya todos nos habíamos escapado hacía rato. Por lo menos estábamos a la mitad del camino de regreso a la zona prohibida.

La ayudante número 8 se fue recta a la cabecera de la ficha. Tanteó en la penumbra y encontró el vacío. ¿Se habría equivocado? Hizo luz y fue entonces cuando ni encontró a la ficha ni dio con el pomo de whisky. Y para añadido, vio a su colega atada, vendada y amordazada. Solo escuchó esto:

—¡Muuuuuuuuuuuuu!

Algo parecido a lo que dicen los toros, o las vacas. Cosa intraducible en tales momentos, aunque aquello salía de la laringe de la ayudante sacrificada. En vista de lo cual, la número 8 echó a correr, llegó al salón de la dirección, hizo funcionar la llave de un transmisor eléctrico telefónico y, por equivocar el número, en vez de comunicarse con la policía, que era su propósito, escuchó que le respondían:

—Nirvana Castro. ¿Quién llama?

Molestar, sin quererlo, a una ministra a tales horas, era una plancha. Pero la ayudante no se desconcertó y resolvió dar el parte de lo ocurrido a aquella funcionaria del Estado. Y le echó el cuento. Nirvana respondió:

—Perfectamente. Es grave eso. No diga una palabra que yo salgo inmediatamente para allá.

Y en efecto, minutos después Nirvana y la ayudante entraron al salón de observaciones del hospital. Nirvana observó minuciosamente todo aquello. ¿Huellas?... No hablaron una palabra. Salieron. En el patio dijo Nirvana:

—Oigame: para que usted se evite en este asunto algún tropiezo, es conveniente que no diga una palabra de haber estado aquí. Usted vendrá a recibir su guardia a las 6, como es su costumbre. Y será entonces cuando usted dé la voz de alarma por lo ocurrido. ¿Comprende? Así se evita usted complicaciones, porque pueden extrañar

que usted viniera antes sin tener a qué. Mientras, yo veré que hago, ahora mismo, para descubrir esto.

—Muy bien, señorita ministra.

—Y en todo caso, no olvide usted la hora en que me llamó y la circunstancia de que yo misma la atendiera por hallarme trabajando. Y asimismo no olvide, si llegare el momento de hablar, qué hora es ahora y a cuál hora llegué aquí.

—Perfectamente.

Como puede verse, la redactora de *¡Epa!* no estaba en lo cierto. Una pequeña diferencia. Pero lo malo es que tampoco nosotros sabemos por lo pronto quién se llevó la momia.

Trataremos de averiguarlo...

TERCERA PARTE

Donde se inicia un amor a la antigua usanza

—¡Dormilón!

Las manos de Nirvana, con esa suavidad que solo poseen las manos de las mujeres, acariciaron la frente de Antonio Jiménez. Y los dedos índices de ella, al resbalar por los párpados soñolientos, le hicieron cosquillas.

—¿Eres tú, ladrona?

—Has dormido mucho.

—Mira, la costumbre, ¿sabes? Después de dormir un cuarto de siglo, según me cuentas tú, no es cosa de perder el hábito tan de prisa...

Se incorporó en el lecho. Extendió los brazos para desperezarse.

—Oye, ladrona...

—¿Por qué no me dices Nirvana? Me gustaría más.

—Si te disgusta el nombre que te doy, te llamaré por el tuyo. Si no te disgusta, si es solamente un capricho, déjame decirte ladrona siempre. Además, ¿qué eres tú? ¡Una ladrona!

Se sentó al borde del lecho y hubo unos minutos de silencio. Luego tomó las manos de ella, y mirándola a los ojos, dijo:

—¿Cuándo me cuentas con detalles mi propia historia? Ofreciste contarme muchas cosas y pasan los días. Quiero saber de dónde vengo; quiero saber por qué no recuerdo nada de mi vida. Me dejas solo y comienzo a divagar. Mira, es curioso...

Nirvana clavó en él los ojos con curiosidad creciente.

—Cuenta, di...

—¿Sabes tú la única cosa que recuerdo? Verás: que soy chico y por haberme dilatado en el baño, me estoy vistiendo de prisa para ir a la mesa...

—Y ¿qué más?

—Nada más. ¿Por qué no recuerdo más?

—Oye, Antonio. Yo voy a satisfacer, hasta donde me sea posible, tu curiosidad. Pero escúchame: ¿no sería preferible que te ocupes solo de tu vida presente? ¿Qué te puede importar un pasado que, en realidad, no tienes? Eres un ser sin pasado. Has comenzado a vivir apenas hace una semana...

—A vivir... Sí, tal vez... Y a vivir secuestrado, ¿verdad?

—No hables así. Me apena.

—¿Por qué?

—Porque es un reproche que me haces, y solo quiero hacerte un bien.

—Pero yo no dudo de tu bondad, no. Eres muy buena, muy buena... No sé por qué me evocan tus manos otras manos que me acariciaban de niño. ¿Las de mi madre? ¿Las de mi hermana mayor? No sé. Puedo asegurarte que alguna vez me han acariciado otras manos muy parecidas a las tuyas... Pero di, ¿tú me quieres?

—¿Qué?

—¡Que si tú me quieres!

—¡Que si yo te quiero!... Oye, perdóname... ¿Qué pretendes decir con eso?

—¿Pero no lo sabes?

—Nunca había escuchado esas palabras que me dices, Antonio...

—¡Imposible!

—¿Por qué imposible?

—Porque es fuerza que tengas alguien a quien querer.

—A quien cuidar, ¿verdad?

—No. Cuidar es una cosa y querer es otra. ¿Es que tú no has querido a nadie?

Nirvana esquivó los ojos. Algo ocurría en su interior imposible de definir. El corazón le latía con una violencia inusitada; sentía que las arterias se le hinchaban bajo la epidermis, que algo, malo y bueno, algo dulce y amargo a la vez, rebullía en su ser...

¿Qué metamorfosis se operaba en ella, sobre todo en aquellos días? A la insensibilidad habitual sucedía en su espíritu una intranquilidad constante. Es verdad que ella, desde años atrás, advirtió “algo” en distintas ocasiones a la presencia de algún hombre. Miró corrientemente al hombre como había que mirarle: como se mira un mueble, o un animal inferior. Solo algunos, pocas veces, porque tenían un tipo que a ella se le antojaba raro, le llamaron la atención. Pero no era esta ni siquiera aquella misma emoción. Esta era más honda, más turbadora, más tirana. Vivía como asaltada de un vago temor; sentía un decaimiento infinito que solo reaccionaba, en una semana ya, cuando se sentía cerca de Antonio. ¿Por qué? ¿Qué podía ser aquello? Lo escuchaba, y la voz de Antonio era una voz no escuchada jamás. En sus palabras había algo musical, original para sus oídos. Él le tomaba las manos y al solo contacto sentía un sacudimiento general en su organismo. Él la miraba al fondo de los ojos, y ella necesita esquivar los suyos, como asustada.

—Di, Nirvana... ¿Tú no has querido a nadie?

—No sé... ¿Por qué me preguntas eso? Explícame: ¿es malo eso que me preguntas? ¡Di!

Antonio se la quedó mirando. No supo qué contestar. La vida, para él, era un libro cerrado, inédito. Y lo invadió la tristeza de aquel vacío del pasado.

—¿Por qué no contestas, Antonio? Oye, mejor: me preguntas si yo te “quiero”, ¿verdad? Yo no sé qué te debo contestar. Pero guíame tú: es que tú... ¿me quieres a mí?

Él tenía sus manos prisioneras; y aquellas manos temblaron al formular los labios la pregunta.

—¿Que si yo te quiero? Sí. ¡Te quiero mucho, mucho! Apenas te conozco. Apenas hace una semana que mis ojos te miran; yo no

sé nada de mí, ¿comprendes? Cuando me dejas, vanamente trato de inquirir qué ha ocurrido en mi vida. Y lo único cierto, lo único que comprendo, lo único, en fin, que veo, es que desde el primer momento tú estás a mi lado. Cuando abrí los ojos, despierto al fin, te miré inclinada sobre mi rostro. Tuve sed, una sed abrasadora, y tus manos calmaron mi sed... Sentí la cabeza vaga, vacía, y tus manos me acariciaron tan suavemente, tan tiernamente, que solo aquellas otras manos que recuerdo, sin precisar de quién eran, me llegaron alguna vez a acariciar como las tuyas... El primer día me llamaste “chiquillo”... Cuando volviste a mi lado, “chiquillo” tornaste a nombrarme. Y te juro que no acierto a explicarme por qué esa palabra me sonó tan sabroso en los oídos, ¡a pesar de ser un hombre! “Chiquillo”... Di, Nirvana, ¿quién eres tú? Y si tú no sabes si me quieres, ¿por qué estás aquí? ¿Qué puedo interesarte yo? Me dices que he dormido mucho tiempo, muchos años... ¡Puede ser! Tú me lo dices y no creo que me engañes. ¡Pero eso es saber todavía muy poco, nada! Se que tú te afanas por mí, que me llenas de atenciones. ¿Cómo no voy a quererte? Pero, ¿por qué ignoras tú si me quieres?

Y los ojos negros y grandes y tristes de Antonio Jiménez se cuajaron de lágrimas. Escondidas en sus palabras bullían emociones de la infancia, de aquella infancia abandonada a los ocho años, encerradas en lo íntimo de su ser, en la pasividad de un ataque de pannegolitis. Él era un niño en cuerpo de hombre; y apenas era un hombre que, despertando a la vida, sentía con emociones infantiles, ajenas de toda malicia, saturadas de una sinceridad generosa. Y se inclinó sobre ella; hundió la cabeza en su regazo, y lloró, larga y silenciosamente...

Nirvana no acertaba a explicarse aquellas lágrimas. Ella sabía del llanto por otras causas. Un golpe fuerte, una herida cruel que rasga la carne. Pero llorar así, ¿por qué?

—¿Por qué lloras?...

—No sé.

—Pero ¿es que te duele algo?

—¡No. Es que me siento infinitamente triste, Nirvana!

—¡Triste! ¿Qué es sentirse triste?

—Pero, ¿tampoco sabes tú qué es sentirse triste?

La interrogó levantando bruscamente la cabeza y mirándola al fondo de los ojos, lleno de asombro.

Y ella advirtió aquel asombro, aunque sin explicárselo. Pero también sus ojos se nublaron en llanto y, convulsionada, asustada, se apretó a él.

Permanecieron mudos. Los sollozos de ella conmovieron a Antonio, que sentía resbalar en su pecho el llanto. Y acunó la cabeza de mujer sobre su corazón; y sus manos le acariciaron los cabellos, resbalaron por su rostro, modelaron su garganta en caricias.

—No llores, nena...

Nirvana se irguió. Tenía el rostro más bello que jamás. Los ojos, inmensamente abiertos se lo quedaron mirando de hito en hito.

—¿Cómo dijiste? Dilo otra vez...

—Que no llores.

—Pero dijiste otra palabra...

—¿Otra palabra? ¡Ah, sí! Nena...

Entonces los brazos de Nirvana se cruzaron sobre el pecho. Un suspiro voló de sus labios:

—¡Nena! ¡Qué palabra tan bonita has dicho!... Oye, y ¿qué significa decir Nena? ¿Por qué me has dicho Nena a mí?

—Porque... ¡No sé!

—Y ¿por qué suena tan bien?

—Porque todas las palabras de cariño suenan bien.

—¿De qué?

—De cariño. ¿Es que tampoco vas a saber qué es cariño?

—Algo bueno, ¿verdad? Sí. Todo lo que tú dices es distinto a lo que se habla en el mundo mío; tú hablas con palabras de otra vida lejana, pero hablas mejor, porque son más bellas tus palabras... Yo no te comprendo, pero te siento... “Nena”... “Cariño”... Tú me enseñarás, ¿verdad? Si tú recuerdas me enseñarás...

Un conflicto internacional en puerta

Reunión de Gabinete. Diez de la mañana. El Gabinete sesiona en un salón que vamos a describir ligeramente.

Forma del salón: redonda. Dimensiones: treinta metros circunferenciales. Paredes tapizadas de damasco gris. En el techo se advierten trece boquetes con trece compuestas, correspondientes a las trece entradas de las trece miembros del Gabinete, a saber: ministra de Armonía Interior; ministra de Armonía Exterior; ministra de Aviación; ministra de Construcciones y Refacciones Públicas; ministra de Educación Pública y de Cultos; ministra de Industrias, Comercio y Navegación Marítima; ministra de Eventualidades Bélicas; ministra de Higiene, Salubridad y Alimentos; ministra de Finanzas; ministra de Gracia y Justicia; ministra de Población y Reparto de Niñas; ministra de Policía y de Orden Público; y Presidenta del Gabinete.

A nadie extrañe que dejemos para última a la Presidenta del Gabinete; porque a ella solo está encomendado servir de mediadora cuando dos o más ministras no se acuerdan en alguna disputa; y, además, le está encomendado poner el “ukase” a las disposiciones de las ministras, individuales o colectivas, y nombrar ministras. Por lo consiguiente, en el último puesto es donde se la debe de nombrar.

Los trece personajes femeninos del Gabinete comenzaron a aterrizar en la azotea (también redonda), que servía de techo al salón descrito, y cada una se dejó caer agarrada del correspondiente

paracaídas, por el correspondiente hueco, a su correspondiente sitio en una mesa redonda, (lo mismo que el salón), circundada de catorce sillones. Y si alguien extraña que sobre un sillón, diremos que no sobra nada. Porque, ese sillón está destinado a que lo ocupen las personas —una persona, claro está—, que deban ser oídas en Gabinete.

Hubo quórum pleno a las 10 de la mañana. La presidenta abrió la sesión:

—El objeto de esta reunión, colegas, es considerar una comunicación que nos ha dirigido la ministra de Armonía Exterior de Alemania por conducto de nuestra funcionaria respectiva. La colega hará el favor de enterarnos del contenido de tal comunicación.

Y la ministra de Armonía Exterior, leyó lo siguiente:

Berlín, septiembre 14.

Como remate de tenaces pesquisas, llevadas a cabo durante días sucesivos, a fin de localizar el paradero de la aviadora alemana Griffen Blohm, de 36 años de edad, blanca de piel, inventora, alistada en los talleres de nuestra aviación militar, hemos sido informadas por la policía secreta de que su actual paradero es vuestro país. Se nos informa, además, que la señorita Blohm, se encuentra secuestrada allí. Profundamente extrañado nuestro Gobierno de semejante comportamiento de parte de un gobierno amigo, elevo a su nombre, ante usted, este denuncia, para que se sirva informar a la mayor brevedad posible sobre el particular.

Anna Zimmermann.

(M. de A. E. de A.)

Leído eso, la ministra dijo:

—Como sabéis, se trata de la aviadora alemana a quien compramos el invento del aparato que deberá volar a velocidad de mil quinientos kilómetros por hora. Como sabéis también, esa dama no está secuestrada. Permanece en la zona prohibida y si no sale de allí no es porque no se le permita, sino porque ella ha manifestado el deseo de

no salir hasta no dejar terminado el aparato. Si alguna colega tiene que decir algo, tome la palabra.

Nirvana Castro tomó la palabra:

—Yo me temía eso. Pero con franqueza, me temía más. Desde que juzgué la importancia del invento que adquiríamos, pensé que Alemania haría pesquisas para averiguar el paradero de la inventora. No es poca cosa lo que aquella pierde con ese tipo de avión, y por las circunstancias que lo rodean, y que todas nosotras conocemos desde que conferenciamos con la señorita Griffen Blohm, presumí que harían lo posible por entorpecer nuestra negociación. Sin embargo, no puede tachársenos de haber procedido mal. Hemos adquirido en compra ese invento, sin ejercer presión en la inventora. Y según se desprende de la comunicación que se nos acaba de leer, en Alemania se sabe que la señorita Blohm está aquí, pero no qué hace aquí...

—Exacto, agregó la ministra de Armonía Interior.

—Y lo inexplicable es que la policía alemana haya podido saber lo poco que sabe, que, en el fondo, ya es demasiado —concluyó la ministra de Policía y Orden Público.

—¿Qué opinan ustedes que debemos hacer? —inquirió la Presidenta del Gabinete.

—Yo opino que —dijo la ministra de Armonía Exterior— debemos de llevar estas cosas por el camino diplomático. Por lo pronto, pediremos a la señorita Blohm una comunicación para su Gobierno, en la cual haga constar que no se encuentra aquí secuestrada, sino por su voluntad. Acompañaremos nuestra contestación de esa carta, y... o son demasiado exigentes en Alemania, o quedan satisfechos.

—¡Hum!

Este monosílabo fue de Nirvana.

—¡Hum! Yo me temo que esas gentes sepan ya a estas horas que hemos adquirido el invento. En ese caso, debemos irnos con suma cautela.

—Pero haremos lo que he propuesto como paso previo.

—Como paso previo, bien; me parece lo mejor.

Y se acordó que el paso previo no se dilatará más. Al efecto, Nirvana en persona se fue a entrevistar con la señorita Blohm.

—Dentro de unos minutos estoy de regreso.

Y efectivamente, a los quince minutos, por reloj, regresó Nirvana Castro, portadora de una misiva de la señorita Blohm, para la ministra de Armonía Exterior de Alemania, en la cual podía leerse lo siguiente:

Informada por las autoridades de este país de que en el mío se presume que estoy secuestrada, cúmpleme manifestar por estas líneas que me siento muy a gusto aquí, de propia voluntad, y hartamente satisfecha de las atenciones que se me dispensan. Debo, sí, testimoniar a mi Gobierno, que agradezco infinitamente su celo por mi persona.

Atta., servidora,
Griffem Blohm.

Leída esta carta, a la cual no se hizo ningún reparo, se procedió a la redacción del comunicado contestando a la ministra de Alemania. Y en sobre lacrado se despachó la encomienda en avión, vuelo sin escalas.

Pero a las tres de la tarde del mismo día, las cosas presentaron otro cariz. Las reporteras de algunos multidiarios olieron algo de la sesión del Gabinete, y publicaban las especies más peregrinas al respecto. Y como lo único que se había oído era que Alemania reclamaba “la libertad inmediata de una ciudadana secuestrada”, los multidiarios armaron un zipizape de once mil vírgenes.

El despacho de la ministra de Gracia y Justicia estaba a plena actividad. Y tres verticalicópteros del servicio de policía fueron a las azoteas de *¡Epa!*, *Ya* y *El Instante*, y regresaron llevándose a las directoras. Fueron recibidas por la señorita ministra.

—En los multidiarios que ustedes dirigen se ha publicado una información errónea que puede acarrear serios conflictos al gobierno.

Es urgente, pues, que esas informaciones tendenciosas se rectifiquen enseguida, ampliamente.

Las tres directoras pidieron cinco minutos de meditación; al cabo de los cuales, contestaron las tres, por boca de la señorita directora de *Ya*:

—Lo que nos pide la señorita ministra no es posible. La seriedad de nuestras empresas no nos permite salir a esta fecha con una rectificación semejante...

—¿Es esa la opinión de las tres?

—Sí.

—Sí.

—Sí.

—¡Lo siento profundamente!

Y la señorita ministra se volvió para tocar un timbre. Apareció una ayudante.

—Conduzca a las señoritas a la correccional.

—Pero...

—Esto...

—Así...

—Conduzca a las señoritas; y dígale a la ministra de Policía y Orden Público, de paso, que clausure los multidiarios *Ya*, *¡Epa!* y *El Instante*, hasta segunda orden...

Y junto con hablar en esta forma categórica escapó por una puerrecilla secreta.

Paseo por la costra terráquea

—¿Quiere decir que yo sufrí un ataque, y a consecuencia de él he dormido veinticinco años? ¡Es horrible, Nirvana!

—Horrible, ¿por qué? ¿Qué puede importarte haber dormido veinticinco años? Muy lejos de lamentarlo, deberás agradecerlo a tu destino. Ya te he dicho cómo es la vida al presente. Por lo que hemos conversado tan largamente, ya te explicas por qué no comprendes muchas cosas mías y por qué no comprendía muchas cosas tuyas... Tú eres como un ser venido de otro mundo... De otro mundo mejor que este... Yo lo sé...

—Lo sabes... ¿Por qué?

—Porque... Di tú: ¿puedes recordar si en tu niñez los hombres eran como tú?

—¿Como yo?

—Sí. ¿Cómo eran los hombres, entonces?

—¡Pero, Nirvana! ¡Como lo han sido toda la vida! Como ahora...

—No. No puede ser...

—¿Que no puede ser!

—Oye, Antonio: tú no eres como los otros...

—¿Que no?

—No. Tú eres distinto. Tú eres un hombre... de cuando había hombres...

—Pero bien, ¿es que se acabaron? Me hablas en una forma que es para volverme loco. Una vez más debo decirte que no te reprocho nada. Has sido muy buena, muy generosa conmigo. Sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

Antonio Jiménez se paró. Se acercó a Nirvana hasta juntar sus rodillas. Y apoyando las manos en sus hombros redondos y suaves, dijo:

—Sin embargo, cuanto más cariño advierto en ti, menos puedo explicarme ni justificar este secuestro en que me tienes... Me hablas de la vida y no sé si me hablas de una vida nueva o si es que yo no retengo el recuerdo, por pequeño que sea, de cómo era la vida. Ahora me aseguras que los hombres no son como yo. ¿Es que ahora nacen con cuatro pies? ¿Tienen dos cabezas? ¿Por qué no son iguales?

—¡Calla, no digas disparates! Para que lograras entender eso, me vería forzada a decirte algo que... ¡no me sale! ¿Por qué no puedo hablarte de una cosa que me parece natural y que, al pensar en decírtela, se me paraliza la lengua? No sé. Pero vas a explicártelo todo por ti mismo... Y te lo vas a explicar esta noche.

—¿Esta noche?

—Sí. Pero con una condición.

—Di cuál es.

—Que te vestirás con uno de mis trajes de aviadora...

Antonio se echó a reír.

—¿Un disfraz? Bueno.

—¿Cómo un disfraz? ¿Qué quiere decir eso?

—¡Dale! Difícilmente podemos entendernos! ¡Sería curioso que tampoco supieras lo que es un disfraz!

—Pues no sé, no sé...

—Te he dicho un disfraz, porque tus palabras me han evocado otro lejano recuerdo de mi niñez. ¡El carnaval! ¿No sabes qué es el carnaval?

Nirvana, también de pie, escondió la cabeza en el hombro de Antonio. Y así, cohibida, respondió:

—Antonio... ¡Yo no sé nada! Yo no sé nada de... de... ¿Cómo te lo digo?... Tus recuerdos se remontan a una época distinta a la mía... ¿Cómo voy a saber yo qué es eso de caraval?...

—¡Caraval no, nena! Carnaval... Dilo conmigo, así: Car na val...

—Car na val...

—¡Eso es!

—¿Y qué es?

—Ven, siéntate aquí. Cuando yo era chico, todos los años se festejaba durante cuatro días el carnaval. ¿Qué era el carnaval? Verás... En carnaval las gentes se disfrazaban, es decir, se vestían con trajes estrafalarios, ¿comprendes? Algunos se ponían sobre el rostro una máscara que representaba una cabeza de animal: un toro, un cerdo, un burro... Todos, grandes y chicos, hombres y mujeres, se tiraban a las calles, ¿sabes? Pero era difícil conocer a las personas...

—¡Ah!...

—Así, vistiéndome yo un traje tuyo de aviadora, iré disfrazado... ¿Comprendes, nena?

—Sí, comprendo...

—Acepto tu condición. Pero dime, ¿qué vamos a hacer?

—Esta noche bajamos a la tierra... Me prometes que no has de separarte de mi lado y que no me nombrarás... Si algo te extraña, me hablas en voz baja... Y esquivas el rostro a todos...

—¡Pero, entonces, me disfrazaré del todo! Verás: me echaré en el rostro algo que me transforme. Pero, ¿quién me va a conocer a mí?

—No sé... Pero no quiero que te vean como yo te miro ahora. Yo misma te traeré el traje. Vendré por ti a las nueve de la noche.

* * *

—Ven acá. Hazme en el rostro lo que te has hecho tú.

—¿Para qué?

—Para que nadie me pueda conocer... Tú y yo esta noche pertenecemos a la vida tuya, de cuando eras niño... Vamos a salir en caraval, ¿quieres?

—¡Caraval!

—¿No es así?

—¡Carnaval!

—¡Bueno, eso es!

Antonio, con una untura de vaselina y lápiz molido, trazó dos ojeras enormes debajo de los párpados de Nirvana; prolongó las cejas hacia arriba, en sus extremos.

—Mírate al espejo.

Una risa loca la convulsionó.

—¡Qué rara soy así!

—¿Te conocerán?

—¡Imposible!

—Vamos, pues...

* * *

Mucha luz. El edificio, visto por su fachada, semeja un gigantesco avión. Arriba, en bombillas de colores, se lee:

Club de las Aviadoras

En el momento de entrar, Nirvana lo llevó aparte.

—Oye, Antonio... Aquí no eres un hombre, ¿sabes?

—¿Eh?

—Aquí eres otra mujer, como yo...

—¿Pero por qué?

—Porque... porque... ¡Ya verás por qué!

Y entraron.

Para Antonio Jiménez aquella “primera visita” a la tierra, después de veinticinco años de ausencia... resultaba algo estrambótico. Al entrar allí solo advirtió que habían muchas personas, ¡muchísimas! Pero la impresión de aquella vida activa, agitada, fue un golpetazo violento que lo dejó turuleto, incapaz de coordinar ideas. Marchó como un autómeta. Fue arrastrado por Nirvana y se dejó arrastrar sin protestas. Y así se instalaron a un extremo, bajo un paraguas verde, en una penumbra más discreta. Porque las luces disminuían en intensidad gradualmente en el interior.

Apenas tomaron asiento se acercó a ellos una chica de calzón corto y melenita.

—¿Quieren ser servidas?

Primer latigazo al letargo espiritual de Antonio Jiménez. “Servidas”... Conque “servidas”, ¿eh?...

Pero el latigazo no le llegó a la lengua, porque Nirvana se apresuró a contestar.

—Traíganos menta peppermint...

—Yo...

—¡MENTA PEPPERMINT!...

Y desaparecida la chica, Nirvana se apresuró a dulcificar la razón de su tono de voz:

—No olvides, Antonio, que aquí eres tan mujer como yo; y no hables delante de nadie, ¿sabes? Porque va a sonar muy rara tu voz, para ser de mujer...

—Pero, ¿es que debo ser mujer a la fuerza?

—No queda más remedio, o si lo prefieres, nos vamos.

Y como advirtiera en él un gesto de desagrado, agregó:

—Convinimos en que estamos en caraval...

—¡Carnaval, Nirvana!

—Bueno... En eso. ¡Que la palabrita no me entra! Pero quiero que estés alegre, ¿eh?

—Te lo prometo, sí. ¿Y no te parece que estaríamos mejor instalados más allá?

—Todavía no. Luego, si quieres...

—Me gustaría estar más cerca.

—No hables, que allí viene la chica...

La chica llegó y dejó una bandejita de plata sobre la mesilla. Y hecho eso se fue.

—Oye, Nirvana, ¿no fue menta lo que pediste?

—Sí, menta peppermint...

—¿Y por qué no la trajo?

—¡Pero como no la va a traer! ¿No la ves allí?

—¿Dónde?

—¡En la bandeja!

Pero Antonio no veía nada. Y tan no veía nada que tuvo el temor de que la untura de lápiz molido y vaselina se le hubiera corrido a Nirvana a las pupilas.

—¡Ahí no hay nada, nena! ¡Te juro que no ha traído nada, absolutamente nada!

Ella, sin contestar, extendió el brazo. Y con las puntas de los dedos tomó una pastilla de un verde cromo tirando a loro recién salido de un rubicón de psitacosis.

—Abre la boca... Toma...

—¡Ah!

Y la exclamación fue tan redonda, que se tragó la pastilla.

—Chúpala, no se traga entera. Tienes que saborearla con lentitud.

Y le puso otra a flor de labios.

Antonio Jiménez, sin darse cuenta, chupó una docena de pastillas, para lo cual fue preciso que la chica hiciese tres viajes.

—Más no, Antonio.

—¿Por qué? Son agradables.

—¡Pero te vas a embriagar!

—¿Chupando pastillas? Sería el colmo. Yo me chupo una fábrica de caramelos y te aseguro que no me pasa nada. ¿Sabes que me gustaría tomar una copa de licor?

—¿Eh?

—Una copa.

—No te entiendo.

—¡Que no me entiendes! ¿Y qué beben los hombres que vienen aquí?

—No beben nada, ni aquí vienen hombres.

—¿Y esto no es un cabaret?

—¿Ca... ba... qué ?

—¡Un botiquín!, pues.

—¿Bo... ti... qué?

—¡Madrecita mía de mi alma!

Nirvana se echó a reír, mas repentinamente adquirió una seriedad extraordinaria. Acercó un poco más su asiento al de Antonio, y apoyando una mano en el brazo de él, le dijo:

—Oye, Antonio... Aún nos falta mucho por hablar... Desde el primer momento quise explicarte una cosa, y no he sabido cómo hacerlo... Al decírtela, es con el deseo de que tú, si lo recuerdas, me cuentes... cómo era eso en tu época... Acabas de decir una frase que no entiendo, pero que yo también la he dicho muchas veces en la soledad.

—¿Y qué es lo que he dicho yo?

—“Madrecita mía de mi alma”... Yo, sin darme cuenta, sin saber por qué, he dicho muchas veces, “madre mía”... ¿Comprendes?... Mis propias palabras me han despertado, porque cuando las pronuncio me encuentro como sumida en un letargo... Dime tú, ¿qué quiere decir eso?

En parte, ya Antonio estaba curado de asombros con Nirvana. A cada instante, en sus charlas, una palabra, una frase, una exclamación, la dejaban en suspenso; y Antonio explicaba, explicaba... Pero aún le aguardaban muchos asombros, y aquel era uno. Mas esta vez Antonio Jiménez solo pudo fijar sus miradas en Nirvana. A pesar de sus ojeras de lápiz molido con vaselina, o tal vez por ello, su rostro poseía una belleza de estampa. El óvalo de su rostro era perfecto;

los ojos, negrísimos, enormes, miraban tan hondo que sus miradas se sentía adentro... La naricilla nerviosa; la boca muy pequeña, muy roja, al sonreír mostraba la dentadura más envidiable que pudiese poseer una criatura. Era blanca, ligeramente dorada, su epidermis; y de toda ella, de su cuerpo de líneas puras y movimientos ágiles, fluía algo enloquecedor que a Antonio lo hechizó desde el primer día, sin que lograra saber qué...

La miró en silencio, largo rato, y por fin rompió aquel silencio con estas palabras:

—Nirvana, ¿sabes que eres muy bella?

Ella quiso interrumpirle, pero Antonio no le dio tiempo.

—¡Eres muy bella, mucho! De ti emana algo raro que atrae como un imán. ¿Tu madre era tan bella como tú? Contesta...

—¿Mi madre?...

—Sí.

—¿Y yo tuve madre, Antonio?

—¿Pero qué dices? ¿Y si no tuviste madre, cómo existirías? ¿Es que quedaste huérfana chiquilla? ¿No recuerdas nada?

Y fue entonces cuando ella, temerosa, cohibida por no saber qué pudores íntimos, habló de aquello...

—Oye... Escúchame con atención... La primera palabra que dijiste tú, en un salón de la Academia de Medicina donde te llevaron dormido, fue esta: “mamaíta”... Desde que se comenzó a hablar de ti, de la “ficha número 7” del salón de observaciones del Hospital Federal, yo me sentí atraída a tu persona... Desde que me enteré que habías pronunciado esa palabra, la primera que dijeron tus labios, me interesé más... Esa palabra solo yo la había dicho, ¿comprendes? No la oí jamás en otros labios que no fueran los míos, y las veces que mis labios la pronunciaron yo... no era yo... Era otro ser, desconocido de mi misma... ¡No sé!... Luego la has dicho muchas veces. Cuando despertaste totalmente, y me viste sentada a la orilla de tu cama, las primeras palabras que pronunciaste fueron esas mismas: “mamaíta,

mamaíta”... Y ahora me dices que si yo tuve madre y que si mi madre fue bella como yo... ¿Qué es tener madre, di?...

Antonio Jiménez se sintió perplejo. Doblemente perplejo, porque difícilmente podía él decir qué era “tener una madre”... A la memoria se le llegaron tumultuosamente mil recuerdos infantiles, confusos, en un tropel vertiginoso. Y súbitamente sintió que no se hallaba bien en aquel rincón, bajo un paraguas verde, chupando pastillas de menta peppermint...

—¡Contesta, Antonio!

—Sí, te voy a contestar... Pero vámonos... Salgamos de aquí. Vamos a caminar, ¿quieres?

Se dejó llevar por ella. Atravesaron el salón y, a medida que avanzaban, también avanzaban hacia la luz, una luz chillona que lastimaba los ojos. Antonio pudo observar que muchas mujeres daban traspiés. Y pudo observar también que allí solo había mujeres, mujeres por todas partes, en todas las mesas, en todos los rincones... ¡Mujeres!

Inclinándose al oído preguntó:

—¿Aquí no se permite a los hombres que entren?

—¿A los hombres?

—Sí.

—Pero, ¿qué hombres van a entrar? ¿Es que te imaginas tú que hay hombres?

—Pero...

Y fue entonces ella quien no le dio tiempo a hablar.

—Los hombres, que en nada se parecen a ti, no salen a la calle sino raras veces, a cumplir una diligencia. Pero... ¡son tan pocos! Y no son como tú, ¿sabes? Yo te los enseñaré. Yo puedo enseñarte, en un departamento del Ministerio de Población y Reparto de Niñas, el depósito de los hombres...

El no dijo una palabra. Y no la dijo porque no se la hubieran sacado con tirabuzón, aterrado inconscientemente por lo que oía. Y tuvo miedo. Recordó el miedo de cuando era niño, cuando le

gritaban que iba a venir el “coco”. En tanto Nirvana, sin advertir la impresión que le producía, siguió explicando:

—Las aviadoras se exceden demasiado con los espíritus. Ya me lo habían dicho, pero jamás entré aquí. Mira cuántas hay embriagadas... ¡Es vergonzoso!

Nirvana le había dicho, advertida de que se chupó doce pastillas: “Más no. Te vas a embriagar”... ¿Dijo eso? Sí —meditó—; dijo eso... Entonces, ¿estaba borracho? ¿Aquellas pastillas verdes de menta peppermint se le habían subido a la cabeza, a tal extremo que estuviese viendo visiones de pesadilla?... En un ángulo del salón un grupo de veinte o más muchachas, casi desnudas, bailaban un baile raro, tan raro que posiblemente no era un baile... Empotradas a una pared, unas bombillas eléctricas daban la impresión de mil ojos guiñándose que emitían sonidos inarmónicos; se oían gritos en tropel: “tráeme kimmel”; “yo quiero whisky”; “a mí dame ginebra”... Y dentro de aquel torbellino de mujeres casi desnudas caracoleaban chicas de calzón corto y melenitas de paje, portando bandejas minúsculas hacia las cuales se adelantaban ávidas las manos.

Salieron a la calle. Una calle ancha, anchísima, iluminada de no se sabía dónde, como si las luces salieran del adoquinado, disparadas hacia arriba. Nirvana advirtió que se veía precisada a tirar de Antonio.

—¿Lo ves? Las pastillas te embriagaron...

—No, no creas... Es la falta de costumbre. No estoy habituado al bullicio, a ver gentes en cantidad tan grande... ¿Adónde me llevarás ahora?

—Donde quieras. ¿No querías salir? Son las 10 de la noche.

—¿Podríamos ver ahora esos hombres que me dijiste?

—No. Ahora no. Mañana. Buscaré la manera de que vayamos sin que se enteren. Ahora...

Dejó la frase en suspenso y bajó la cabeza, deteniéndose bruscamente.

—Ahora ¿qué? Habla.

—Ahora cuéntame, dime lo que te pregunté.

—¡Ah! Es verdad. ¿Dónde nos metemos?

—Ven. Iremos a mi despacho.

Volvieron sobre sus pasos a la plazoleta delantera del “Club de las Aviadoras”, en busca del verticalicóptero.

Donde concluye el capítulo anterior

—¿Quieres que demos un paseo aéreo? —interrogó Nirvana, ya en la cabina de mando del aparato—. Te gustará. Si quieres puedes manejar.

—¿Manejar yo?

—¡Bah! Con una explicación sencilla puedes hacerlo.

—Eso lo dejaremos para después, Nirvana. Hasta ahora, la vida no me ha ofrecido sino una emoción grata: tú. No sé de nada más. Pero ansío vivir. Y te confieso que en los aires tengo la impresión de que sufro una pesadilla y voy a darme un trastazo.

—¿Entonces no quieres que demos una vuelta?

—¡Oh, sí! Manejando tú. ¿Es posible conversar libremente en el aire? ¿No corres el riesgo de toparte con otro aparato?

—No. Y ya verás. Para evitar posibles riesgos, me bastará hacer una luz.

Nirvana oprimió un botón y en el tope delantero se hizo una luz violeta intensa.

—¿Ves? Esta luz va gritando por los aires que mi aparato es oficial. Ello equivale a infundir pánico a los otros paseantes...

Subieron. Para Antonio Jiménez el espectáculo era como nuevo, emocionante y hermoso. Pasaban sobre la ciudad nocturna llevados por el aire. Estuvo mirando hacia abajo y sintió mareo.

—Antonio.

Él no la escuchó.

—¡Antonio!

—¿Eh?

—¿Quieres que hablemos?

—Bueno.

—Esta noche no tienes tu locuacidad habitual.

—Es verdad. Pero eso es pasajero. Quería salir de mi cautiverio...

Advirtió un movimiento de Nirvana al decir estas palabras y, comprensivo, las excusó enseguida:

—Un cautiverio que me es grato porque tú me acompañas siempre... Tu compañía es para mí algo muy dulce... A veces, cuando te ausentas, pienso que soy un ser solo en esta vida, que eres tú mi único refugio espiritual, mi única alegría, mi único amor...

—¿Cómo has dicho?

—Mi único amor...

La palabra quedó en suspenso. El verticalicóptero, como si de pronto no hallara aire donde agarrar sus hélices, dio un tumbo y descendió diez metros. Ambos tuvieron la misma exclamación:

—¡Oh!

—¡Oh!

En él, de temor; en ella, de asombro. Las manos expertas de la pilota jugaron con las palancas; el motor funcionó nuevamente.

—Primera vez que me ocurre esto desde que manejo, Antonio; perdóname.

—Y ¿qué ha sido?

—Al oírte hice un movimiento involuntario y corté el circuito de velocidad... Estoy nerviosa... ¿Cómo fue esa palabra que dijiste?

—¡Ya no recuerdo!

—Dijiste que yo soy...

—Mi único amor, Nirvana.

El verticalicóptero, bruscamente, aceleró su marcha.

—No te asustes.

Y pocos minutos después el garfio se agarraba en el balcón del despacho de Nirvana. Ella se apresuró a descender:

—Ven, salta.

Hizo luz. Antonio comenzó por curiosear aquella habitación, ni grande ni chica, y el cuadro del *Graf Zeppelin* llamó su atención.

—Oye, ¿qué es eso?

—Un dirigible de otros tiempos, que fue modelo en su género. Allí, donde lo ves, oculta una puerta secreta. ¿Quieres tomar algo?

—Sí, agua.

Nirvana oprimió el botón número 7. El *Graf Zeppelin* giró sobre su eje y se presentó Fifi.

Antonio la miró fijamente, sin pronunciar una palabra. Era aquella, con excepción de Nirvana, la única mujer que podía mirar de cerca. Pero... no era como Nirvana. Era bonita, indudablemente. Tenía unos ojos inmensos y tristes. Pero en aquella inmensidad triste de los ojos no había nada...

—¿Ordena la señorita ministra?

—Trae un cubo de agua.

—¿Para lavarse?

Antonio creyó prudente intervenir:

—No, hija...

Pero Nirvana le cortó la palabra:

—Sí Fifi; para lavarnos... Que esté fresca, ¿sabes? Y cuando el *Graf Zeppelin* se tragó a Fifi, le explicó:

—No te extrañes de nada... El agua, en cubos, solo la usamos para lavarnos.

—Pues la hubieras pedido en un vaso.

—Es que... aquí no hay vasos...

—¿No bebes agua aquí jamás?

—Sí, pero no en vasos.

—¿Y en qué?

—En panecillos.

—¿Qué?

—En panecillos de hielo, que se disuelven rápidamente en la boca.

El *Graf Zeppelin* giró de nuevo y Fifi dejó un cubo con agua fría. Y tornó a desaparecer.

Bebió. Trasegó todo el cubo (no menos de un litro). Y ambos quedaron largo rato en silencio. Por el balcón abierto a la altura del quinto piso, entraban del aire y de la calle rumores confusos, trepidar de motores, como moscardones enloquecidos. En tanto, Nirvana se pasó un paño por el rostro, quitándose las huellas de la vaselina con polvo de lápiz. Y acercándosele, dijo:

—Déjame quitarte... el disfraz. Quiero verte como eres.

Lo limpió con el pañuelo húmedo, con suavidad, como temerosa de hacerle daño... Él estaba sentado en una poltrona, con ella delante. Y la aprisionó por las muñecas:

—Te has extrañado un poco cuando te dije que eres mi único amor... Y me has pedido dos veces te repita mis palabras, que seguramente no entiendes, ¿verdad?... Pero... ¡tampoco sé yo qué he querido decirte con ellas! Tus preguntas, a veces, me cohiben. Siento lo que te digo, y muchas veces yo no sé qué es... ¿Palabras olvidadas en su sentido, y de las cuales solo me queda un vago recuerdo? No sé. Pero te juro que tú eres mi único amor, que lo eres ya todo para mí...

Se dejó caer en sus piernas, como una pequeña. Le rodeó el cuello con los brazos y, al oído, muy cerca y muy quedo, suplicó:

—Háblame... Háblame, Antonio... No te importe que yo no comprenda muchas cosas. Me pasa lo que a ti: si no te comprendo, te siento, y es más sabroso sentir que comprender...

—Es verdad. Es más sabroso sentir... Te he dicho que eres mi único amor, y no sabría explicarte el significado de mis propias palabras. Sin embargo, ¡las he sentido tan hondo!

—Y dime, ¿tú tuviste madre? ¿La tuve yo también?... Mira, ¿cómo es una madre? ¿Qué es?

—¿Una madre?... La mía era tan bella y tan buena como tú.

—¿Pero era mujer?

—¡Claro! Pero dime: ¿ahora no nacen los niños? Y si nacen, ¿cómo nacen que tú ignoras lo que significa tener madre?

Ella explicó. Anualmente se importaba de Alemania una cantidad de autonacimentina, suficiente para el crecimiento de la población,

de acuerdo con las cláusulas de un convenio internacional. En el Ministerio de Población y Reparto de Niñas, en salones especiales, están instaladas las incubadoras, cada una con capacidad de cinco mil matrices. Cada tres meses se incubaba...

—Pollos, ¿verdad?

—¿Cómo pollos?

—¿Y para qué son las incubadoras?

—¡Para hacer niñas!

Y cada tres meses el Estado hacía el reparto. Toda mujer mayor de veintiún años, estaba obligada por las leyes a cuidar de dos niñas cada cinco años...

—Bien. ¿Pero de dónde vienen las niñas? ¿Cómo nacen?

—Por la autonacimenesia...

Y tuvo que alargar su explicación hasta lo indecible; a tal extremo que Antonio quedó enterado de cómo el Gobierno, al igual de todos los Gobiernos de todos los países de la tierra, tenía una fábrica de niñas. Y asimismo quedó enterado de que, siendo los hombres elementos innecesarios, solo se incubaban de vez en cuando, en cantidades ínfimas, para menesteres domésticos...

—Yo tengo tres hombres.

—¿Qué dices?

—Tres. En mi casa. No les ve nadie. Son para mi servicio personal.

—Pero, ¿en qué utilizas a esos hombres?

—Verás: Jacobo, el más joven, es un camarero de confianza. Pablo, se encarga de mis provisiones de boca. Y Jeremías, el mayor, cuida de la limpieza de la casa.

Pero Nirvana Castro tuvo que guardar un silencio religioso. Porque al nombrar a Jeremías, Antonio Jiménez se echó a llorar desconsoladamente...

Lo que ignoraba Antonio Jiménez

Nirvana supo aprovechar muchas enseñanzas desprendidas de sus charlas con Antonio; y a medida que se iba enterando de las “rarezas” del exdurmiente, con ese tino que ponen solo las mujeres cuando quieren rodearnos de comodidades, se las ingenió para que él no echase nada de menos. A los pocos días Antonio disfrutaba del uso de muchas cosas que, aun para Nirvana, resultaban todavía un poco incomprensibles. Bebía agua en vasos. Ella le hizo fabricar seis, de plata, siguiendo las descripciones que le oyera. Y gracias a las habilidades culinarias de Fifi, de aquella Fifi de grandes ojos negros y tristes, Antonio podía gozar el pantagruélico placer de comerse unas tortillas formidables. Su menú habitual se reducía a

Consomé
Pollo sudado
Tortilla de pollo y cebolla
Café

Cuando Nirvana quiso convencerlo de que, chupándose dos pastillas de carnivoraína, bebía consomé, no hubo forma de decidirlo. Igual cosa ocurrió con el café “comprimido”.

—¿Y cómo te gusta, di?

—Pues... ¡en consomé! Un consomé se bebe, pero no se chupa...

Y Nirvana disolvía las pastillas en agua hirviendo, y se asombraba del placer de Antonio en beberse “aquello”... Asimismo se hizo imposible que Antonio salpicara sus comidas con comprimidos de trigo.

Nirvana había escuchado ya varios consejos de Fifí, que no sabía para quién ejercía su arte culinario:

—Mira, Nirvana, eso te va a hacer daño. Antes, por simple capricho, me pedías una tortilla; ¡ahora me la ordenas para todos los días!

Y Antonio, a su vez, había aprovechado hasta lo inconcebible las enseñanzas que se desprendían de las conversaciones de Nirvana.

El trago más amargo, sin que él mismo se pudiera explicar las razones fundamentales de su criterio, fue saber que el elemento varón era un adorno. Haciendo un esfuerzo mental evocaba a su padre, al tío Diego, a sus maestros, a los condiscípulos. Recordaba aquellos policías de rolito que le infundían un espanto extraordinario, dándole siempre la impresión de que se lo llevarían; recordaba que, de niño, se tropezaba con hombres por todas partes, en todos los menesteres, mientras las mujeres... eran las mujeres... Cuando estuvo con Nirvana, de noche, en el depósito de hombres de aquel departamento del Ministerio de Población y Reparto de Niñas, sufrió una desilusión. ¿Hombres, aquellos? Pero bien: ¿sería que el Gobierno había recopilado una manada de tontos, de seres idiotizados, afeminados? Vio allí no menos de cuarenta; los de mayor edad a lo sumo contarían veinte años. Pálidos, flácidos, ruborosos. A él le miraron como si se hallasen ante un verdadero fenómeno, cambiándose impresiones en voz baja. Quiso oírlos:

—¿Cómo te llamas tú?

—Flor.

—¿Flor? Flor es un nombre de mujer.

—Me da lo mismo...

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Geranio...

No se atrevió a seguir preguntando. Sintió asco. Y violentamente propuso a Nirvana salir en carrera de aquel salón donde tuvo el temor de convertirse en una gladiola...

La teoría de la autonacimenesia la conoció mejor por un texto que ella le llevara. Se lo leyó con dificultad, deletreando algo, y repitió la lectura. Algunas palabras no eran comprensibles para él, pero le llamaron poderosamente la atención. Por ejemplo:

Es indudable que el hombre creado por la autonacimenesia adolece de algunas faltas, si no morfológicas, sí fisiológicas. Es inexplicable que los hombres nacidos por la autonacimenesia carezcan de vigor físico. Las hembras son superiorísimas. El más pequeño esfuerzo agota a los varones, y el decaimiento espiritual que en todos ellos se advierte, es signo inequívoco de degeneración, porque se habla de que, en otras épocas, el hombre era el animal de mayor resistencia física y lucidez mental. Del examen anatómico hecho repetidas veces en hombres y mujeres, se deduce que las hembras están conformadas como siempre lo estuvieron; y que en los hombres se ha anulado algo. No se sabe a ciencia cierta qué será, pero es lo más posible que se trate de algunas glándulas.

¿Unas glándulas? —pensaba Antonio. En ese caso —reflexionaba—, yo poseo las glándulas que a los otros les faltan.

Y más le llamaron la atención estas palabras:

Ya varias veces, eminentes doctoras, como la profesora Pelusa, se han ocupado de la importancia que tuvo el hombre en la antigüedad, no solo como perpetuador de la especie humana, sino por sus múltiples actividades. Si tales apreciaciones tienen por base una verdad científica, es un hecho que todavía las autonacimenesias alemanas no son perfectas, toda vez que los varones incubados están muy distantes de parecerse a aquellos hombres dinámicos.

Antonio Jiménez adquirió en un par de semanas una educación suficiente para analizar el medio en que vivía, o mejor dicho, el medio en que debería vivir. Porque de la zona prohibida, donde lo alojó Nirvana, solo salía acompañado de ella por las noches. ¿Hasta cuándo duraría semejante aislamiento? Pero reflexionando un poco, ¿no era preferible quedarse ahí?

—Para ti la vida es un problema —le dijo Nirvana.

—¿Por qué?

—Porque tú eres solo tú. Me asusto de solo pensar en los riesgos a que te verías expuesto si llegaran a descubrirte... Lo de menos es que sean los hombres eso que tú has visto. Lo malo no es eso.

—Y ¿qué es lo malo, entonces?

—Que las otras mujeres no son como yo...

Y realmente no eran como ella. Nirvana llegaba a la conclusión sin que le fuera dado explicar la razón de semejante diferencia. Y Antonio Jiménez tampoco podía comprenderlo. Pero la razón arrancaba de veintiséis años atrás, y se escondía en el misterio. La razón era que... don Elpidio Castro y doña Tomasa Rojas de Castro, su mujer, a pesar de los tiempos que para entonces ya corrían, supieron prolongar un idilio, fueron capaces de arrullarse hasta que el árbol de la divina ciencia dio aquel fruto que más tarde sería ministra de Aviación.

—¿No son como tú? ¿Por qué?

Ella explicaba, explicaba... Pero sus explicaciones no explicaban a Antonio absolutamente nada. Y si a la postre, al cabo de muchas palabras confidenciales, él llegaba a comprender algo, algo confuso, no era obra de su inteligencia, sino de su instinto. Exactamente lo mismo que ocurría en Nirvana. El instinto le decía que aquel hombre no era como los otros hombres. El instinto, ese maravilloso olfato de los sentidos, los armonizaba en sentimientos, en inclinaciones. Era la historia que se repetía. Adán y Eva, redivivos, en la época más civilizada del universo. Allí estaban, frente a frente, sin malicias, el hombre y la mujer, las dos mitades de un todo que había dejado de ser gracias

a la conquista científica de la profesora alemana Gloutten... Pero, en el fondo, Nirvana se equivocaba al pensar que “las otras mujeres” no eran como ella... Aparentemente no lo eran. Nacidas en incubadoras no podía ser iguales a ella. No trajeron del vientre materno la savia del engendro, que haría los milagros futuros, y la anulación de la virilidad masculina venía a ser un remanso de todo intento pasional. Solo dos electricidades distintas pueden producir la chispa. Esas dos atracciones no existían, desprovistos los hombres de sus más esenciales características fisiológicas. Pero...

Antonio Jiménez había llegado a las siguientes conclusiones:

- a. Posiblemente hubiera sido preferible que el fulano ataque de pannegolitis me durase todavía;
- b. Si los hombres, sobre la costra terráquea, brillan por su ausencia, puesto que esos seres masculinos que yo he visto no son hombres, ¿qué papel voy a desempeñar yo en el mundo?
- c. Si las mujeres descubren que yo soy... ¡bueno! ¡Que yo soy lo que soy! Que no he salido de ninguna incubadora, ¿qué líos me esperan?... ¿Me meterán en la cárcel? ¿Me meterán dentro de una jaula, y así como se me consideró una momia de circo, me irán a considerar una bestia de la antigüedad?
- d. Debo seguir los consejos de Nirvana; debo escurrirme, esconderme; sobre todo, debo callarme, porque resulta que la parte más peliaguda es que los otros hombres hablan con voces de mujeres y yo no.

Y estas reflexiones tenían varios añadidos. Los añadidos eran los siguientes:

- a. Si me durara el ataque, no gozaría esta dicha de sentirme cerca de Nirvana, que es una criatura adorable;
- b. ¿Por qué Nirvana, que indudablemente pertenece al mismo género que las otras mujeres, es distinta a las otras?

- c. ¿Por qué me agrada tanto, tantísimo, estar al lado suyo?
- d. ¿Por qué ella me tiene bajo su protección?
- e. ¿Qué es esto que nos junta?

Como puede verse, Antonio Jiménez no había perdido el tiempo en su soledad. Porque esos ejercicios mentales los practicaba mientras esperaba a Nirvana.

Donde vamos a retroceder

Retrocedamos.

Pero no. Mirándolo bien, no es tan necesario retroceder. Vamos a empatar otros acontecimientos abandonados temporalmente mientras se relataba lo sucedido en los capítulos anteriores. Tenemos pendientes dos cosas serias: la desaparición de la ficha número 7 del salón de observaciones del Hospital Federal; y la suspensión de los multidiarios *¡Epa!*, *Ya* y *El Instante*, con sus directoras detenidas, a causa de aquella información tendenciosa por la desaparición y secuestro de la señorita Blohm.

Son las 6 de la mañana. La ayudante número 8, al recibir su guardia, representó la comedia a las mil maravillas. Regresó del salón dando grandes voces. Médicas, ayudantes, practicantes y hospitalizadas, en carrera vertiginosa se trasladaron a ver aquello. Y vieron a la otra ayudante atada, amordazada y vendada, hecha una lástima. Cuando se logró imponer silencio, la ayudante fue llevada a otro departamento. Ya estaban allí las ministras de Gracia y Justicia y de Policía y Orden Público. A la muchacha la inyectaron. La hicieron respirar oxígeno; le dieron pastillas de brandy. Y se abrió el siguiente interrogatorio:

- ¿Qué recuerda usted de lo sucedido?
- Muy poco.
- Diga usted.
- Yo recibí la guardia...

—Eso ya lo sabemos; deje las palabras superfluas y concrétese a los hechos.

—Ignoro cuánto tiempo había transcurrido desde que recibí la guardia, cuando, de pronto, sentí que me agarraban fuertemente por la espalda. Quise volver la cabeza, y en ese instante me vendaban...

—Adelante, adelante...

—Al vendárseme, pregunté: ¿Qué quiere decir esto? Y por toda contestación, me amordazaron...

—Adelante, adelante...

—Amordazada, no pude decir ni una palabra más...

—¿Y por qué no gritó?

—Porque lo pensé después de tener puesta la mordaza.

—Siga...

—Amordazada, me tiraron al suelo y me ataron los brazos por detrás.

—Pero, bien, ¿qué le dijeron a usted?

—Ni una palabra.

—¿De modo que todo eso fue sin que mediara una palabra?

—Las únicas palabras que mediaron fueron las mías preguntando por qué se me vendaba.

—¿Y después?

—Como no me habían taponado los oídos, pude escuchar.

—Eso es muy interesante... ¿Qué escuchó?

—¡Nada!

—¿Pero no dice usted que pudo escuchar?

—Ruidos. La persona que me vendó, amordazó y ató, anduvo por ahí unos minutos; luego sentí que se iba. También escuché descorrer el pestillo de la puerta.

—De modo que usted no vio la ficha.

—¿Qué ficha?

—La número 7.

—La ficha estará durmiendo.

—Seguramente. Pero, ¿podría usted decir dónde duerme ahora?

Fue así como la pobre ayudante se enteró de que la persona que le había hecho tres menudos favores atándola, vendándola y amordazándola, se había llevado la momia...

Y naturalmente, a la ayudante le dio un ataque.

El cuerpo de detectives entró en funciones secretas. Lo examinaron todo, incluso el colchón sobre el cual reposara la ficha. Olfatearon el pavimento. Examinaron detenidamente la mordaza, la venda y la cuerda; al día siguiente, en las primeras horas de la mañana, rindieron un informe en el cual se ponía en claro una sola cosa:

QUE SE HABÍAN ROBADO LA FICHA NÚMERO 7...

* * *

A las diez de la mañana hubo reunión de Gabinete. Se trató de aquel asunto. Se discutió. Y al cabo de dos horas, o lo que es lo mismo, a las 12 *meridiam*, estaban sobre el tapete estas cuestiones:

—¿Cómo se robaron la ficha?

—¿Para qué se la robaron?

—¿Quién se la robó?

—¿Dónde está?

—¿Qué hacemos?

Las cinco interrogantes fueron formuladas por cinco ministras. No hubo quien contestara a ninguna. Y en conclusión, se tomó la determinación de buscar el hilo de aquel ovillo en forma sigilosa. Nadie debería enterarse de lo ocurrido, hasta no disponer de una lucecita.

* * *

Però la determinación era tardía. Las reporteras de los multidiarios andaban orejas largas. La detención de tres directoras y la suspensión de tres multidiarios era insólito. Las reporteras olían algo, algo gordo. Y aguzaron el olfato a tales extremos que lo de la ficha

número 7 reventó. Y reventó como una bomba, porque aquel suceso fue para los multidarios el hambre unida a las ganas de comer. Es decir: que para protestar del atropello de que eran víctimas tres colegas, supieron por qué se les atropelló, y uniendo una cosa con la otra, resultó un sandwich formado con la ficha y la señorita Blohm.

* * *

Leamos algunos párrafos periodísticos:

Tenemos entendido que la prisión de nuestras colegas obedece a la información que publicaron a propósito del secuestro de una dama alemana. Y como quiera que dicho secuestro ha dado pie a una reclamación de aquel país, sospechamos que la dama de marras fue puesta en libertad. Ahora bien: ¿qué vino a hacer esa dama a nuestro país? La circunstancia de que la desaparición de la ficha número 7 coincidía con la reclamación de Alemania, nos hace pensar dos cosas: una, que Alemania ha propuesto cambiar a la dama secuestrada por la ficha número 7, y la otra, que, puesta en libertad la secuestrada, esta, en venganza, se ha llevado la ficha. Y ¿quién nos dice que no viniera esa dama precisamente con el propósito de robarnos aquel tesoro histórico?

* * *

Lamentamos profundamente la pérdida de la ficha número 7 del Hospital Federal. El asunto se ha tenido en silencio, y ello indica que se trata de algo grave. Este robo coincide con la reclamación que ha hecho Alemania a propósito de una dama secuestrada por nuestro Gobierno. Todas recordamos que hace algún tiempo voló sobre la ciudad un aparato raro, que fue perseguido, detenido y escoltado a los hangares del ejército. Poco después se estableció una zona aérea prohibida. ¿Para qué? Nadie lo sabe. Los sucesos de estos días demuestran dos cosas: que esa zona prohibida sirve actualmente, o servía, para ocultar a la dama alemana y no será

arriesgado presumir que las alemanas andan mezcladas en el robo de la ficha.

Y la embajadora de Alemania transmitió por radio a su Gobierno todas esas especies. Y de Alemania llegó una Enviada Extraordinaria.

Pero tenemos que pasar a otra reunión de Gabinete para averiguar lo que se trajo la enviada.

Vamos al Gabinete, lector amigo.

El sillón número 14 de la mesa redonda

Como lo puede comprobar ahora el lector, alrededor de la mesa redonda, en el salón redondo donde se reúne el Gabinete, a pesar de ser trece sus miembros, no sobraba un sillón. Porque ahora ese sillón lo ocupa la Enviada Extraordinaria de Alemania, señorita Hindem-bergh Streesemont.

Después de cruzarse frases de cortesía, y sendos apretones de manos zurdas, la presidenta del Gabinete cedió la palabra a la enviada teutona. Esta señorita se puso de pie, y comenzó así:

—Señoras: la circunstancia de que mi Gobierno recibiera, transmitidos por radio, los comentarios desdorosos de vuestra prensa, a propósito del robo que habéis sufrido y de nuestra anterior reclamación por el secuestro de la señorita Blohm, cosas perfectamente desagradables para un gobierno serio como el mío, ha motivado mi presencia aquí. Traigo instrucciones para lo siguiente. (La señorita Hindem-bergh Streesemont sacó un papel de la faltriquera). 1.º: Entrevistarse con la señorita Blohm en el sitio donde se encuentre, con la venia del gobierno amigo; 2.º: Investigar por qué se atribuye a Alemania alguna participación en el robo de una momia; 3.º: Exigir una visita de inspección a la zona aérea prohibida; 4.º: Abrir juicio sumarísimo a los periódicos que han calumniado a Alemania. (La enviada se guardó el papel). Como veis, mi Gobierno hace cuatro peticiones sencillas y justas...

—Perdone la excelentísima señorita que la interrumpa —habló la ministra de Armonía Exterior—. La cláusula tercera viola abiertamente nuestra vida doméstica. Una zona prohibida es prohibida para nuestros connacionales como para los extranjeros. Y no alcanzamos a comprender que un Gobierno tan sensato como el Alemán, proponga semejante cosa, atentatoria a nuestra soberanía.

La enviada no contestó de pronto. Tuvo que tomar resuello.

—Pero, ¿es que esa zona guarda algún secreto de Estado?

—Esa zona —habló la ministra de Armonía Interior—, guarda lo que guarda; y puesto que guardando lo que guarda es zona prohibida, debe de guardar lo que guarda. ¡Eso!

—Y es de creerse que la pretensión de Alemania no ha sido meditada antes de formularse —añadió Nirvana Castro, ministra de Aviación.

—Porque si en esa zona se guarda un secreto de Estado, ese secreto dejaría de serlo al permitir que lo descubra el extranjero —remachó la ministra de Eventualidades Béticas.

—Y daría pie a desórdenes internos, por la excepción que hacemos al permitir que los extraños visiten una zona prohibida a las compatriotas —concluyó la ministra de Policía y Orden Público.

La enviada, que había vuelto la cabeza violentamente de un lado a otro, articuló estas tres palabras:

—De manera que...

—De manera que, suprimiendo el número 3 de sus instrucciones, podemos conversar sobre los otros puntos, con muchísimo gusto. ¿Se suprime?

—Yo no estoy autorizada para eso.

—Puede usted utilizar el radio, y en un minuto resuelve el punto.

—Tampoco estoy autorizada para eso.

—Pues entonces...

—Pues entonces, con el permiso de ustedes, yo me vuelvo...

El Gabinete se puso de pie. La Excelentísima señorita Hindemburgh Streesemont, también de pie, hizo una genuflexión, ganó

una plataforma marcada con un número 14, salió disparada al techo, pasó por el boquete respectivo, montó en un avión que había traído y se fue.

Volando. Como las golondrinas.

* * *

(Un Lector: —¡Caramba! ¡Pero esa es una forma muy poco recomendable de tratar a una plenipotenciaria!

El Autor: —En principio, querido amigo, estamos de acuerdo. Pero...

El Lector: Pero nada. Que ha podido usted describirlo con más cultura.

El Autor: —¿De modo que soy responsable por la forma en que las mujeres se las quieren arreglar, siendo ellas quienes tienen el gobierno en las manos? ¡Hombre!

El lector: —¡Usted perdone!

El Autor: —No hay de qué).

* * *

(Una Lectora: —Describir eso así es una grosería, una chacota de mal gusto, señor Alemán. Ustedes no pierden oportunidades de zaherirnos.

El Autor: —Pero, señorita, yo...

La Lectora: —Usted es un necio.

El Autor: —Para servir a usted).

* * *

Ahora podemos continuar, ¿no?

Bueno. Las trece miembros del Gabinete permanecieron con los pescuezos estirados, mirando al boquete por donde se escapó la

golondrina, es decir, la Enviada Extraordinaria. Y cuando no hubo más que mirar, bajaron las cabezas y tomaron asiento.

—¡Habrase visto! —rezongó la presidenta.

—¿Qué se creerán estas alemanas? —interrogó, no se sabe a quién, la ministra de Armonía Exterior.

—Yo me temo las consecuencias. No podíamos asumir otra actitud, pero nadie me saca de la cabeza que esa gente ha descubierto, o sospecha, que hemos adquirido el secreto del avión *Zaeta* —habló Nirvana.

—¡Temer! Bah... ¿Qué podemos temer nosotras? Si se han enterado, más temprano o más tarde lo mismo da. Tan pronto el avión *Zaeta* sea una realidad el secreto dejará de ser secreto —agregó la ministra de Eventualidades Béticas.

—Debemos de tomar en cuenta una cosa: nosotras no le hemos robado nada a Alemania. Se nos ha ofrecido, en venta, un modelo de avión, y lo hemos adquirido. Es una negociación perfectamente lícita, —habló la ministra de Finanzas.

—Y ese nuevo tipo de avión lo estamos construyendo a nuestras expensas —aclaró la ministra de Construcciones y Refacciones Públicas.

Pero la ministra de Policía no las tenía todas consigo. Y para aplastar aquellos razonamientos, apeló a su buena memoria:

—No podemos olvidar que firmamos un acuerdo internacional, hace seis años, en el cual todos los gobiernos se comprometen a no adquirir inventos de procedencia extranjera. Nosotras, al hacer esta negociación, hemos violado el convenio. El caso está previsto y legislado.

Y doce voces dijeron:

—¡Es verdad!

—Por eso yo me temo mucho de Alemania. Este asunto nos puede acarrear un conflicto. ¿Qué represalias se tomará Alemania? Ese es el problema, descartada la idea de una guerra, puesto que en el otro convenio internacional que firmó nuestro Gobierno, y del

cual es signataria Alemania, no podemos pelear. Es cuestión de represalias, únicamente.

Doce veces dijeron esta vez:

—¡Exacto!

Y por lo que respecta a la presidenta, junto con decir esa palabra, agregó:

—¿Qué hacemos?

Nirvana tomó la palabra:

—Esperar. Además, deben ponerse en libertad a las directoras de los multidiarios. Es bueno contar con la opinión favorable de la prensa, y esas señoritas pueden escandalizar en momentos críticos.

La flecha de Cupido

Han pasado los días. Porque no es cosa de seguir la trama de esta novela minuto por minuto. ¡Eso no lo resiste nadie! Ha discurrido un mes, que no es mucho. Antonio Jiménez, educado por Nirvana, es un habilísimo piloto. Ha manejado ya verticalicópteros, monoplanos, biplanos, aeroplanos, autogiros, dirigibles y cuanto pájaro mecánico existe. Y siendo este su único deporte, hay que ver el entusiasmo con que se dedicaría al aprendizaje. Nirvana, que sigue con interés sus adelantos, lo ha declarado experto y lo ha provisto de un título oficial en toda regla, por si acaso. Solo que, en ese título, Antonio Jiménez no se llama Antonio Jiménez, sino Ada Jiménez. Es decir, una dama perfectamente desconocida.

Es domingo. Siendo este, para Nirvana, un día de absoluto descanso, desde la noche del sábado se instaló en las habitaciones de Antonio. Es decir: estuvo con él hasta muy tarde. Ya para irse, él insinuó:

—Si mañana es domingo, que no trabajas, y sueles venir casi de madrugada, ¿por qué no te quedas?

Nirvana lo escuchó y lo pensó. ¿Por qué lo pensó? No lo supo. Aquella invitación era naturalísima. Sin embargo, le dio una voltereta el corazón. La voltereta fue tan patente, que Nirvana se llevó al pecho la mano izquierda, y cerró los ojos. Lo cual fue advertido por Antonio.

—¿Sientes algo? —le preguntó.

—No te sé decir... Mira, al insinuarme tú que me quede, he sentido algo así como... como... ¿Recuerdas la noche que en un descuido cerré el circuito de velocidad del aparato, cuando nos paseábamos?... ¿Sentiste que el corazón te dio un salto? ¿Lo mismo que sentí yo?... Pues eso mismo acabo de experimentarlo otra vez... ¡Es raro!

—Sí, muy raro... ¿Estarás enferma?

—¡Oh no!

—¿Te quedas?

—Sí; conversaremos un rato más. ¿Tú tienes sueño?

—Al lado tuyo el sueño se me espanta.

—¡Como a mí!

—Ya ves...

—Y me vas a decir muchas cosas esta noche...

Antonio se echó a reír; los días transcurridos, Nirvana era incansable en preguntar. Preguntaba con una curiosidad de pequeña; pero preguntaba tantas cosas, que, la mayor de las veces, se quedaban sin contestación. Sus preguntas habían servido a Antonio para despertar recuerdos enterrados en veinticinco años de sueño; recuerdos de su infancia; eran impresiones, emociones, ideas apenas abocetadas para aquel entonces, que luego apagó un cuarto de siglo, y que antes las preguntas de Nirvana resurgían, borrosas. Algunas lograban precisarse. Otras no.

—¡Curiosilla! ¿Qué más quieres saber tú?

Nirvana se quitó nuevamente la boína que se había embutido hasta el cogote. Tiró el saco sobre una silla, y echándose junto a él, con la familiaridad de dos muchachos, inquirió:

—Yo quiero que esta noche me hables de una cosa que no hemos conversado todavía.

—¿Estás segura?

—Segurísima...

—Pero, ¿crees tú que se te ha escapado algo por preguntar? ¡Tú me formulas doscientas preguntas por día!

—Pero de esto no hemos hablado... Y, ¿sabes por qué? Porque yo he esperado hasta ahora a que tú espontáneamente me hables de ello...

—¡Me has puesto curioso!

—¿Te pregunto?

—¡Claro, mujer!

—Mira... Antes, para acertar a formular la pregunta, déjame relatarte algo que se relaciona con ella. Verás. La arqueóloga Plata Galvanizada, del Ministerio de Educación, practicó unas excavaciones y descubrió unas tumbas. Datan de principios del siglo. En una de esas tumbas se lee la siguiente inscripción: “Margarita Gutiérrez, muerta de amor... Paz a sus restos”... ¿Te das cuenta?

—¿De qué?

—¿Te das cuenta de qué se murió aquella mujer?

—¡Caramba! Eso es difícil de adivinar... Posiblemente se murió de tifus.

—¿Cómo de tifus? ¿Pero no oíste que se murió de amor?

—¡Ah! Se murió de amor... Qué lástima, ¿verdad?

Nirvana le clavó los ojos, como si quisiera preguntar con ellos lo que, no sabía por qué temores íntimos, sus labios no querían preguntar. Antonio estaba imperturbable.

—Oye, Antonio, ¿tú no recuerdas si cuando eras niño se moría mucho de amor la gente?

—Te diré...

—¡Cuenta!

—Yo tuve un tío llamado Diego. Es uno de mis recuerdos más patentes de la infancia, porque el tío Diego me quería mucho y siempre me llevaba juguetes. Era un hombre alto, buen mozo, de ojos negros y vivos; tenía un bigote...

—¿Qué es eso?

—¿Bigote? Esto que me sale a mí aquí...

—¡Ah!

—Tenía un bigote retorcido, que mi papá lo llamaba el mosquetero. Pues bien: el tío Diego, según decían en casa mi madre y la abuelita que no se había muerto todavía, el tío Diego era un vagabundo.

—¿Y qué más?

—Abuelita decía: “Ese hijo mío, desde muchacho, no ha hecho otra cosa que correr tras del amor”...

—¿Correr? ¿Has dicho correr?

—¡Sí, correr!

—Y ¿qué más?

—Pues mira, una noche, el tío Diego salió de casa muy elegante... Yo recuerdo que llevaba hasta una flor en el ojal del paltó. Como a la media noche la casa estuvo en conmoción: dos amigos del tío Diego lo llevaron muerto.

—¿Muerto de amor?

—Es decir... Los amigos contaron algo a la abuelita. Yo tenía mucho sueño y no entendí. Pero las personas que fueron después a dar el pésame, al hablar de la vida aventurera del tío Diego, aseguraban que había muerto de amor.

—Pero...

—Que había muerto de amor porque se dio un balazo en el corazón.

—No te comprendo, Antonio.

—Ni yo tampoco... me comprendo. Pero te aseguro que se dio el balazo y que todos decían: “ha muerto como un romántico; ha muerto de amor”. Ya ves...

Guardaron silencio. Antonio, posiblemente, evocaba en aquel silencio la figura gallarda del tío Diego, surgido de pronto de su memoria al conjuro de las interrogaciones de Nirvana; ella, a su vez, trataba de explicarse cómo se muere una persona de “amor” dándose un balazo...

—Oye, Antonio, y ¿cómo daba el amor?

—¿Qué cómo daba?

—Sí. Cómo se sentía la enfermedad.

—Pero, ¿quién te ha dicho que el amor era una enfermedad?

—¿No?

—No.

—Y ¿qué era entonces?

Formuló la pregunta tan encimada a él, que sus respiraciones se confundían. Le brillaban los ojos como brillan en la noche las luciérnagas (aunque se haya abusado tanto de esta metáfora que ya no le llama a nadie la atención); en toda ella se advertía un temblor de emoción, y los labios, al hablar, quedaron entreabiertos... Antonio la arrojó en una mirada llena de secretas ternuras. El perfume de ella, el aliento de ella, el calor de aquel cuerpo joven y hermoso, lo envolvieron en no supo qué extrañas hechicerías. Fue una ceguera, una embriaguez, una inconsciencia. Y como quizá tuvo el capricho de pensar que la boca entreabierta debía encerrar alguna dulzura desconocida, juntó a ella sus labios.

¿Un instante? No se sabe. Hay veces en que el tiempo pierde su control y nadie alcanza a saber si se detuvo, aburrido de tanto caminar adelante, o si al revés lo ha picado un tábano y ha corrido demasiado. Se vieron el fondo de los ojos. Él dijo:

—¡Nena!... ¡Amor mío!

Ella dijo:

—¡Oh, Antonio!... ¡Mi amor!...

Y tornaron a besarse.

* * *

Por eso es domingo.

Porque lo relatado ocurrió el sábado en la noche, y, sin interrupción, lo que sigue al sábado es domingo, hasta segunda orden.

Origen del pecado original

Hay muchas versiones a propósito de cómo Adán y Eva, desobediendo las órdenes del Creador, probaron del fruto del árbol prohibido.

La más conocida es aquella que nos relatan los mismos libros santos: la serpiente tentó a Eva y Eva arrancó la manzana, la comió y luego dio de comer a Adán. Esa versión no digo yo que sea falsa, pero tiene sus bemoles.

La primera mujer, Eva, según esa versión, sabía que el árbol prohibido era el manzano; pero no sabía a qué sabía la manzana. Si las indiscreciones de la bicha rastrea la decidieron a arrancar una manzana para probarla, es de presumirse que, una vez comida la fruta, pensara en todo menos en ofrecer un pedazo a Adán; porque las mujeres nos han probado siempre que son golosas, y Eva, que sobre ser mujer, fue “la primera” mujer, no iba a resultar menos golosa que sus hijas o descendientes. Por otra parte, aquello de que la serpiente conversara con Eva, tengo para mí que no es cierto. No es cierto por dos razones de peso: la primera, porque las serpientes no han hablado jamás. La segunda, porque, ¿pero qué falta hace señalar la segunda razón si la primera lo dice ya todo?

Posteriormente han corrido por ahí millaradas de versiones. No vamos ahora a dar una nueva, cosa que a estas alturas resultaría difícil, porque es un tema agotado. Lo que vamos nosotros es a entrar

en otra suerte de consideraciones, aunque es posible que nos conduzcan al mismo fin.

En el Paraíso terrenal hubo un inconveniente grave: la falta de calefacción. El frío, sobre todo de noche, congelaba; y hay que ver cómo tiritarían Adán y Eva, que, creados por Dios a su imagen y semejanza, olvidó echarles encima una ropita.

Adán y Eva, durante el día, echados sobre la arena, tomaban el calor del sol; cuando el sol apretaba, a la hora del sesteo, se echaban sobre la grama, a la sombra de los árboles, y tomaban el fresco. Pero cuando el fresco tiraba a grados bajo cero, con el relente de la noche, la cosa variaba de aspecto.

Tanto Adán como Eva recordaban a cada momento ciertas palabras del Creador. Él les había dicho: “Os he hecho a mi imagen y semejanza”. Y aquellas palabras grandiosas los llenaban de orgullo. De manera que desde los primeros días de Paraíso, se habituaron a mirar con indiferencia a los otros animales, considerándolos inferiores. No les faltaba razón, a la verdad...

Una nohecita... No. Un crepúsculo, (ya la noche se venía encima, porque era crepúsculo vespertino), Adán y Eva coincidieron, por caminos distintos, al tronco del árbol que les servía de habitación. Era allí donde se albergaban. Eva se estuvo temprano viendo cómo nadaban las garzas en una laguna; Adán se estuvo de paseo por otro lado. Pero en su paseo Adán hizo un hallazgo: encontró una mata de fresas. Mejor dicho: una cepa completa. Como el rojo de las fresas le llamó poderosamente la atención, se agachó y se llevó la primera a los labios.

—¡Qué dulce!

Y siguió comiendo fresas. Tanto le gustaron que se puso a dar voces, llevándose la mano, en forma de corneta, a los labios:

—¡Eva! ¡Eva! ¡Eva!

Pero Eva no lo escuchó, embelesada con el nado de los cisnes, y a un kilómetro de distancia. Además, el aire soplaba para acá...

Cuando Adán se dio cuenta de que era hora de regresar, no satisfecha aún su hambre de fresas, puso en una hoja todas las que cupieron.

—Iré merendando por el camino, y le llevaré a Eva —pensó.

Y cuando ambos coincidieron, como decíamos, al pie del árbol que les servía de albergue, y que era un corpulento y hermoso manzano, a Adán apenas le quedaban dos fresas...

—Te traigo una fruta nueva que me he encontrado —dijo a su compañera.

—¿De verdad? Y, ¿es sabrosa?

Fue entonces cuando Adán advirtió que solo le quedaban dos fresas; ha debido dar a Eva las dos; pero fue tan sinvergüenza que le ofreció una sola. Eva se la comió. Y la encontró tan dulce, que, viendo otra fresa en la mano de Adán, tuvo el gesto de pretenderla. Pero Adán, más sinvergüenza todavía, apresuradamente se la llevó a la boca. Eva, deseándola, se le fue encima. Y la boca de Eva se juntó con la boca de Adán...

¿Le logró arrebatarse la fresa? Eso si no lo podemos asegurar. Pero Eva suspiró:

—¡Qué dulce es!...

A todas estas Adán, por un fenómeno óptico, creyó ver la fresa en los labios de Eva. Y siguiendo su ejemplo, acercó a la boca femenina su boca golosa... ¿Sería que el jugo de la fresa había humedecido los labios de Eva, dejando en ellos su néctar? Tampoco lo sabemos. Pero Adán puso los ojos en blanco y suspiró:

—¡Qué dulce es!...

Mas, en ese momento, como siempre solía presentarse —sin hacerse anunciar—, apareció el Creador. Traía el ceño fruncido. Los ojos le relampagueaban. Y dijo el Creador:

—Debéis saber de una vez por todas que esa fruta no se toca ni se come...

Y el Creador, que no estaba para fiestas, desapareció enseguida.

Adán y Eva quedaron de una sola pieza. Se miraron asustados. Eva, más dueña de sí, fue la primera en hablar:

—¿Oíste?

—Sí.

—¿Y a qué fruta se habrá referido? ¿Será a la que me trajiste?

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque Dios me hubiera dado el aviso hace rato. Donde las encontré me comí no menos de un centenar.

—¿Y entonces?

En aquel momento un pajarito que llegaba a la rama del manzano, a dormir, tumbó una manzana. La manzana le dio un porrazo a Adán en la nariz. Adán bajó la cabeza y vio el suelo esterado de manzanas. Y lo vio esterado de manzanas porque era la primera carga del árbol, y había soplado mucho aire durante la tarde.

—¡Ya está! —dijo.

—¿Qué? —inquirió Eva.

—La fruta que no debemos ni tocar ni comer es esta.

Y señaló las manzanas.

Dicho esto, y ambos de acuerdo, Adán arrancó un gajo del manzano para barrer el suelo, echando las frutas a un lado.

—“Esa fruta no se toca ni se come”, había dicho el Creador.

Y hubo que barrer aquello, para no tocarlas.

A poco, Adán y Eva dormían profundamente.

* * *

Al amanecer del día siguiente, ya despiertos Adán y Eva, advirtieron que había mucha neblina. Y el frío que, dormidos, sentían con tanto furor, despiertos los hizo tiritar.

—¡Qué frío tan fuerte, Adán!

—Muy fuerte, Eva.

Frente a ellos dos palomas, el casar de palomas que había puesto Dios en el Paraíso sacudieron sus alas. Adán y Eva, sin cambiar ideas, pensaron la misma cosa:

—¡Si pudiera sacudirme yo así!

La paloma estaba inquieta; se comprendía que el frío la tenía con un humor de perros. Entonces el palomo dijo:

—¡Curucú! ¡Curucucú!

La paloma se le acercó. Dijo:

—¡Cucú!

El palomo, luego, hizo unos visajes alrededor de su pareja, acompañándose del mismo estribillo:

—¡Curucú! Curucucú!... ¡Curucú! ¡Curucucú!...

Y de pronto, como la palomita seguía tiritando, el palomo la arropó con sus alas. Para eso fue necesario que la paloma se agachara un poquillo. Pero quedó arropadita.

Adán y Eva, sin cambiar ideas, pensaron la misma cosa:

—¡Qué sabroso se debe estar arropado con este frío!

Y Eva pensó más; pensó:

—Si Adán tuviera alas, como el palomo, ahora me arroparía a mí.

* * *

En la tardecita, ya bajo el sol, Adán y Eva salieron a pasear. Y se bifurcaron como en la tarde anterior. Eva se fue a la laguna, a ver como navegaban los cisnes. Adán se fue por el otro lado, con la ilusión de descubrir nuevas cepas de fresas. Y las descubrió. Se echó en el suelo y se estuvo atiborrando hasta que no pudo más.

Y aquella tarde Adán fue doblemente sinvergüenza: porque en vez de llevar a su compañera una porción de fresas, ya que le habían gustado tanto, apenas escogió tres, sintiendo el egoísmo de dejarlas allí para hartarse él al día siguiente.

También como en la tarde anterior coincidieron en el regreso, cada uno por su lado. Adán pensó que dar a Eva tres fresas era

demasiado; además, en la caminata de regreso había hecho la digestión. De modo que se comió la número tres. Y al verse uno al lado de otro, Adán, como la vez anterior, ofreció a Eva una fresa, llevándosela él mismo a los labios. Eva se la tragó sin paladearla. Y Adán se llevó a su propia boca la otra. Pero Eva siguió la táctica de la víspera... Sus labios se juntaron a los labios de Adán, y tornó a suspirar:

—¡Qué dulce es!

Y Adán, que según parece no tenía muy buena vista, o tenía demasiada visual, acercó sus labios a los de Eva, creyendo tener tiempo de arrebatarse la fresa. Y suspiró:

—¡Qué dulce es!

Quedaron paralizados. El Ángel Cuidador, que blandía una espada flamígera para mantener el orden cuando algunos animales querían armar algún zipizape, estaba a espaldas de ellos.

—¿No recordáis lo que ayer os dijo el Creador? Esa fruta ni se toca ni se come...

Y el ángel hizo mutis.

Adán y Eva permanecieron cabizbajos. Y Eva fue otra vez la primera en hablar:

—Oye, Adán, ¿a ti te han llamado la atención estas frutas? —Y dio una patada a la manzana más cercana.

—A mí no.

—Pues a mí tampoco. ¿Porqué tendrán ese temor de que vayamos a comerlas? ¿Te explicas tú eso?

Adán reflexionó un momento.

—Mira, Eva, ya me doy cuenta... Como este árbol deja caer sus frutas con la brisa de la tarde, y cuando regresamos a dormir el suelo está esteradito, el Creador, pensando que traemos hambre, nos ha hecho la advertencia. Primero ha sido él; hoy ha encargado al ángel.

—Eso sí puede ser, Adán.

—No te quepa duda.

Y ya con las conciencias tranquilas, se echaron a dormir.

Pero el sueño no llegaba. ¡Y no llegaba porque el frío aquella noche quemaba! Uno y otra daban vueltas sobre las hojas, sin hallar acomodo. El cielo se llenó de estrellas. La luna asomó su faz llena. De pronto, allá enfrente, se oyó esto:

—Cucú.

Y se oyó esto también:

—¡Curucú!... ¡Curucucú!...

Eva, que estaba con un desvelo atroz, y porque el desvelo atroz obedecía al frío, tuvo una idea:

—Si Adán no tiene alas para arrojarme, en cambio podría acurrucarme...

Y junto con pensarlo se le encimó. Pero Adán ya había pescado su sueñito. No obstante, Eva se pegó a él. Su cuerpo cimbreño se onduló, buscando aquel tibio arrimo. Pero se quería acurrucar tanto, que Adán abrió los ojos.

—¿Qué te pasa, Eva?

Eva, con una voz que no había tenido nunca, le habló así:

—Tengo frío, Adán. ¡Dame calor tú! Junta tu cuerpo con el mío; pásame los brazos alrededor del cuello; dame calor ¿No viste esta mañana al palomo arrojar a la paloma?

Al decir esto se volvió a oír:

—¡Curucú! ¡Curucucú!...

Y Adán, lleno de piedad por el frío de su compañera, sintió envidia de aquel palomo que podía darse el lujo de arrojar a su paloma para que el frío no la entumeciera. Y como no podía sacarse plumas, rodeó el busto de Eva, la atrajo a su pecho. Al hacer esto, la cabellera de Eva se derramó sobre el rostro y el busto de Adán. Y naturalmente Adán sintió el calorcito.

* * *

¿Cuándo había sido el sueño de Eva más hermoso, más tranquilo? Jamás. Y así como durmiendo mal, con incomodidad, se sufren terribles pesadillas, durmiendo bien se tienen dulces sueños. Y Eva soñó...

Eva soñó que Adán venía con una cantidad fantástica de fresas...

Eran tan suaves, tan dulces, tan jugosas, que el hambre por ellas no quedaba fácilmente satisfecha.

Y el sueño fue tan patente que Eva despertó.

Y al despertar, soñolienta, creyó ver fresas en los labios de Adán.

Y creyendo ver fresas, llevó sus labios a los otros labios.

Y tornó a llevarlos.

Porque cada vez que los juntaba, los labios aquellos le resultaban tan dulces como las fresas.

Y Adán despertó a su vez.

Y al despertar, sintió un dulzor de fresa en los labios.

Y era que en sus labios estaban los labios de Eva, que eran dulces también...

* * *

¿Cuándo volvieron a dormirse? Quién sabe! Lo cierto es que despertaron con el sol alto. Y que, al abrir los ojos, lo primero que pudieron ver fue al ángel guardián del Paraíso, con su terrible espada.

Y esa mañana no escucharon al palomo diciendo: “¡Curucú! Curucucú!”

Sino que el ángel, con voz de pocos amigos, señalando a la puerta del Paraíso que quedaba no muy distante, ordenó:

—¡Largo de aquí!

Como dijimos en el capítulo anterior, cuando Nirvana y Antonio juntaron sus labios, mirándose al fondo de los ojos, él dijo:

—¡Nena!... ¡Amor mío!

Y ella dijo:

—¡Oh, Antonio!... ¡Mi amor!

Y volvieron a besarse.

Y repetimos que los sucesos se desarrollaron el sábado a altas horas de la noche, prolongándose hasta el domingo por la mañana.

Antonio fue el primero en despertar. Y se dio cuenta, ya despierto, de que no estaba solo. (Ordinariamente uno no se da cuenta de nada durante el sueño)... ¿Se extrañó? Sí, un poco. ¿Por qué estaba allí ella?... ¡Ah! Es verdad... Y los recuerdos le bailaron una danza fantástica.

—Anoche... Hablábamos de... y después... y ella me preguntó... y yo le dije... y me dijo ella... y nosotros...

Se inclinó a besarla, y tuvo el tino de besarla sobre los párpados. Decimos que tuvo tino porque Nirvana despertó inmediatamente. ¿Poseen las mujeres más fuerza de evocación que los hombres? Es posible que sí. Nirvana, al despertar, recordó de un solo golpe lo que Antonio tuvo que recordar por entregas; y echándole los brazos al cuello, le dio una noticia sensacional:

—¡Antonio, ya sé! ¡Ya sé! ¡Ya sé lo que es el amor!

Relaciones tirantes con Alemania

Es posible que la señorita Hindembergh Streesemont exagerara las cosas al llegar a su país, porque presentó un informe oral que duró dos horas largas, en reunión de Gabinete, concluyendo así:

“El recibimiento que se me hizo fue frío. Y la forma en que se me trató, en Gabinete, denigrante. Aquél gobierno, según se desprende de la actitud de sus miembros, nos ve por sobre el hombro. Se comprende que no le importamos un rábano, y se da unos aires de señorío que en mi concepto le queda grande. Yo opino que Alemania debería darles una lección. Además, la negativa para que yo pudiese visitar la zona prohibida demuestra a las claras que allí se esconde la señorita Blohm, que, no habiendo realizado con nosotras la negociación a que aspiraba con su invento, lo ha vendido al extranjero”.

Se discutieron mil fórmulas de boicoteo, pero ninguna daba resultados. Hasta que la ministra de Población lanzó la idea infernal:

—¡Suspendámosles la exportación de autonacimentinas!

En el seno del Gabinete se hizo un silencio trágico. Desde que existía la autonacimentina jamás se había pensado en semejante cosa. En realidad, no exportar autonacimentinas a determinado país, era darle un golpe de gracia. Las señoritas alemanas del Gabinete se dieron cuenta de que ellas podían disponer a su antojo del destino de cualquier pueblo. Si por vías de represalia prohibían aquella exportación, ¿cómo se las iban a arreglar para el crecimiento y equilibrio de la población?

La presidenta del Gabinete rompió el silencio:

—¡Eso es demasiado grave, compañeras. El mundo entero se nos vendría encima!

Pero a Alemania le importaba muy poco que el mundo pensara pares o nones.

La ministra de Población trató de dar a su idea mayores razones:

—No olvidemos que Alemania es actualmente el país más poblado de la tierra, y que nuestras reservas son inagotables. Sin ejercer monopolios, somos nosotras quienes disponemos de la única autonacimentina eficaz para engendros. No es culpa nuestra si los demás países están aún sin lograr una fórmula definitiva. Todo se les ha ido en ensayos de laboratorio, muy apreciables, pero que no pasan de ser simples ensayos. Además, nuestra generosidad no puede ponerse en tela de juicio. Hemos exportado, cumplidamente, a cada país las cantidades de autonacimentina previstas para el mantenimiento de las poblaciones extranjeras. Si una nación nos hiere, ¿quién puede censurarnos porque nos tomemos una venganza?

Se discutió largo. Y se estudiaron las eventualidades. Ningún otro país podría suplir lo que Alemania negaba, por la sencilla razón de que era Alemania el único productor, y los otros solo disponían de las cantidades necesarias al sostenimiento de sus poblaciones. De manera que era imposible que declarándose el boicoteo, se le pudiese burlar.

Se acordó enviar un ultimátum.

Así:

El Gobierno alemán, justamente ofendido por la actitud de ese Gobierno y sin entrar en más explicaciones, le expresa que, de no satisfacer ampliamente las peticiones que se formularán de seguidas, tomará medidas enérgicas para que se le respete.

1.º - Ese país remitirá a Alemania, en calidad de detenida, a la señorita Blohm, inventora.

2.º - Ese país entregará a Alemania el avión o los aviones que se hayan construido, según los diseños del invento de la señorita Blohm.

3.º - Ese país no podrá luego insistir en semejante fabricación.

4.º - Los tribunales de ese país castigarán con la pena máxima a las directoras de periódicos que han ofendido a Alemania con sus calumnias, clausurando, además, las respectivas empresas.

5.º - Se conceden a ese país 24 horas para contestar.

Como se hizo, con carácter de urgente, la convocatoria para considerar el ultimátum de Alemania, causó profunda extrañeza la no asistencia de Nirvana Castro. Se la esperó. Se hicieron conjeturas. El caso era realmente insólito. No solo extrañaba que una ministra dejase de asistir a una reunión de Gabinete, sino que, precisamente, se trataba de la ministra de Aviación, avisada, por lo altavoces oficiales que funcionaban para tales cosas, de la índole de la reunión.

En aquellos momentos Antonio trataba en vano de convencerla para que fuese.

—Es tu deber, nena. Estarás enseguida de regreso.

Y siendo ya la décima vez que le repetía las mismas palabras, Nirvana se alteró:

—¿Es que te estorbo? ¿Es que quieres que me vaya de tu lado?...

Antonio no se esperaba aquello. Se sintió dolido de semejantes palabras, y acercándosele, rodeando su cintura, y estampándole un beso, le dijo:

—¡Nena! ¿Cómo me puedes hablar así? ¿No soy yo quien te ruega quedarte aquí todo el tiempo posible? Tú misma me has advertido que esa reunión es urgente. ¿No es mi deber recordártelo?

Por eso, cuando sus once colegas y la presidenta extrañaban más su ausencia, sonó un altavoz instalado en el centro de la mesa redonda.

—Soy yo, Nirvana. Estoy en la zona prohibida. Me urge sobremanera apresurar lo que ustedes saben. Dénme por presente, y dejen en comunicación el micrófono para seguir desde aquí el hilo de la

sesión, que yo interrumpiré si encuentro algo que decir. ¿Estamos conformes?

La voz de la presidenta respondió:

—¡Muy bien, Nirvana!

Por su parte, Nirvana se volvió a Antonio.

—Bueno... Tú te quedas calladito, ¿eh? ¡No chistes! Te permito que me beses, eso sí, pero sin hacer ruido...

Allá, en el salón de sesiones, repicó la campanilla de la presidenta. Y la ministra de Armonía Exterior dio lectura al ultimátum, concluyendo así:

—Es una declaración de guerra. Nada de lo que se nos exige es aceptable. Yo opino que deberíamos contestar inmediatamente.

—¡Calma, un poco de calma! —insinuó la presidenta—. Eso hay que verlo con calma... Vamos a pensar, o mejor dicho, vamos a tratar de adivinar qué represalias se propone Alemania.

Pero se pasaron diez minutos de absoluto silencio, prueba inequívoca de que no se podía acertar a cuáles serían aquellas represalias de Alemania. Aquel silencio fue roto por la voz de Nirvana Castro:

—Alemania se concreta a exigir, y sabe que hace exigencias inadmisibles. Y se concreta a amenazar, creyendo que la amenaza ha de asustarnos. Yo opino que se le conteste inmediatamente diciéndole que, con el criterio de que su ultimátum no ha sido meditado, se lo devolvemos a fin de que se sirvan revisarlo, porque semejantes cosas no se le proponen a un país como el nuestro. Si ustedes encuentran alguna objeción que hacer, les ruego acercarse al micrófono para que no se me escape ni una palabra.

Pero no hubo objeciones. Y se comunicó a Nirvana que, acogida su idea, se contestaría inmediatamente, haciendo la devolución del ultimátum.

La voz de Nirvana recomendó:

—Dejen copia de él.

—Perfectamente.

En ese momento repicó la campanilla de la presidenta, señal de que se daba por terminada la reunión. Nirvana desconectó su micrófono y seguidamente premió el silencio de Antonio.

Ustedes saben cómo suele premiar en tales casos una mujer enamorada.

Un informe de la profesora Pelusa

Es muy posible que algunos lectores consideren (con sobrada razón) que la pérdida de la ficha número 7 del salón de observaciones del Hospital Federal no le importó un rábano al Gobierno, a pesar de que, a raíz del artículo de la profesora Pelusa, el Gobierno recomendó especialmente la ficha, ordenando a la directora doctora Wataplasma –a esta fecha fallecida–, que le prestase todo género de atenciones. Pero no es así. La pérdida de la “momia” fue una preocupación bastante grande.

Ya sabemos que las primeras pesquisas fueron practicadas por las detectivas, quienes presentaron un informe reducido a esta conclusión desconsoladora:

QUE SE HABÍAN ROBADO LA FICHA NÚMERO 7...

Pero como ya eso se sabía, el Gobierno se apresuró a tomar medidas a fin de que la ficha volviera al fichero del salón de observaciones. Con el pretexto de visitas de inspección, las empleadas de la sanidad se metieron en todas las viviendas y registraron todos los rincones. En las aduanas los equipajes eran requisados. A algunas señoritas gordas las obligaron a despojarse. Pero la ficha no aparecía.

A las señoritas cónsules en el exterior se les transmitió un informe confidencial.

Así fueron pasando los días, hasta que tres multidiarios, como ya lo vimos, lanzaron la peregrina idea de que Alemania había metido las manos en aquel asunto. Y como el Gobierno tenía razones

poderosas para sospechar que Alemania pudiese hacerle alguna jugada, si estaba aquel gobierno enterado de la venta que había hecho la señorita Blohm, a pesar de que las directoras fueron detenidas, la sospecha se tomó en consideración.

Ahora bien: ¿para qué iba Alemania a robarse aquella momia? ¿Para enriquecer algún museo?

Se pensó en la profesora Pelusa. ¿Habría sido capaz aquella vieja de cargar con la ficha? Como paso previo, la directora de policía hizo una visita a su domicilio; iba aleccionada así:

—Ir con el pretexto de que la ministra de Armonía Interior desea pase a su despacho, y echar una ojeada por todos los rincones, debajo de la cama, y, a ser posible, dentro de los muebles que puedan esconder una momia.

Pero la directora de policía no vio nada. Y el resultado de la visita fue que la profesora Pelusa, profundamente extrañada, se trasladó al despacho de la mencionada ministra.

La funcionaria la recibió con extremada cortesía:

—Profesora, un poco tarde, es verdad, hemos podido juzgar que es usted una mujer eminente. Ello obedece a que usted tiene ideas que no armonizan con las nuestras. Cuando fue usted suspendida de la Academia, no se procedió por rencor, sino debido a que usted emitió conceptos demasiado honrosos para un sexo que no vale nada, es decir, para el hombre, a extremo de que sus palabras provocaron un mitin... No prolonguemos aquellos recuerdos. No hace mucho usted publicó un artículo a propósito de la investigación que se hizo por el caso de pannegolitis que, según los índices del salón de observaciones del Hospital Federal sufría la ficha número 7. Pues bien, usted sabe que la ficha ha desaparecido...

—¿Qué? ¿Cómo dice la ministra?

La ministra no pudo ocultar su asombro.

—Pero cómo, profesora, ¿ignora usted que la ficha número 7 ha sido robada?

La profesora Pelusa se puso de pie.

—¡Ahí lo tiene usted! No sabe el Gobierno lo que ha perdido... Yo lo advertí en ese trabajo mío al cual usted acaba de hacer mención; con la ficha número 7 éramos posiblemente el único país del universo poseedor de un verdadero ejemplar de hombre de generación espontánea... ¡No sabe el Gobierno lo que ha perdido!

La ministra tuvo necesidad de esperar a que los nervios de la profesora volviesen a su nivel. Cuando la vio reposada, aunque sudorosa, preguntó:

—Diga usted, profesora, ¿por qué era tan interesante conservar aquella momia?

—¡Pero qué momia ni que momia! ¡La ficha número 7 no es una momia, señorita ministra!

—¿Y qué es entonces?

—¡Un hombre! ¿Entiende usted? Un hombre, el hombre verdadero, legítimo, viril, de la antigüedad, ya que la hemos dado en hablar de antigüedades por cosas que apenas se remontan a menos de cien años.

—Pero bien; convengamos en que la ficha es un hombre, como dice usted. ¿Para qué necesitamos nosotras de un hombre? Vamos a ver, ¿para qué?...

—Excúseme la ministra. Yo soy una mujer, como usted lo ha dicho sin que ello me ofenda, de ideas distintas a las suyas. Es decir, en cuestiones científicas soy una mujer de ideas distintas a las de mis colegas, porque mis colegas no ven más allá de la punta de sus respectivas narices... Las veces que, por convicción, he expuesto esas ideas, se me ha querido asesinar. Yo perdí parte del cuero cabelludo en la Academia de Medicina, cuando mi famosa conferencia, usted lo sabe... Cuantas veces he querido exponer mi criterio, he llevado las de perder... Perdóneme que no conteste, por esas razones, a su pregunta...

Pero ya metida en aquel camino la ministra no quiso cejar.

—Profesora, yo reconozco que a usted la asiste la razón. Sin embargo, me va a perdonar que insista; en este momento hablamos

solas, compenetradas en un mismo propósito. Yo ofrezco a usted escucharla con el respeto que usted me merece. Si usted lo quiere, esta conversación será privada.

—Bien, y ¿qué desea saber usted?

—Yo deseo saber qué importancia tendría para el Gobierno la posesión de la ficha número 7. Es cierto que su robo o desaparición nos contraría profundamente; es cierto que hemos agotado los medios por descubrir su paradero; más, a pesar de ello, créame usted que no comprendo la importancia de la ficha.

—Usted no la comprende, no. Ni yo puedo explicarle en breves palabras la importancia que tiene. Si lleva usted mucho interés en ello, le enviaré un informe.

—Muy bien; me parece lo mejor.

Fue así como la profesora Pelusa intervino en la desaparición de la ficha número 7. Y el informe de la profesora, que llegó a poder de la ministra precisamente el mismo día de la reunión de Gabinete en que se consideró el ultimátum de Alemania, (dos horas después), decía entre otras cosas:

La soberbia, en todas las épocas de la humanidad, ha sido invariablemente una mala consejera. La falta de documentos que hagan historia en las vicisitudes de la vida pasada, nos imposibilita de aducir ejemplos que fortalezcan estas palabras; pero todos los grandes trastornos de la humanidad tuvieron como punto de partida la soberbia. No está bien que una mujer ponga en tela de juicio esta época en que el feminismo lo abarca todo; pero a la vez, silenciar mi criterio, sería un crimen de lesa patria. Más todavía: un atentado contra la humanidad. Hablaré, pues, en plural, a fin de que mis palabras sean menos pesadas a las demás mujeres... ¡Nos hemos ensoberbecido! Hemos creído que nos bastamos; las conquistas científicas han sido en nuestras manos armas de guerra, y hemos exterminado al hombre, que fue la piedra angular de la humanidad. Dios hizo al hombre; y luego hizo a la mujer de una costilla del hombre... Eso, por sí solo, nos demuestra que la mujer es un ser subordinado al varón. Es

verdad que los hombres, durante siglos, fueron los únicos amos; lo acapararon todo; movieron la humanidad como les dio su realísima gana. Pero nunca asumieron para con la mujer una actitud exterminadora. Se conformaron con ironizarla y explotarla.

Es indudable que, entre las grandes conquistas de la ciencia, ninguna supera a la autonacimenesia. Por ella casi podemos codearnos con el Supremo hacedor del Universo; lo que el hombre no pudo lograr, a pesar de que se desveló ensayándolo, lo consiguió la mujer: el descubrimiento de la autonacimenesia. ¿Pero qué hemos hecho, ensoberbecidas de nuestro triunfo? ¿Es la autonacimenesia algo perfecto? No. Para serlo le falta lo principal. Incubamos a voluntad, mujeres y hombres; hasta ahora, hemos visto que los hombres están desprovistos de virilidad. ¿Qué somos los seres humanos? Unos animales conscientes. ¿A qué condición hemos llegado gracias a la autonacimenesia? A un grado inferiorísimo, al último plano de los seres vivos. Porque mientras todos los animales inferiores se reproducen por medios naturales, espontáneamente, y mantienen las distintas especies y conservan sus características fisiológicas, el hombre, tipo cumbre del ser racional, ha venido a ser un elemento neutro.

El espectáculo que ofrece la humanidad actual es el más triste de todos, y precisamente somos los seres racionales los que hoy debemos tener envidia de aquellos que hasta ayer eran considerados inferiores, porque hoy nos aventajan. La atracción sexual es el principio fundamental de la vida; la función más noble de todos los seres vivos es aquella en que machos y hembras son capaces de perpetuar su especie. ¿A qué condición hemos llevado al hombre, si podemos designar por tales a esos seres anodinos incubados por la autonacimenesia? De ahí que la soberbia nos haya llevado a un extremo desesperante de decadencia. Hemos entorpecido la marcha armoniosa de la humanidad, porque hasta la fecha no le hemos robado a la naturaleza el secreto de la reproducción natural.

En otras ocasiones he expuesto, o quise exponer estas mismas ideas con riesgo de mi vida. Hoy las expongo a petición de la ministra, para llegar a las siguientes conclusiones:

1.º - Si llegare a faltar la materia prima que es base de las autonacimientinas, ¿qué sería de la humanidad?

2.º - Si por alguna circunstancia imprevista, Alemania, país actualmente único productor de autonacimientinas, por ser el único que ha logrado el secreto de su fabricación, negase a los demás países ese producto, ¿cómo se la arreglarían en el universo para mantener la población? Los destinos del género humano están en manos de Alemania. Y los demás países, aceptando el estado actual de cosas, no pararon mientes en que Alemania se puebla escandalosamente, mientras ellos están sometidos al mantenimiento de una población determinada. De manera que, cuando a bien lo tenga, Alemania ocupará toda la costra terráquea.

Por tales razones, la posesión de un HOMBRE, la posesión de la llamada "ficha número 7", que durante años se la creyó una momia, era de un interés extraordinario para nuestro país. Posiblemente éramos el ÚNICO PAÍS de la tierra dueño de tal ejemplar de la especie humana. La posesión de la ficha número 7 es de una importancia tal que no la pueden comprender las actuales generaciones. LA FICHA NÚMERO 7 ERA LA GARANTÍA DE NUESTRA FUTURA POBLACIÓN. Porque, si la hembra actual, nacida por medios artificiales, conserva las características morfológicas y fisiológicas de las mujeres antiguas, con aquel ejemplar de hombre podríamos obtener nuevas generaciones viriles, cosa imposible de lograr con el producto masculino que se obtiene por la autonacimenesia.

El país que retenga a la llamada ficha número 7, ESTÁ DESTINADO A SER EL PRIMER PAÍS DE LA TIERRA.

Y al pie de otras consideraciones un poco sentimentales, la profesora Pelusa estampó su firma.

La indiscreción periodística

Cuando la ministra de Armonía Interior pensaba, alarmada, en dar cuenta del informe de la profesora Pelusa, vino a sorprenderla su parte más explicativa en las columnas de *¡Epa!* ¿Cómo había logrado *¡Epa!* los originales? ¿Los había suministrado la profesora? Lo cierto del caso es que, con grandes titulares, aquella publicación fue la sensación del momento.

Apenas se regó (como pólvora) la noticia de la publicación, las mujeres se tiraron a las calles a disputarse ejemplares de *¡Epa!*, cuyas prensas no daban margen, a pesar de su velocidad, a llenar la venta.

Y claro está, los comentarios más peregrinos volaban de boca en boca. Se suspendieron las actividades ciudadanas para ocuparse solamente de aquello. No había tiempo para más.

Pero regularmente las informaciones escandalosas no llegan solas. Si *¡Epa!* había batido un récord, *Ya* no se quedó rezagado. Y cuando las mujeres no hallaban cómo conjeturar aquel artículo de la profesora Pelusa, los altavoces esquineros de *Ya*, y sus pregoneras, atronaron con esta noticia desconcertante:

ALEMANIA HA SUSPENDIDO A NUESTRO PAÍS LA
EXPORTACIÓN DE AUTONACIMENTINA

Bandadas de aviones, de verticalicópteros, de aeroplanos, de cuanto pájaro mecánico existía, surcaban el espacio. Entre el elemento oficial podía advertirse un movimiento inusitado. La banda violeta de los aparatos oficiales volaba en todas direcciones.

Porque *Ya* decía lo siguiente:

Berlín. —Urgentísimo.— (Servicio exclusivo de *Ya*). — Gobierno alemán acaba firmar decreto prohibiendo exportación autonacimentinas para ese país. Decreto advierte otros gobiernos, caso suplirles alguna porción producto sufrirán igual suerte. Trátase boicoteo. Ignóranse causas motivan tal determinación, pues gabinete sesionó secretamente. Seguiremos informando.

Las dos informaciones se daban las manos. Mas, si la población estaba alterada, asombrada, no lo estaba individualmente menos Nirvana Castro, a quien encontramos en su escritorio oprimiendo nerviosamente el botón número 7 que desalojó el *Graf Zeppelin* de su hueco. Fifi hizo acto de presencia.

—¿Qué deseas, Nirvana?

Ella permaneció en silencio, mirando fijamente a Fifi. Dijérase que pretendía atravesarla con las miradas, leerla hasta lo más hondo del alma. Fifi, extrañada, preguntó de nuevo:

—¿Quieres algo? Estás muy nerviosa, se te nota...

—Oye, Fifi.

—Habla sin temor.

Fifi tuvo la precaución de hacer girar al *Graf Zeppelin*, a fin de que fuese de todo punto imposible entrar al despacho.

—¿Qué te pasa, di?

—Fifi... ¿Tú eres capaz de guardarme un secreto, un gran secreto?

—¿Por qué lo dudas?

—Se trata de algo que vale para mí más que mi vida.

—¡No digas disparates! ¿Más que tu vida?

—Sí, mucho más.

—Bien... Así será.

—Júrame que no me harías traición por nada ni por nadie.

Fifi bajó sus grandes ojos negros y tristes, aquellos ojos sin expresión que había tratado de profundizar Antonio Jiménez; pero al bajarlos, Fifi puso en sus miradas toda la expresión de que era capaz, porque lloró...

—Nirvana... ¡Jurarte! ¿Es necesario que te haga un juramento para que sigas teniendo confianza en mí? ¡Nunca lo hubiera creído!

Ella sintió el reproche; y acercándose a la muchacha trató de rectificar sus palabras:

—¡No, Fifi, no! ¡Es que... lo que te voy a pedir es muy grande!

—Pídelo sin temor.

—Yo necesito esconder aquí a una persona...

—¿Esconderla?

—Sí. Sólo puede ser en tus habitaciones. Pero eso nadie deberá saberlo.

—Muy bien.

—¿Puedo contar contigo?

—¿Y por qué no? Ni siquiera necesito saber a quien esconderás.

—Pero...

—¿Falta más?

—Sí. Yo voy a esconder aquí a un hombre. Es preciso que tú lo sepas.

Nirvana creyó que la confianza dejaría a Fifi convertida en una estatua. Pero aquello le sonó en los oídos a Fifi como si la hubieran dicho que iban a esconder un galápagos. A extremo de que se conformó con responder:

—Un hombre... Bueno, no encuentro nada de particular en eso. Sin embargo, has dicho que me pedirías ayuda para algo que vale más que tu vida. ¿Qué es?

—¡Fifi! Ese hombre no es uno de los hombres que tú conoces; es de otra clase.

—¿Eh?

—Es un hombre de verdad.

—¡Pero Nirvana, estás loca! ¿Y cuáles son los hombres de mentira? ¿Es que has perdido la cabeza?

—Oye, acércate, Fifi... Ese hombre que yo necesito esconder es Antonio Jiménez.

—No lo conozco.

—La ficha número 7, que se robaron del...

—¡Oh!

—¿Comprendes ahora?

—Pero bien, ¿es que la encontraste?

—Es que me la robé.

—¡Tú!

—Yo, sí. Yo fui quien entró al salón a robar la momia, y la tengo escondida desde entonces en la zona prohibida. Por razones que ahora no te puedo explicar, aquel ya no es un sitio seguro. Es urgentísimo que me la traiga aquí, mientras la llevamos a casa.

—Y di, Nirvana, ¿sigue durmiendo? ¿Qué haces tú con esa momia? Si llegaran a saberlo, ¿qué harías?

—Para que no lo sepan es que necesito esconderla. Después sabrás lo demás...

—Yo haré lo que tú mandes.

—Esta noche, a las nueve, estarás esperándome aquí.

Y como Nirvana tenía muchos asuntos que resolver, saltó al verticalicóptero.

Fifi permaneció sin moverse. ¿Qué le pasaba? Le pasaba que era aquella la primera vez en sus veinte años, que le ocurría pensar... No acertaba a explicarse nada y lo temía todo. Advertía que algo muy grave debería ocurrir para que Nirvana, tan sensata, hiciese semejantes desatinos. De su reflexión vino a sacarla el repiqueteo de un teléfono.

—A la orden.

—¿Está Nirvana?

—No. Acaba de salir.

—¿Regresará?

—Posiblemente, porque tiene que despachar.

—Dígale que se comunique urgentemente con la presidenta.

—Muy bien.

Pero vamos a dar un salto al Club de las Aviadoras donde la cosa está que arde.

Sobre las mesas solo se ven bandejas de comprimidos y ejemplares de *¡Epa!* y de *Ya*. Como quiera que allí no conocemos a nadie, copiaremos los diálogos sin especificación de personas.

—No puede ser; esto es perfectamente absurdo.

—¿Qué? ¿Qué Alemania no nos mande más autonacimentinas?

—No, eso no. ¡Las alemanas son capaces de todo! Lo absurdo es lo que dice la profesora Pelusa. ¿Qué quiere decir eso de que en posesión de la momia que se robaron del hospital, seríamos el primer pueblo de la tierra?

—Pues eso quiere decir que no existe otra momia que ronque, seguramente.

—Es que aquí no se habla de que ronque o no. Se habla de que esa momia posee facultades excepcionales. ¿Por qué en la ficha número 7 tendríamos la garantía de nuestra población futura? ¿Qué quiere decir eso?

—Está claro: se ha descubierto que la ficha tiene el secreto de las autonacimentinas alemanas.

—No, no es eso. Es que según parece, la ficha era un depósito de autonacimentina.

—De modo que si logramos encontrarla, no importa que Alemania se niegue a vendernos el producto.

—¡Eso es!

En un grupo más allá sí encontramos a dos conocidas. Las señoritas Urotro y Calcinada. Están solas, las dos. Urotro acaba de leerse por segunda vez el informe de la profesora Pelusa.

—¿Qué piensas de esto?

—¡No sé qué pensar!

—Pero di: ¿cuál será el secreto que encierra la ficha?

—¡Es lo que precisamente no entiendo! Yo daría lo que no tengo por comprender esto...

Y echando mano a ¡*Epa!* leyó:

...si la hembra actual, nacida por medios artificiales, conserva las características morfológicas y fisiológicas de las mujeres antiguas, con aquel ejemplar de HOMBRE podríamos obtener nuevas generaciones viriles, cosa imposible de lograr con el producto masculino que se obtiene por la autonacimenesia...

* * *

¡No sabía la profesora Pelusa el interés monstruoso que despertarían aquellas palabras de su informe! Al llegar a esas líneas, todas las mujeres experimentaron la misma emoción, y todas quisieron comprender, ¡y rabiaron por no comprender nada!

De manera que, en el Club de las Aviadoras se armó tal escándalo que aquello llegó a parecer un manicomio. Se discutió en alta voz; todas las socias acabaron por reunirse, a fin de escuchar opiniones. De pronto, de entre todas las voces se destacó otra voz:

—¡Pido la palabra!

Aquel grito sofrenó a la multitud. Solicitaba la palabra la directora del club.

—¡Pido la palabra! ¡Ruego unos minutos de silencio!

Y como el silencio fue otorgado, la directora, encaramada a una mesa, habló así:

—Propongo a mis compañeras que designemos una comisión para que, entrevistándose con la profesora Pelusa, se la invite a nombre del club a fin de que nos dé una explicación más clara de su informe. Así es posible que lleguemos a comprender lo que no comprendemos.

Fue un clamor de aprobación.

—¡Muy bien!

—¡Viva!

—¡Magnífica idea!

—¡Que la comisión se nombre en el acto!

La voz de la directora suplicó de nuevo silencio.

—Se nombra a las señoritas Calcinada, Midy, Te y Sol para que vayan a invitar a la profesora. Que vayan en avión y traigan ahora mismo la respuesta.

* * *

La respuesta:

—La profesora ha manifestado que con mucho gusto accedería a nuestra invitación. Pero dice que, tratándose de exponer ideas que no hace mucho encontraron oposición agresiva, y considerando el aprecio que tiene por su pellejo, le es de todo punto imposible. Agrega la profesora que estima esta diligencia, porque demuestra el interés que ha despertado su informe.

La directora del club declaró a la concurrencia en sesión extraordinaria y tomó la palabra:

—La profesora Pelusa tiene razón. No podemos olvidar que estuvo a punto de morir a nuestras manos... pero es urgente que nos atienda. Yo propongo que se le ofrezcan garantías.

—¡Muy bien!

—Que vaya la comisión a visitarla nuevamente bajo esa base.

* * *

Resultados de la segunda visita:

—La profesora Pelusa dice que se siente abrumada por tantas bondades. Pero agrega que las garantías de boquilla no la satisfacen.

* * *

Deliberación. (Deliberación secreta). Por eso no entramos en comentarios.

* * *

Resultados de la tercera visita después de la deliberación:

—La profesora Pelusa acepta, exigiendo se le firme al pie de este pliego.

Lo que dice el pliego;

Nosotras, miembros del Club de las Aviadoras, en la persona de nuestra directora, nos comprometemos:

a) a no olvidar ni por un instante que la presencia de la profesora en este centro obedece exclusivamente a invitación reiterada que le hemos hecho;

b) a no olvidar que explicará la importancia de la ficha número 7 por exigencia de nuestra parte;

c) a guardar silencio y la mayor compostura;

d) a no atentar contra el cuero cabelludo de la profesora;

e) a regresarla a su domicilio sin ningún hueso partido;

f) a no permitir la asistencia de damas que no pertenezcan al club, cuya responsabilidad quedaría exceptuada de estas condiciones.

No hubo objeción que hacer al pliego, y la directora, después de consultar la conformidad de las demás presentes, estampó su firma.

* * *

Nota publicada en *El Instante*, edición de las 3 p.m.:

UNA CONFERENCIA TRASCENDENTAL

Dentro de una hora, esto es, a las 4 de la tarde, la eminente profesora Pelusa dictará una conferencia en el salón de sesiones del Club de las Aviadoras, para lo cual ha sido especialmente invitada por la Directiva del Centro. La profesora Pelusa disertará sobre la importancia de la ficha número 7, robada del salón de observaciones del Hospital Federal, poniendo en claro “por qué la posesión de un verdadero hombre sería en estos momentos conflictivos la salvación de la patria”.

La conferencia es exclusiva para los miembros del club.

La estatua de sal

Hay en la mujer dos impulsos distintos que suelen confundirse; más aún: que los suelen confundir ellas mismas. Esos impulsos son la desobediencia y la curiosidad. Cuando los habitantes de las ciudades malditas echaron a andar, y sobre Sodoma y Gomorra se desataron las cataratas del fuego celeste, Lot y su costilla, por excepción especialísima, eran de los escogidos en salvar el pellejo. Pero ya existía la advertencia de que no volviesen atrás las cabezas. Aquel consejo prudente obedeció al deseo de Dios de no amargar ni a Lot ni a su mujer el resto de sus años; era de presumirse que, si volvían atrás las cabezas, se aterrassen del espectáculo de la ciudad en llamas, y para lo sucesivo, sus noches fueran noches insomnes, llenas de pesadillas infernales...

Lot no volvió atrás la cabeza. Por varias razones. Lot se dijo:

—Ahí va a pasar algo gordo, pero en salvándome yo, que se pudran. Y si hay peligro en volver la cabeza, no seré yo ciertamente quien la vuelva; lo que queda atrás me tiene sin cuidado...

Pero la mujer de Lot, si acaso entró en semejante género de consideraciones —y es muy posible que entrase—, tuvo otro impulso, y no de piedad. Se sintió impelida a volver la cabeza para poder echar después el cuento... ¿Desobediencia? No. Simple espíritu de curiosidad. Y la curiosidad la convirtió en estatua de sal. Ni su marido se dio cuenta de la metamorfosis, puesto que, al convertirse en estatua, ya Lot le llevaba algunos pasos, ¡y no era cosa de volver la cabeza!

Desde entonces, la mayor parte de las calamidades que sufren las mujeres obedecen a su espíritu de curiosarlo todo. En la mujer la curiosidad es inversa que en el hombre. Este engendra grandes cosas gracias a la curiosidad; los inventos son hijos de la curiosidad masculina; los químicos, los físicos, los mecánicos, toda esa legión de hombres de ciencia que se queman las pestañas, ¿de qué tábano está picada? Del tábano de la curiosidad. La curiosidad femenina, en cambio, es de resultados siempre negativos, y hasta suele convertirse en arma que hiere a quien la esgrime. Las mujeres, ordinariamente a través de todas las épocas, se han perdido por curiosas.

Y en la época de esta novela la curiosidad dormía aparentemente en la mujer, pero con sueño liviano. Bastó el informe de la profesora Pelusa, donde se hablaba del HOMBRE, es decir, del sexo contrario, para que en la mujer se desencabritara el impulso de saber, de averiguar.

Es lástima que la conferencia de la profesora en el Club de las Aviadoras fuera a puertas cerradas. Solo podemos referirnos a aquel acontecimiento a través de charlas, de impresiones, de opiniones escuchadas tres horas después. Chicas hubo que se aprendieron de memoria parrafadas íntegras, con fidelidad pasmosa. Gracias a esa facultad taquigráfica, los multidiarios pudieron recoger una información copiosa y gracias a aquella información las ediciones se agotaban que era un encanto.

¿Cómo es posible que la profesora Pelusa sepa tanto? Esta pregunta la formulaban todas las mujeres. O es una grandísima charlatana, o es el cerebro mejor nivelado de su tiempo. ¿Pero en qué fuentes hubo la profesora semejante ilustración? Bueno: esto sí es cosa que nosotros sabemos en parte. Esa ilustración la hubo la profesora Pelusa de sus largos coloquios con el doctor Gurtz, aquel alemán gordo y colorado que diagnosticó al ataque de pannegolitis del niño Antonio Jiménez. Reducido a la impotencia, prohibido de ejercer su profesión, tragando más bilis que una suegra amarrada,

el doctor Gurtz encontró en los oídos de la profesora Pelusa dos remansos de descanso espiritual.

De ahí que la conferencia de la profesora Pelusa, a la cual asistieron todas las miembros del Club de Aviadoras por simple espíritu de curiosidad, y que por espíritu de curiosidad fue solicitada por la directora, de acuerdo con sus compañeras de la mañana, levantara un escándalo que no tenía ejemplos en la vida nacional. Porque la profesora Pelusa, a su vez, derramó toda su bilis personal en el asunto. Fue, para ella, la hora del desquite. Allí se cobraba las humillaciones sufridas años antes cuando se le arrojó del seno de la Academia de Medicina, con la mitad de la cabellera perdida y algunas costillas con golpes de pronóstico reservado. Las contusiones generalizadas de aquella memorable ocasión vinieron a ser, esta vez, contusiones marcadas en los espíritus de sus oyentes.

Seis mil cuatrocientos miembros del club salieron de la conferencia con estos motivos de reflexión:

- De todos los animales, el más desgraciado es la mujer actual.
- A la mujer actual, para ser Mujer, le falta ser Hembra.
- La autocimenesia, acogida por las mujeres como una redención salvadora por los inconvenientes antiguos de la maternidad, es un disparate gravísimo.
- Sin pasiones la vida es una estupidez.
- Para alimentar pasiones es preciso conocer las atracciones sexuales.
- El mazazo propinado al elemento varón, despojándolo de sus características viriles, para transformarlo en un ser andrógino, se vuelve sobre sus autoras, las mujeres, que son incapaces de realizar la función más noble de todos los seres vivos: la procreación.
- La ficha número 7 es un Hombre.
- Un Hombre tiene más valor intrínseco que toda la producción de autonacimentinas de Alemania.

Mujeres hubo que para olvidar las palabras apocalípticas de la profesora Pelusa ingirieron diez kilos de pastillas de espíritus diversos, emborrachándose escandalosamente.

Y hubo otras que, heridas en el orgullo de su sexo, olvidaron o quisieron olvidar las cláusulas que sirvieron de garantía a la profesora para dictar su conferencia, y meditaron propinarle una paliza.

Como era de esperarse, en las mujeres alentó un mismo pensamiento:

ENCONTRAR LA FICHA NÚMERO 7.

Y el propósito fue colectivo:

—ES PRECISO BUSCAR LA FICHA NÚMERO 7...

Un cambio de domicilio

—Antonio... Voy a mudarte.

—¿Qué me vas a mudar? ¿Para dónde?

—Temporalmente, a mis oficinas. Allí permanecerás dos o tres días, y te irás a casa si presenta mi casa más ventajas para que nadie te descubra.

Nirvana le habló sin mirarlo a los ojos, nerviosa. Y como la tensión de su espíritu no era para mantener un estado de falsas contemplaciones, de pronto se echó a llorar. Y al reventar su llanto buscó el refugio de aquellos brazos que ya se extendían para estrecharla.

—¿Qué tienes, chiquilla? Ven aquí.

Se echó al borde de la cama y la sentó sobre sus piernas.

—Veme a la cara... ¡Sin llorar!

Pero el llanto fue más desconsolado todavía.

—¡Oh, Antonio! ¡Yo no sabía lo que era esto!...

—¿Qué, mi vida? ¡Qué no sabías tú?

—¡Yo no sabía lo que era amar, es horrible!

A Antonio se le atoró la voz, porque quiso contestar algo que sentía, muy hondo, pero que resultaba inexplicable. Como un eco dijo:

—Horrible, Horrible...

Nirvana reaccionó. Lo agarró por los hombros; clavó en él sus ojazos de fuego, perlados de lágrimas, y

—¡Pero yo te defiendo con mi vida, te lo juro!

Antonio Jiménez fue de asombro en asombro. Ignoraba qué peligros podían amenazarle. Solo por Nirvana estaba en contacto con el mundo exterior, y ella había tenido la prudencia de no decirle una palabra de cuanto ocurría. Y al sentirse entre aquellos brazos hermosos y enamorados, que lo estrechaban con desesperación, creyó sinceramente que algo estaría pasando con respecto a él.

—Oye, Nena... Es muy dulce tu amparo... Pero es necesario que sepas ciertas cosas... Hablas de defenderme hasta con tu vida. No sé qué peligros me amenazan, porque solo tú puedes decírmelos. Mas, ¿no sabes que un hombre es peligroso a la defensiva? Si algún riesgo nos amenaza, nada temas al lado mío, porque seré yo quien te defienda.

Las momias también razonan

Han corrido tres meses. Excepto la salud de Nirvana Castro, las cosas siguen lo mismo. Y también la salud de Nirvana Castro sigue lo mismo, si no prestamos demasiada importancia a la opinión facultativa de tres doctoras que la han examinado. Las muy sabias damas aseguran que Nirvana padece un principio de hidrosarca; pero no hay tal cosa. Ciertamente, el cuerpo cimbreño de la ministra de Aviación no tiene ya aquella elasticidad maravillosa que le permitía saltar al verticalicóptero; los caminos del aire, a los cuales estaba más habituada, suelen producirle vértigos; ha tenido que separarse precipitadamente de la mesa redonda en tres ocasiones en que, con reunión plena de Gabinete, se ventilaban asuntos de mayor cuantía. Pero su salud es buena, a pesar de todo lo explicado...

En la vida nacional queda en pie un grave problema a resolver; la carestía de autonacimentinas. Pasados los primeros momentos, los multidiarios se ocuparon de llevar al ánimo de la población un poco de paz. Las últimas exportaciones de autonacimentina que hiciera Alemania bastaban para abastecer las necesidades del mantenimiento de la población lo menos para un semestre. Se podía, pues, esperar. En el transcurso de aquel tiempo era muy posible llegar a un arreglo, zanjar las diferencias surgidas; no valía la pena de echarse a llorar desde una víspera tan remota. Sin embargo, en los tres meses ya corridos, las relaciones con Alemania continuaban en el mismo pie.

Y para hacer más crítica la situación, las pesquisas realizadas por descubrir el paradero de la ficha resultaban absolutamente inútiles.

Silenciosamente entró Fifi al gabinete. Nirvana, echada en un diván leía los multidiarios. Antonio Jiménez, echado en una butaca, se hallaba tan distraído que al advertir a Fifi dio un brinco. Ya sabía Antonio la camorra que podrían armarle si daban con él. Un mes largo permaneció en la más crasa ignorancia, hasta que los nervios de Nirvana hicieron crisis y entre lágrimas y gritos desesperados le relató los sucesos.

Antonio la escuchó, absorto. No comprendía. ¿Qué querían con él? ¿Pretenderían hacerle dormir de nuevo, volverlo al estado de postración que sufriera veinticinco años?

— ¡No Antonio, no es eso!

—Y ¿qué es, entonces?

—Es que tú, tú, ¿cómo te lo pudiera yo explicar? Mira, que si dan contigo, no importa que Alemania nos niegue el envío de sus autonacimentinas.

—¿Por qué?

—Porque...

Pero eso no sabía explicarlo Nirvana. Eso quiso ella saberlo, la primera interesada de todas las mujeres, cuando el lío conmovió la población. A solas con la doctora Pelusa, en una entrevista celebrada en su gabinetito de trabajo en el Ministerio de Aviación, trató de entender largas explicaciones científicas y no hubo de lograrlo. Solo sacó en conclusión que Antonio Jiménez era un equivalente del famoso producto alemán. ¿Por qué?

—Porque...

Al entrar Fifi Antonio se volvió violentamente.

—Mira, Fifi, siempre que entres, hazte sentir. ¡Me pegas cada susto!

Nirvana abandonó la lectura de sus multidiarios.

—¿Qué ocurre, Fifi?

—Nada.

—¿Por qué has venido, entonces?

—Para convencerme de sí estabas aquí. Cuando sales, al saberme sola, no puedo con mis propios nervios. Me entra la idea de que en una de tus salidas pueden descubrir a tu amigo.

—¿Aquí?

Guardaron silencio. Nirvana, con un periódico, golpeaba un cojín. Y Antonio rompió el silencio.

—Pienso una cosa.

—¿Qué?

—Los cuidados que guardas conmigo, o por mí, son excesivos. No hemos caído en cuenta de una cosa principalísima. ¿Quién diablos me conoce a mí, para descubrirme? Nos hemos rodeado de un temor que no tiene lógica razón de ser. Aquella profesora Wataplasma, de ingrata memoria, que me tuvo bajo su custodia en calidad de momia, se fijó en mí en las postrimerías, y afortunadamente murió. Te aseguro que alguna practicante del Hospital Federal que se ocupara en afeitarme mensualmente no se fijaría jamás en mis facciones; y en el supuesto caso de que se hubiesen fijado en mí, ¿crees admisible que pudieran a esta fecha reconocerme si me tropiezan? Hay otra circunstancia especial y favorable: quien desapareció del salón de observaciones del Hospital Federal fue el fichado número 7, una momia, como me creían, perfectamente dormido; no fui yo, Antonio Jiménez, despierto...

Nirvana le escuchó con marcado interés. Fifi, igualmente, se lo quedó mirando.

—Es verdad...

—Es verdad...

—Es verdad, claro está, y no hay de qué asustarse. Yo mismo vivo asustado. ¡Ustedes tienen la culpa! Cada vez que entra Fifi a esta habitación el corazón me da un salto dentro del pecho. ¿Que están empeñados en encontrar la momia? Pues que la busquen. A mí me da lo mismo.

—Entonces, tú crees...

—Que debemos cambiar de táctica. Lo único que puede despertar alguna sospecha de mí es mi voz. Efectivamente, soy el único hombre que tiene voz masculina... Con hacerme el mudo basta, ¿no te parece? Y además, Nirvana, tú no estás bien de salud. Has engordado mucho y me temo sea una enfermedad originada por estas preocupaciones y desvelos.

* * *

Repicó un timbre. Los tres quedaron en suspenso. El timbre volvió a repicar.

—Antonio...

—Vas a decirme que pase al otro aposento. No. Vamos a ensayar lo que hemos conversado. Déjame aquí. Me quedaré en ese rincón. Recibe aquí mismo a quien te busca. Ve y abre, Fifi.

Fifi permaneció indecisa, con la vista fija en Nirvana.

—Anda, Fifi.

* * *

La señorita Pachón, detective de la Redacción del multidiario *¡Epa!*, a quien tuvimos el gusto de conocer en la visita que hicimos a sus oficinas en la página 76 de esta novela, se cuadró en el marco de la puerta.

—Señorita ministra...

—Adelante.

—Usted va a perdonarme que la importune, pero...

—No tema importunarme; pase adelante, siéntese usted. ¿En qué puedo servirla?

La señorita Pachón tomó asiento, se cruzó de piernas. Acaso por el hábito de su profesión, al sentarse volvió el rostro en todas direcciones; y advirtió a Antonio Jiménez, en el ángulo del salón,

al parecer distraído con un multidiario. Le miró un momento y se volvió a Nirvana.

—Señorita ministra, ¿estamos solas?

—Absolutamente solas.

—Está bien. He venido porque en nuestra redacción acabamos de interceptar un radio, de Alemania, cuyo contenido puede interesarle, y cuya explicación puede interesar al multidiario...

—Diga usted.

—El mensaje dice que por informes secretos se sabe ya en vísperas de ser probado el aparato *Zaeta* adquirido por nuestro gobierno de la inventora alemana señorita Blohm...

—¿Eh?

—Como usted lo escucha...

—¿Y qué más?

—Y agrega que el hecho se denuncia al Consejo Supremo de la Cadena de los Pueblos a fin de que esta, en ejercicio de sus funciones, intervenga inmediatamente que se compruebe la existencia del aparato, lo incaute y lo entregue a Alemania, de acuerdo con el pacto internacional por el cual ningún país signatario de la Cadena puede adquirir un invento extranjero...

—Pero, ¿qué está diciendo usted?

—Lo que oye usted, señorita ministra... He venido para llevarlo a su conocimiento y para...

La señorita Pachón volvió el rostro hacia el ángulo ocupado por Antonio Jiménez. Luego clavó los ojos en Nirvana.

—De ser posible, señorita ministra, yo desearía... un pequeño informe que confirmara... eso... El hecho se presta para una magnífica información. ¿Es cierta la existencia de ese aparato? Nuestro país, ¿ha adquirido el derecho de ese invento? ¿Fue usted quien realizó el negocio?

—Nada de eso es cierto. Alemania, para justificar su actitud contra nosotras, ha inventado la especie de esa negociación. Pudiera decirle más...

—Diga usted...

—¿Recuerda usted el robo de la ficha número 7?

—¡Claro!

—Para mí tengo que en ese robo anda mezclada Alemania...

Antonio Jiménez, sin poderlo evitar, exclamó:

—¡No, Nirvana, por Dios!

Cuatro palabras. Cuatro disparos en los oídos de la señorita detective de la Redacción de *¡Epa!* La chica se volvió con presteza; se puso de pie, y acercándose a Antonio Jiménez exclamó:

—¡Qué voz tan rara! ¡Qué voz tan rara!

La cuña del mismo palo

Mujer de carrera política lo era, indudablemente, la ministra de Policía y Orden Público. Nacida en las incubadoras nacionales, treinta y dos años atrás, desde chica se distinguió por su espíritu díscolo. Grandecita, en el Colegio Federal, se complacía en pellizcar, hasta hacer sangre en las partes blandas de sus compañeras de aulas. Además, se rodeó de enemistades. Ninguna de las chicas del curso podía “pasarla” debido a que, cuanta ligereza cometía alguna en las horas de asueto, era denunciada por aquella muchacha de mal carácter. Metía las narices en todo; lo escuchaba todo. Como puede verse, desde muy joven demostró poseer buenas condiciones para el desempeño del cargo que, más adelante, le estaba reservado por el destino.

Y llegó a fuerza de pulso. Comenzó ejerciendo labores policiales gratuitamente. Denunciaba infracciones, acusaba lo que se denominaba malas costumbres: vivía a la caza de zánganas que, en los talleres, se solazaban matando el tiempo, haciendo creer que trabajaban cuando en realidad holgazaneaban encantadas de la vida.

Por esos escalones llegó a ejercer el puesto de inspectora general de policía y, por muerte de la ministra anterior, que falleció a consecuencia de una caída desde la altura de cuatrocientos metros, la presidenta no encontró a mano otra mujer más recomendable.

Se llama Zet-Lizt. Y su ojeriza personal fue desde el primer momento, Nirvana Castro.

Si hablamos con mayor claridad, diremos que Nirvana era desdenada y temida de todas sus colegas. Nirvana Castro era distinta a ellas. Ellas no sabían por qué, pero lo advertían en gestos, en palabras y en inclinaciones. Nirvana, en las reuniones de Gabinete, siempre llevaba las de ganar y su opinión invariablemente prevalecía. Para conjurar sus actividades era preciso boicotearla, estar el resto del Gabinete de acuerdo para enmendarla en sus determinaciones, siempre rápidas y precisas.

En conocimiento, pues, de estos sentimientos de la señorita Zet-Litz, no deberá de extrañarnos la circunstancia de sorprenderla, en Gabinete reunido, haciendo malas ausencias de Nirvana Castro.

Se discutía la cuestión grave del futuro de la población. Dentro de un par de meses las existencias de autonacimentinas estarían liquidadas. Sería imposible alimentar las incubadoras nacionales.

Nirvana, como ocurría desde hacía algún tiempo con demasiada frecuencia, se excusó de asistir al Gabinete.

—La ministra de Aviación —insinuó la señorita Zet-Litz— va a tener que cambiar de cartera.

—¿Por qué? —inquirió la presidenta.

—Porque, con lo voluminosa que se viene poniendo, estaría mejor en el Ministerio de Población y Reparto de Niñas.

La ministra aludida en este diálogo intervino:

—Con la aprobación de la presidenta y el consentimiento de Nirvana, yo cambiaría. La aviación me atrae.

—Pero va a ser prudente, antes de consultar a Nirvana, recordarle que la Constitución la obliga a asistir a las reuniones de Gabinete. Solo por causa justificada puede dejar de hacerlo una vez cada mes. A las tres últimas reuniones no ha asistido.

—Sus excusas, sin embargo, son razonables: está sufriendo de mareos.

—¿Y es posible que una ministra de Aviación sufra mareos? —recalcó Zet-Litz.

La presidenta repicó su timbre. Se hizo el silencio. La presidenta tomó la palabra:

—Estimadas colegas: debemos de resolver, con urgencia, este gravísimo problema creado en nuestro país por la negativa alemana de enviarnos autonacimentinas. El Gobierno, como bien lo sabéis, ha agotado todos los medios para encontrar a la denominada ficha número 7, robada misteriosamente; la doctora Pelusa ha presentado varios informes por los cuales se colige que, de encontrarla, pasaríamos a ser el primer pueblo de la tierra. Esto, por donde se le estudie, resulta exagerado. Privadamente hemos consultado la opinión de la Academia Nacional de Medicina. Nuestras más autorizadas mujeres de ciencia, al cabo de un pormenorizado estudio del asunto, si no se han atrevido a negar en redondo las teorías de la doctora Pelusa, han llegado a la conclusión de que, sin poseer datos precisos de la función que ejercían los hombres en la antigüedad, es de todo punto imposible establecer el valor científico de la ficha. Además, dicen las doctas académicas que no se explican cómo puede una momia realizar las funciones orgánicas de que nos habla la doctora Pelusa, quien, dicho sea de paso, establece como principio en sus conclusiones la posibilidad de que la momia hubiese despertado definitivamente, cosa muy poco probable... Desearía escuchar la opinión de las ministras.

—Se dice que la momia roncaba.

—Y los multidiarios aseguraron que fue ella quien ahogó a la profesora Wataplasma.

—Y varias veces, según se dijo, pronunció palabras inexplicables, como estas: “Mamaíta, mamaíta”.

El timbre repicó nuevamente. La presidenta continuó:

—El hecho es que debemos proveernos de autonacimentinas o debemos dar con la ficha. ¡Hay que tomar una determinación! Se ruega a las ministras considerar este punto para proceder.

En el salón de sesiones del Gabinete reinó el más profundo silencio. La ministra de Armonía Interior tomó la palabra:

—Creo yo que se impone hacer un llamamiento al patriotismo de nuestras conciudadanas. Si no estoy mal informada, las incubadoras nacionales darán su producción última con las pequeñas reservas de autonacimentinas que poseemos para dentro de tres meses justos. Debemos de invertir este precioso tiempo en la búsqueda de la ficha. Hagamos un llamamiento en los multidiarios, a fin de que, si alguna de nuestras compatriotas la ha escondido como simple objeto de curiosidad, inspirada en los más altos fines la entregue al Gobierno.

—Y ¿si no aparece, como es probable, la ficha?

—Entonces, ante el horror de ver decrecer nuestra población, entregaremos a Alemania a la inventora señorita Blohm y el aparato que esta construye. Es bueno recordar que solo Nirvana Castro se opone a tal medida.

Estas palabras crearon un ambiente de pocos amigos. Los rostros se pusieron largos. Aquello dio la impresión de que, descendiendo de su respectiva claraboya, ya iba a caer en su sitio de la mesa redonda la ministra Nirvana Castro, con los ojos echando chispas.

Porque esta era la característica de Nirvana. Sus ojos no miraban como los ojos de las demás mujeres. En los de ella, negros y grandes, se escondían dos lucecitas que se hacían intensas, aceradas y penetrantes.

A 1.500 kilómetros por hora

—Vamos, Antonio.

—Vamos.

El verticalicóptero, suelto del gancho, ascendió suavemente, describió un ligero viraje y se enrumbó a la zona prohibida.

—Desde que me sacaste de la zona para la casa no hemos vuelto juntos, Nirvana.

—Es verdad.

Antonio Jiménez pilotaba el aparato. Aceleró su velocidad y la banderita distintiva de los aparatos del Ministerio de Aviación se desplegó al llegar a la zona.

La aviadora alemana señorita Blohm, poco menos que desnuda, y sudando a mares, les salió al encuentro.

—¡Señorita ministra! Llega usted muy oportunamente; pensaba precisamente en avisarle. Ya el aparato está listo y, si usted quiere, esta noche podríamos probarlo.

* * *

Los ojos de Nirvana Castro relampaguearon de alegría.

—¿Listo de un todo?

—De un todo.

—¿No habrá riesgo en la prueba?

—En absoluto.

—Pasaron al taller. Sobre los estabilizadores del hangar aéreo parecía dormido aquel nuevo vehículo conquistador de los espacios. Largo, delgado, imitando un torpedo, gris oscuro. En la cabina de mando había capacidad para tres. En el interior para tres más. Los motores acoplados apenas desalojaban un metro cuadrado, adelante, formando un octágono. Nirvana permaneció en silencio y luego, como hablando consigo misma, murmuró:

—¡Mil quinientos kilómetros por hora! Es un sueño...

Las horas de la tarde, para la impaciencia de Nirvana, discurrieron con una lentitud desesperante. En compañía de Antonio estuvo revisando, estudiando el nuevo aparato bruñido de gris. Una maravilla, realmente.

Oscurecía. Allá abajo, en la ciudad bulliciosa, las luces eléctricas daban la impresión de un cielo invertido. Abierta la puerta del hangar, el aparato se deslizó sobre sus rolines de acero. La señorita Blohm, Nirvana y Antonio ocupaban la cabina de mando. El deslizamiento fue insensible. Los motores, obedientes, apenas se dejaban sentir por un ruido de abanico.

—Volemos bajo, sobre la ciudad.

Y la ciudad fue recorrida desde los aires, de extremo a extremo.

—Ahora —dijo la señorita Blohm, vamos a la prueba definitiva.

El avión ascendió, disparado con una velocidad inaudita. Se perfiló en la altura; buscó la horizontal. Seiscientos, setecientos, novecientos, mil... Mil cien, mil doscientos, mil trescientos, mil quinientos kilómetros... El velocímetro determinó aquella cifra, 1.500, y allí se sostuvo, con un ligero temblor de la aguja. Aquella velocidad insólita era algo superior al vértigo que pudiera soñar el más ambicioso nauta del aire.

—Basta —habló Antonio.

—Un poco más, todavía —insinuó la señorita Blohm.

¡Volar, volar! Parecía imposible, de todo punto imposible, que más adelante se pudiese volar a mayor velocidad.

—¡Basta!

Mil doscientos, mil, ochocientos...

Hicieron un viraje, de regreso.

Con análoga suavidad que a la salida el avión se deslizó en el hangar.

—Señorita Blohm...

—He cumplido mi palabra, ¿verdad?...

El olfato de la señorita Pachón

En tres ocasiones la dictalotipo encomendada a la detective de la Redacción de *¡Epa!* se hacía renuente al trabajo. ¿Qué pasaba? No se sabía. La directora, al revisar la plana mayor de la edición, por tres veces consecutivas arremetió contra la señorita Pachón. La última vez el incidente tomó un cariz casi de ruptura:

—Señorita Pachón, por tercera vez anoche trancó usted su máquina. ¿Podría decirme qué palabras emite usted, qué calibre tienen esas palabras, para que por tres veces seguidas su máquina deje la plana en blanco?

La señorita Pachón, detective de renombre, cuya adquisición fue un suceso en *¡Epa!*, permaneció largo rato cabizbaja. Sentía vergüenza por aquella reprimenda. Sus compañeras de trabajo, que la respetaban, la miraban entre sorprendidas y burlonas. La directora no le quitaba los ojos de encima.

—Diga usted, señorita, ¿qué es lo que pasa?

—¡No me explico! Y no quiero excusarme porque este no es el caso. Aquí saben todas que yo sé cumplir con mis deberes. Tenía una información de tal magnitud que, la primera en asombrarse por la terquedad de la máquina soy yo. Tres veces he hecho mi información; tres veces se ha trancado mi dictalotipo. ¡Es inexplicable!

—Una información, ¿sobre qué?

—Es una sorpresa... Mejor dicho: era una sorpresa. Ya resultaría fiambre...

—Pero bien, ¿de qué se trata?

—De aquel invento famoso que, según el Gobierno alemán, fue adquirido por el nuestro.

La señorita Pachón explicó cómo había interceptado el radio y su visita a la ministra de Aviación. Pero al evocar, la señorita Pachón quedó con la voz en suspenso...

Aquel hombre, aquella voz rara, tan rara... El recuerdo fue un rayo de luz en el cerebro de la señorita Pachón. Por una misteriosa asociación de ideas, la señorita Pachón pensó en la ficha número 7. Su emoción inicial fue tan fuerte que pensó hablar, pero la voz se le estranguló en la garganta. La directora de *¡Epa!* y el grupo de redactoras que presenciaban la escena, la miraron sin explicarse tal turbación. El silencio fue roto por la directora:

—Yo lo sentiría mucho, muchísimo... Pero, de trancarse otra vez su dictalotipo, señorita Pachón, buscaré quien ocupe su puesto.

En el salón se hizo un silencio inquietante. La señorita Pachón, que logró dominarse, se puso de pie y contestó:

—Está bien... Voy a tomarme la revancha.

El verticalicóptero se lanzó al espacio. Nosotros deberemos seguir los pasos, o mejor dicho, el vuelo de la señorita detective. El aparato enganchó en la azotea de espera del Ministerio de Policía y Orden Público. Pachón saltó y se fue directa a una ayudante de órdenes.

—¿Está la señorita Zet-Litz? Haga el favor de pasarle mi tarjeta.

Esperó. Sabía ella de la rivalidad manifiesta que existía entre aquella ministra y la de Aviación. Allí, pues, encontraría el apoyo que buscaba. Regresó la ayudante.

—Pase usted...

Pachón atravesó la azotea; salvó un pasadizo, empujó una puertecilla y se encontró ante la señorita Zet-Litz.

—Perdone usted, señorita ministra.

—No hay por qué. Siéntese usted. ¿En qué puedo servirla? ¿Tiene usted algo interesante entre manos?

—¡Algo muy interesante, interesantísimo, señorita ministra!

Zet-Litz buscó una posición más cómoda, preparándose a escuchar alguna revelación sensacional.

—Usted dirá.

—Señorita ministra, a pesar de las pesquisas de la policía, nadie ha logrado descubrir el paradero de la ficha número 7, ¿verdad?

—Nadie.

—Pues bien: yo tengo una pista... Tal vez estoy segura de cuál es su paradero, pero no quiero arriesgarme en afirmarlo.

Zet-Litz dio un salto en el asiento:

—¿Qué dice usted?

—Lo que usted ha oído. Pero tenga la bondad de no impacientarse... ¿Tiene usted interés personal en que aparezca la ficha?

—¿Y lo pregunta usted?

—Estamos en camino, en buen camino de dar con ella. Si usted me ayuda... el éxito lo creo seguro.

Zet-Litz se puso de pie. Recorrió la habitación, por suerte bastante pequeña... Se detuvo ante Pachón y apoyándole una mano en el hombro (en el derecho) le habló:

—Señorita, usted ha venido varias veces aquí en asuntos relacionados con su profesión. No tengo de usted motivos de queja y siempre su comportamiento ha sido correcto. Me ha venido usted a hablar de un asunto sensacional. La aparición de la ficha número 7 sería un suceso de tal magnitud que... ¡No se! ¡Realmente, es asombroso! ¿Qué quiere usted de mí? ¿En qué puedo ayudarla? Hable usted.

Pachón abandonó el asiento. Miró a la ministra cara a cara.

—Si fuese necesario, imprescindible, chocar con alguna persona poderosa, ¿también me ayudaría usted?

—También.

—Perfectamente. Tenga la bondad de sentarse, señorita ministra. Vamos a conversar algo... Para realizar eficazmente mis pesquisas necesito de la buena memoria de usted... ¿Recuerda usted quién es la practicante del salón de observaciones del Hospital Federal que

amaneció amordazada en el departamento que ocupaba la momia, y recuerda usted quién es la practicante que dio la voz de alarma?

—Todo eso es fácil de determinar.

—Muy bien. Yo necesito, por lo pronto, de dos cosas: una, ir con usted para entrevistar a las dos practicantes; otra, que ponga usted bajo mis órdenes, después de esa entrevista, a la practicante que afeitaba y cuidaba de la momia.

—¿Y después?

—Después... No sé. El asunto es más delicado de lo que usted imagina. Sin embargo, confío casi plenamente en el éxito de mis gestiones...

—Pero bien, ¿qué pista tiene usted?

—Permítame que me reserve por los momentos cuál es mi pista. Si no estuviese sobre una huella cierta, podría traerme esto muchas complicaciones desagradables...

—Entonces... ¿Quiere usted que vayamos de una vez al Hospital Federal?

—Vamos.

Creemos innecesario describir los salones del Hospital Federal, ya conocidos de nuestros lectores. Al ser advertida la ministra de Policía y Orden Público, algunas empleadas se pusieron en movimiento. Pasaron Zet-Litz y Pachón a un saloncillo.

—Tenga la bondad de llamar a la señora directora.

No hemos advertido a los lectores que la actual directora del Hospital Federal es una vieja conocida: la profesora Pelusa. La profesora entró. Se cambiaron algunos saludos.

—¿A qué debemos el honor de su visita, señorita ministra?

—A algo que va a interesar a usted mucho.

—¿Sí?

—Eso espero. Usted recuerda, profesora, sus disertaciones acerca de la llamada ficha número 7, robada del salón de observaciones de este hospital.

—¡Oh, sí! ¡Pérdida invaluable! ¡No sabe usted, señorita ministra, el poder que adquiriríamos en posesión de la ficha!

—Usted sabe que el gobierno ha realizado cuantas pesquisas han sido posibles.

—Sí, ciertamente.

—Ahora deseamos renovar esas pesquisas. Desearíamos conversar con dos ayudantes del hospital. Las números 6 y 8. Si la memoria no me engaña, la practicante número 6 fue la que amaneció vendada y amordazada en el salón de observaciones; la número 8 era la que cuidaba fijamente de la momia. ¿No es así?

—Exacto, señora ministra.

—Haga venir primero a la practicante número 6.

La profesora Pelusa oprimió un timbre, número 6. Pocos segundos después apareció la ayudante. Pachón intervino.

—Siéntese allí, señorita.

Minutos de silencio. La fisonomía de la ayudante no expresaba nada. Pachón, después de observarla detenidamente, interrogó:

—Relátenos usted qué le ocurrió la noche en que robaron la ficha número 7.

La ayudante miró alternativamente a la ministra, a la profesora y a Pachón.

—Yo alternaba las guardias, de noche, con la ayudante...

—Eso lo sabemos; hable de lo que ocurrió en el salón.

—¡Ah! Pues... Cuando más distraída o dormitada estaba, me pusieron dos manos a la espalda... Enseguida me vendaron... Me amordazaron en un vuelo y me tiraron al suelo... Creo que esta fue mi declaración. No sé nada más.

—¿Usted no oyó que abriesen alguna puerta?

—No.

—La persona, o las personas que la amordazaron y vendaron, ¿no hablaron nada en el salón?

—¡Ni una palabra!

—Está bien. Puede retirarse.

Desaparecida la ayudante, la profesora oprimió el timbre número 8.

Antigua conocida nuestra, cuyo nombre de bautismo daremos ahora: Ninón. La señorita Ninón, ayudante número 8 del Hospital Federal, entró. Ocupó el mismo asiento que antes ocupara su compañera.

—Señorita, necesitamos de usted que haga mucha memoria para contestar algunas preguntas.

—Muy bien.

—Usted cuidó durante varios años a la ficha número 7 del salón de observaciones, ¿verdad?

—Así es.

—Usted era la encargada de limpiarla y de afeitarla.

—Sí.

—Bueno. Vamos a ver qué recuerda usted de la desaparición de la ficha...

—¿De la desaparición? Pues...

—Cómo se enteró usted del robo.

—Cuando, en las primeras horas de la mañana, fui a tomar la guardia hecha durante la noche por la ayudante número 6. La encontré tirada en el suelo, vendada y amordazada. La ficha había desaparecido. Inmediatamente di cuenta de la novedad.

—Pero bien, antes de dar usted cuenta de la novedad, ¿no recuerda haber hablado con alguna otra persona? Recuerde usted bien; haga memoria... El caso es grave...

—En verdad, antes hablé, por casualidad, con la señorita ministra de Aviación...

Zet-Litz dio un brinco en la silla; pero Pachón dio un brinco superior. Y ambas simultáneamente dijeron:

—¿Cómo?...

—Verán ustedes... Yo, aquella noche, estaba nerviosa. Desde que ocurrió la muerte de la doctora Wataplasma el sueño se me había hecho difícil. Sufría de pesadillas espantosas. Por eso solicité que

otra ayudante hiciera las guardias nocturnas en aquel salón, siendo designada la número 6. Aquella noche, desvelada, quise ingerir una pastilla de whisky. Recordé haber dejado el pomo bajo la almohada de la ficha. Me tiré de la cama y fui al salón. En la penumbra traté de encontrar el pomo. La mano no daba con la momia. Creyendo estar equivocada, hice luz...

Zet-Litz, que no podía ya con los nervios, la interrumpió:

—Y al hacer luz se encontró usted con la ministra de Aviación...

—¡Oh, no! ¡Qué ministra de Aviación! Vi a mi compañera amor-dazada y advertí que la momia había desaparecido. Volé a este salón y por el automático hice un número, creyendo comunicarme con la policía, precisamente.

—¿Y?

—Y una voz me contestó: “Nirvana Castro, ¿quién?”.

—¿Pero cómo pudo ocurrir esa equivocación?

—Mi estado nervioso, señorita ministra. Hice el número equivocadamente, y luego, al darme cuenta del disparate de molestar a la ministra, resolví contarle lo que me ocurría.

—Siga, siga.

—La señorita ministra me indicó que la esperase, y a poco, realmente, vino aquí. La acompañé al salón de observaciones. Lo vio todo. Buscó. ¡Pero allí no habían dejado rastros!

—¿Y qué más?

—Luego la señorita ministra me aconsejó callarme hasta el día siguiente. Eran las dos y media de la madrugada, lo recuerdo perfectamente.

—¿Y por qué la ministra de Aviación aconsejó a usted eso de callarse?

—Me advirtió que, no teniendo yo nada que hacer a esas horas en el salón, iban tal vez a complicarme en la averiguación. Y me agregó que, en todo caso, ella daría fe de mi llamada a aquellas horas.

Hubo un largo silencio. Cada uno conjeturaba a su modo. Zet-Litz conjeturaba la intromisión de Nirvana Castro en funciones que

solo a ella incumbían. Y ¿por qué luego se había callado en Gabinete aquella intromisión, si a ella no le iba ni le venía en la pérdida de la ficha?

Pachón, a su vez, reflexionaba. En todo aquello se hilvanaba un secreto. La ayudante debería de saber más. ¿Acaso, esta muchacha, en complicidad con Nirvana Castro, había robado la momia?

Zet-Litz clavó los jos en Ninón, para decirle:

—¿Sabe usted que se hace reo de un delito grave? Para usted puede tener fatales consecuencias haberse callado.

—Señorita, mi intención no fue callarme. La prueba de ello es haber ocurrido al teléfono tan pronto advertí los sucesos. Que me equivocara no es culpa mía. Y, obedecer a la señorita ministra de Aviación era una simple obligación.

Pachón, cruzándose de piernas, habló a su vez:

—Tiene usted razón, señorita. Los sucesos se presentaron así y eso no tiene remedio... Usted, señorita ministra, me va a permitir hacer algunas preguntas a la señorita ayudante... Durante varios años fue usted la encargada de cuidar de la momia. Usted la afeitaba cada mes; usted, en fin, era la persona más... allegada a la ficha, ¿no es así?

—Así es.

—¿Recuerda usted la voz de la ficha? No olvide que fue usted quien denunció sus ronquidos...

—¡Los ronquidos sí, pero oírla hablar, no la oí jamás!

—Bien. Otra cosa. ¿Recuerda usted las facciones de la momia? Con otras palabras, si vuelve usted a encontrarla, ¿la reconocería?

—¡Oh, sí! En el acto.

—Muy bien. Eso es todo lo que necesitaba saber de usted.

Sobre la pista

Tuvo que esperar Pachón a que la profesora Pelusa terminara una operación de alta cirugía. Se distrajo en mirar las vitrinas repletas de libros científicos. En realidad, lo que solicitaban sus ojos en aquellos anaqueles eran los índices de admisión del hospital. Los recorrió uno a uno, hasta hacer el hallazgo: “Índices”. La llavecita niquelada estaba puesta en la cerradura. La hizo girar. ¿Cuál de aquellos libros sería? Tomó el primero: F.

Ficha 7. Data: 13 de abril de 1992. Caso de pannegolitis. Fichado: Antonio Jiménez. Ataque sufrido el 1° de enero de 1986. Observaciones: conducido al Hospital Federal por haber quedado sin familia, muerta esta, en su totalidad, en un accidente de automóvil.

Pachón dejó el Índice en su sitio, cerró la vitrina y tomó asiento, para meditar:

—Pannegolitis y ataque. Es decir, que el atacado podía recuperar de nuevo la salud. Pero bien, ¿recuperar la salud tantísimos años después? Demos por sentado que así ocurra. Mejor todavía, ha ocurrido así, y ello me explica a las mil maravillas el hecho de que aquel hombre de la voz rara encontrado en la casa de Nirvana Castro, pueda ser la ficha ya despierta. ¿Y por qué está allí la ficha? ¿Qué hace con ella la ministra de Aviación? Siendo un asunto de interés nacional dar con ella, ¿cómo ha tenido el atrevimiento de ocultarla?

¿Y cómo la hubo? Es significativo el hecho de que, al telefonar la ayudante número 8, Nirvana Castro estuviese al aparato, a las dos y media de la madrugada, y dispuesta a salir, como en efecto lo hizo inmediatamente.

La profesora Pelusa se dejó deslizar en el salón.

—Señorita, a la orden de usted.

—Muchas gracias, profesora.

—¿En qué puedo servirla?

—Deseo que usted me ilustre acerca de algunos puntos que no he logrado comprender en las explicaciones hechas a propósito de la importancia de la ficha número 7. Verá usted: se dice —dice usted— que la ficha es un equivalente de la autonacimentina. ¿Cómo puede ser eso? ¿Es que la ficha sabe fabricar la autonacimentina?

—¡No, qué va a saberlo! El asunto es distinto. La ficha es un Hombre, ¿comprende usted? Un Hombre legítimo de aquella época en que no nacíamos en incubadoras. ¡No sabe usted cómo lamento la muerte del doctor Gurtz! Él me habló varias veces de la panne-golitis; él me hubiera ilustrado acerca de lo que usted quiere saber ahora.

—Pero bien, si la ficha no sabe nada de autonacimentinas, ¿cómo y por qué puede ser un equivalente?

—¡Ah! Antiguamente, según colijo, nacíamos de las relaciones que mantenían entre sí hombres y mujeres. Cómo se las arreglaban, no lo sé. Es un misterio para mí. Al revés de ahora, entonces privaba el hombre en todas las cosas. Y yo llego a esta conclusión: la ficha número 7 es un Hombre. Vuelto ese hombre de su ataque, ¿posee o no las propiedades de los hombres antiguos? De ser así, por instinto ese hombre sería capaz de revelarnos cuáles eran las relaciones de aquellos hombres de su época con las mujeres, y descubierto ese misterio, ¿no viene a ser la ficha número 7 un equivalente a la autonacimentina?

Pachón no veía claro. Para sus entendederas aquel misterio quedaba indescifrable. Sin embargo, para no desanimar a la profesora Pelusa, asintió:

—¡Sí, claro!

—Solo existe, para mí, un punto dudoso —concluyó la profesora.

—A ver, ¿cuál?

—¿Estarán dotadas las mujeres de ahora, nacidas en incubadoras, de las mismas características fisiológica de las mujeres antiguas? Si hacemos el hallazgo de la ficha, tendríamos un elemento positivo. ¿Será positiva, negativa o neutra la mujer?

Estas palabras acabaron de confundir a Pachón. “Positiva o negativa”. ¡Al diablo con estas señoras sabias, que al fin y la postre, nada sabían! Se despidió.

El verticalicóptero, tomó la dirección del Ministerio de Policía. Fue recibida en el acto.

—¿Qué novedad?

—Necesito de la ayudante número 8, señorita ministra.

—Muy bien. ¿Bajo qué condiciones la necesita usted?

—Que me acompañe y me obedezca, eso es todo.

—Perfectamente.

La ministra apeló al automático y dio órdenes precisas a la profesora Pelusa. Poco después la ayudante número 8 se encontraba en el salón de espera de la Redacción de *¡Epa!*

La sorpresa

—Te sientes mal, ¿verdad?

—No.

Y tornaron a guardar silencio. Eran las ocho de la noche y estaban en el saloncillo confidencial donde se reunían constantemente. Nirvana, echada en el diván, mantenía los ojos clavados en la bombilla de la luz. Antonio, cerca de ella, en un sillón, la miraba fijamente. Fifi entró dejando sobre la mesa una bandejita con pastillas de menta.

Antonio, al mirarla, experimentaba un sensación inefable de dicha. Aquella mujer joven, guapa y bonita, era su mundo. Cuando sus manos la acariciaban sentía en la epidermis un estremecimiento inexplicable, que lo obligaba a cerrar fuertemente los ojos. Se fue al diván y echándose hacia la cabecera, habló:

—Tú no te sientes bien, Nirvana. Las doctoras que te han visto no aciertan y es un hecho que estás enferma. Estás como hinchada y esos mareos que sufres...

Ella, despezándose, se volvió:

—¡Tonto! Mientras te tenga cerca me sentiré bien, muy bien. ¿Recuerdas aquel amanecer nuestro en la zona prohibida, un domingo? Lo que gozamos entonces lo hemos gozado muchas veces, ¡innumerables veces! Tú y yo un solo ser. ¿Cómo? No sé. Entre tus brazos pierdo la noción de la vida; tus caricias son un beleño; cuando me besas y mi cuerpo tembloroso se siente arropado por ti,

es como si iniciándose el sueño soñara algo grandioso... Después, nunca logro recordar lo que he soñado... ¿Y tú?

—Me ocurre lo mismo...

—Aquella primera vez me decías “amor mío”... Tus palabras, extrañas para mis oídos, fueron la más dulce música que llegara a ellos y al correr del tiempo, cada vez que repites las mismas palabras, en esas horas nuestras sin conciencia, me haces estremecer de dicha.

—Y hoy te amo mucho más que entonces...

—¿Verdad? Y oye, ¿te amo yo a ti?

—¡Mucho!

—¿Cómo se sabe eso?

—¿Cómo? Pues... No sé... Mira, yo sé que te amo porque no puedo vivir sin ti. Necesito de ti como del aire. Tengo conciencia de que si me faltaras tú moriría de tristeza.

—¡Ah! ¡Pues entonces yo te amo una inmensidad! Antes mi vida era distinta. Todos los días eran iguales. El ejercicio corporal me rendía por las noches y era el amanecer, invariablemente, la prolongación del día anterior. ¡Contigo no! Tú me has puesto adentro algo raro; es algo que me mantiene alegre si estás conmigo, que me torna triste si no estoy a tu lado. ¿Cómo viviría yo sin ti?

Se deslizó él en el diván.

—Pero estás enferma, nena. Desde hace tres días, especialmente, te noto cabizbaja. ¿Por qué no me dices lo que sientes?

Entonces, acostado él, fue ella quien se incorporó. Le levantó la cabeza para acunarla en el regazo.

—Oye, Antonio... ¡Tengo miedo!

—¿Miedo? Y ¿por qué?

—Desde hace tres días mantengo un sobresalto. Cuando me creo más distraída, el corazón me salta, las manos se me ponen heladas, parece que me fuera a faltar la respiración. Durante estos días, que nada te he dicho, he sufrido mucho, mucho... Es un presentimiento, ¿sabes? Quisiera...

Dejó la palabra en suspenso y un suspiro, hondo, la convulsionó.

—Qué quisieras, di...

—Quisiera que solo tú y yo viviésemos aquí.

—¡Pues dile a Fifi que se vaya!

—No, no es eso. No te digo “aquí” para referirme a esta casa. Déjame que te explique mejor: que los dos, los dos solitos, habi-táramos toda la ciudad; y que la ciudad fuese una isla, y que nadie supiera ni sospechara su existencia, ¿comprendes?

—¡Ya está! Vuelvo a ser la “ficha número 7”... Me amas y sufres el miedo de perderme. Te crees que en un momento inesperado vienen aquí y se llevan “la momia”... ¡Tonta! Vamos a ver, ¿dónde está “la momia”? ¿Dónde está la “ficha”? ¿Crees tú que puede alguien descubrir que yo, un hombre, un ser viviente, sea aquella momia del salón de observaciones del hospital? Mientras tengas esa obsesión estarás enferma. Hace muchos días hicimos un pacto y convinimos en que, a condición de no hablar yo, permanezca delante de las personas que vengan a verte. ¿Cuántas han venido? ¿Quién me ha mirado con ojos de extrañeza? Contesta...

El timbre vibró.

—Llaman.

—Fifi atenderá.

Ambos permanecieron con la vista fija en la puertecilla. Se sintieron pasos. Antonio, de un salto, se fue al extremo opuesto del salón. La puertecilla dio paso a dos mujeres: Pachón y la señorita Ninón, ayudante número 8 del Hospital Federal.

—Señorita ministra...

—Pasen adelante; siéntense ustedes.

—Perdone usted, señorita ministra, que vengamos a importunarla. Ya otra vez vine yo sola con el mismo objeto. La señorita pertenece, como yo, a la Redacción de *¡Epa!*

—¿Ha venido otra vez aquí? Creo recordarla...

—Ha estado conmigo en el despacho de la señorita ministra —apresuró a contestar Pachón.

—¡Ah!

—Hemos venido con el propósito de informarle que, por nuestra estación receptora, ha cruzado otro despacho de Alemania referente al aparato que usted ya sabe...

—¿Otra vez?

—Dice que usted negoció para nuestro país la adquisición del invento y que esto está ya comprobado.

Nirvana se incorporó más en el diván.

—¿Qué está comprobado? Y dígame usted, ¿quién lo ha comprobado?

—¡No sé! Solo me limito a referir a usted lo que dice el despacho interceptado, el cual agrega que ya dentro de poco podrá probarse el nuevo avión. El despacho pide una acción inmediata contra nuestro Gobierno...

Nirvana, de pie, quiso hablar y no pudo. Le faltó la voz. Quiso apoyarse y no encontró nada en qué hacerlo. Al color arrebolado de su rostro sucedió una intensa palidez y rodó al suelo. De un salto estuvo Antonio con ella.

—Nirvana, ¿qué es esto?

La levantó en brazos, echándola de nuevo en el diván.

Pachón y la ayudante, inadvertidas para él en aquellos momentos, desaparecieron por la puertecilla.

La ficha N.º 7

Pachón, sin pronunciar palabra, subió a su aparato en compañía de la ayudante del hospital. El verticalicóptero se enrumbó a la Redacción de *¡Epa!* Allí Pachón condujo a su acompañante a un saloncillo privado, haciéndola sentar. Pachón extrajo de su faltriquera un pomo de pastillas de whisky; ofreció a Ninón y tomó para sí. Se fue a un escritorio, abrió una gaveta, extrajo un cuaderno y tomó algunas notas. Se volvió enseguida hacia su acompañante.

—Está usted muy pálida, señorita Ninón.

—¿Sí?... Es posible... No estoy acostumbrada a volar... Siempre que, por excepción, me veo precisada a subir a un aparato, me pasa lo mismo...

—Suele ocurrir, sí... Y dígame, Ninón, la ficha no ha variado gran cosa a pesar de que ahora la ha visto usted despierta, ¿verdad?

Ninón titubeó unos segundos. Dijo:

—¿La ficha?

—La ficha, sí. Cuando la oyó usted hablar, ¿no le evocó la voz aquellos ronquidos famosos?

—Pero señorita, ¡yo no he visto la ficha!

Pachón reprimió el impulso de decir algo pesado. Le agradó más seguir una táctica solapada.

—Es natural que en usted haya producido una emoción rara ver su antigua ficha transformada en un ser viviente; muy natural, a extremo de que, habiéndola visto usted muy bien, crea no haberla

reconocido. Sin embargo, en su faz no habrá cambiado gran cosa, ¿verdad?

—Pues... como le dije, si volviera a encontrarla... creo que la reconocería en el acto.

—¿Si volviera a encontrarla después de hace unos minutos?

—Pero señorita, no he vuelto a verla desde su desaparición.

—¿Sí?

—¿Es lo que duda usted?

—¡Oh, no! No tenía por qué ser usted más afortunada que la legión encargada de buscar a la ficha desde hace tantos meses... Posiblemente a mí, en su caso, me hubiera ocurrido lo mismo. Estarme algunos años cuidando de su momia; manosear una cosa muerta, o aparentemente muerta, perderla algunos meses de vista y de pronto encontrármela hecha un ser viviente... Lo que ha ocurrido a usted es muy natural...

—No comprendo...

Guardaron silencio. Pachón, de seguir los impulsos de su temperamento nervioso, hubiese acogotado a la ayudante. Pero sus mañas profesionales le aconsejaban una extrema prudencia. Acaso sus conjeturas hechas en el salón de la directora del hospital fuesen la pista cierta. Ninón, en complicidad con Nirvana Castro, robó la ficha. De no ser así, ¿a qué venían estos titubeos? ¿Era que en realidad no había reconocido la ficha? Decidió:

—Por ahora no la necesito, Ninón. Voy a hacer que la lleven en mi aparato.

—Gracias.

Pero otro aparato le salió atrás, manejado por Pachón, dispuesta a no perder ya de vista a la ayudante. Tuvo que permanecer en las inmediaciones del hospital, una, dos horas. Al cabo de ellas, guardando todo género de precauciones, siguió a Ninón por el laberinto de las calles. Marchaba de prisa. Al llegar al Ministerio de Aviación tomó el ascensor. Pachón esperó pocos minutos. La ayudante salió de nuevo. Poco después se detenía, indecisa, ante la casa de

Nirvana Castro. Entró. Pachón creyó conveniente no espiar más, y sin pérdida de tiempo, ganando una azotea de aterrizaje, montó en un avión de alquiler y se hizo llevar al Ministerio de Policía y Orden Público.

—¿La señorita ministra?

—Pase usted.

Zet-Litz, al verla llegar, salió a su encuentro. La traía interesada el posible encuentro de la ficha, no por la misma ficha, a la cual no le atribuía ninguna importancia, sino por el batacazo que ello pudiera ocasionar a su odiada colega de Gabinete.

—¿Qué noticia me trae?

Pachón relató, concluyendo:

—He espiado a la ayudante. Del hospital fue al Ministerio de Aviación y, no encontrando seguramente allí a Nirvana, se dirigió a su casa. Casi podría afirmar que el robo de la ficha fue obra de la ayudante, por orden de la ministra de Aviación...

—¿Lo cree usted?

—Casi...

—¿Y qué debemos hacer?

—Si no se tratara de una ministra, allanar la casa y rescatar la ficha. Tratándose de una casa inallanable, buscar los medios para llegar al mismo fin.

—¿Y qué medios pueden ser esos?

—Antes que nada, tener paciencia. Estamos sobre un hecho cierto. Ya lo demás ha de ser obra de aventura.

Zet-Litz reflexionó largo rato.

—Y si yo...

Epílogo de un ataque de fiebre

Pasó dos días angustiosos. Ninón, que al visitarla se inició con titubeos, terminó por contarle toda la verdad. Nirvana inquirió:

—¿Y usted declaró reconocerla?

—No, lo negué. Pero la detective está segura de ello y en el enredo anda por medio la ministra de Policía. Cuando negué haber reconocido en ese hombre la ficha número 7, advertí que de buen agrado aquella mujer me hubiera ahogado, indignada.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—No sé. Yo estoy, por orden de la ministra, a merced de lo que quiera esa mujer. Pero a usted le ofrezco negar hasta el fin. No creo que exista otra persona capaz de reconocer la ficha. Solo yo, al verla, pude reconocerla.

Ninón, con los ojos puestos en el suelo, permaneció callada unos minutos. Una pregunta se le iba a la punta de la lengua, le hacía cosquillas en los labios... Levantó la vista:

—Señorita ministra... ¿y cómo pudo usted encontrar la ficha?

Nirvana le tomó las manos, se la quedó mirando y no dijo nada. Dentro de ella bullía un mundo nuevo; un sentimiento de bondad infinita la envolvía toda. Hubiera querido relatar a aquella muchacha algo que ella no hubiera podido comprender.

—¿Y usted qué va a hacer, Ninón?

—Volverme al hospital.

—Bueno. Si yo necesito de usted, ¿vendrá?

—Cuando usted me llame.

Y los dos días siguientes a aquella entrevista fueron para Nirvana dos días de mortales angustias. Tuvo fiebre. Antonio y Fifi cuidaron de ella dos días y dos noches, sin separarse un momento de su lado.

Al despertar vio a Antonio, a su cabecera, fijo en ella.

—¡Nena!

Tomó sus manos pálidas y las cubrió de besos.

—¡Nena! Qué malita has estado. ¿Cómo te sientes? Ya no tienes fiebre.

—¿Tuve fiebre?

—Mucha, muy alta. Antenoche delirabas, nombrándome. Asegurabas que alguien quería llevarme de tu lado... ¿Quién? ¿Por qué no pierdes esa obsesión?

Nirvana se incorporó al escuchar aquellas palabras que la volvían a la realidad del momento. Lo evocó todo de un golpetazo.

—¿Y Fifi?

—¿Quieres que la llame?

Pero ya llegaba Fifi, advertida de la conversación.

—¿No ha venido nadie, Fifi?

—Muchas gentes.

—¿Han entrado aquí?

—No. He dicho que no estabas...

Nirvana la envolvió en una mirada de gratitud. Supo cómo Fifi había sido su médico, haciéndola ingerir antifebrífugos, y tranquilizando a Antonio, que no acertaba a nada.

—Ya estoy bien.

—¡Pero no te vayas a levantar!

—Tranquilízate. Me siento bien. Nunca me dura la fiebre más de dos días, ¿verdad, Fifi? Además, me siento fuerte. Tenemos muchas cosas que hacer.

Sin embargo, levantada durante el día no pudo salir. Permaneció en el diván del saloncillo, muda, dejándose acariciar de Antonio, como si soñara despierta.

En el próximo amanecer madrugó. Antonio dormía profundamente su anterior desvelo de dos noches. Cuidando porque no despertara se echó al suelo y fue en busca de Fifi, que dormía también profundamente.

—Oyeme, Fifi. Vas ahora mismo al Hospital Federal; buscas a Ninón y le dices que venga a mi despacho, en el ministerio.

—¿Y tú vas a salir?

—Ya estoy bien del todo. Dirás a Ninón que pase al despacho y tú vuelves aquí. Y no olvides esto: aquí no entra nadie.

—Pero mientras voy, si tú también sales...

—Es verdad... Ve que yo te espero.

Y la espera no fue larga. Mientras ella misma se ocupaba en preparar a Antonio, para cuando despertara, aquel brebaje “raro” de café, en el cual disolvía pastillas lácteas, regresó Fifi.

—Nirvana, la ayudante número 8, Ninón, está detenida desde ayer.

* * *

Consultó largamente aquella carta geográfica. Si era ella capaz de intentarlo todo, ¿cómo no intentar aquello, que se le antojaba más fácil que lo demás? Realizaría un sueño. Ella, muchas veces, lo había pensado como algo impracticable. Durante sus horas de amor, al lado de aquel hombre perseguido por no sabía cuáles absurdas razones científicas, ella pensó muchas veces lo que ahora estaba resuelta a realizar.

Oprimió el botón número 7. El *Graf Zeppelin* giró dejando abierto el hueco de la puerta.

—¿Manda la señorita ministra?

—De orden para que del hangar lleven a la azotea de aterrizaje un avión transporte.

—Inmediatamente.

Vuelto a su puesto el *Graf Zeppelin* el dedo de Nirvana oprimió otro timbre. Entonces, del techo de la habitación, descendió una chica en paracaídas.

—Ada, he dado órdenes para que lleven a la azotea de aterrizaje un avión transporte. Ponga en él lo que le dije. ¿Está listo?

—Sí, señorita ministra.

—Vaya, entonces; y vuelve a avisarme.

* * *

Piloteado por la misma Nirvana entró el avión a la zona prohibida. La señorita Blohm salió a su encuentro.

—¿Está usted casi desconocida, señorita ministra!

—He engordado mucho, ¿verdad?

—Y está usted muy pálida. Ya supe, por su aviso, que estuvo enferma. Hice cumplir aquí escrupulosamente las instrucciones de usted y aprovecho denunciarle que, mañosamente, sus órdenes quisieron ser violadas.

—¿Cómo?

—Con un salvoconducto del Ministerio de Policía quiso entrar a la zona una mujer.

La inventora describió, hasta donde se lo permitían sus recuerdos, la figura de aquella mujer que denunciaba.

—¡Ah! Pachón...

—¿Cómo dice?

—Nada. Ya sé quién es...

No dejes para mañana...

Volvió a madrugar, pero no tanto que Antonio no despertase al sentirla removiéndose en el lecho.

—Nirvana, ¿qué me ofreciste ayer?

—¡Quererte mucho!

—No, otra cosa. Me enojé contigo porque dejaste la cama tal vez más temprano que ahora y me prometiste que hoy no lo harías. Esto te va a enfermar otra vez.

—No, ¡no volveré a enfermarme, créelo! ¡Me siento tan bien! Tú qué sabes... Mira, tengo una alegría muy grande, muy grande...

—¿Sí?

—Inmensa... Y si no la compartes, me enojaré.

Acabó de vestirse. Acostumbrada ya al “brebaje” bebió café, ofrecido por Fifi. Pero Fifi, cuando la vio alegre, se echó a llorar. ¿Por qué? No lo sabía. Nirvana y Antonio quisieron averiguarlo. Fifi lloraba porque...

—Mira, Nirvana: lee lo que dice aquí...

Tomó *Ya*, edición de las cinco de la mañana.

REUNIÓN SECRETA DE GABINETE

Hoy, a las 6 a.m., sesionará secretamente el Gabinete. No hemos podido averiguar qué asunto de alta importancia ocupará actualmente la atención del Gobierno, pero presumimos que se trate de las cuestiones

pendientes con Alemania. Se dice, privadamente, que pueden ocurrir alteraciones en algún ministerio.

—¿Y quién le ha informado a *Ya* que se reúne el Gabinete? No es verdad. No me han convocado.

—A ti no te han dicho nada, ¿verdad?

Nirvana, sin contestar, pasó a un salón vecino. Hizo funcionar inútilmente su teléfono directo. Estaba incomunicada.

Regresó.

—Fifi, dime por qué lloras. ¿Qué sabes tú?

—Nada.

Reflexionó unos minutos.

—¿Recuerdas bien cuanto te he dicho que haríamos mañana?

—Todo, sí.

—Bien; yo voy a salir. Mientras, arregla de una vez lo que sabes y estás lista a cualquier aviso mío.

* * *

La última en llegar a ocupar su asiento en la mesa redonda fue Zet-Litz. Solo quedaba el hueco correspondiente a Nirvana Castro. También el sillón número 14 estaba ocupado por la señorita Blohm... La presidenta repicó su campanilla. Hubo un ligero revuelo en el salón.

—Colegas: todas sabéis a qué obedece esta reunión extraordinaria y secreta. Vamos a tomar una determinación gravísima, si la exposición que habrá de hacernos la ministra de Policía y Orden Público es aprobada. Sería esta la primera vez que el Gobierno se ve forzado a juzgar a una de sus miembros, de acuerdo con la Constitución que nos rige. ¡Como podréis considerarlo, nos incumbe una enorme responsabilidad! Os ruego, pues, suma atención. La ministra de Policía tiene la palabra.

Zet-Litz se puso de pie. Si alguna vez aquella mujer presentó un aspecto interesante, fue en tales momentos. La emoción le

arrebolaba el rostro. Sus ojos brillaban y el ligero temblor nervioso que podía advertírsele denunciaba a las claras su determinación de dar un escándalo mayúsculo.

La única mujer impávida, allí, era la señorita Blohm. Qué papel iría a desempeñar, no lo sabía. Avisada una hora antes, con urgencia, compareció y no acertaba hasta aquel momento a adivinar que se ventilaría en el Gabinete.

Zet-Litz habló:

—Creo innecesario hablar de la crítica situación que se nos ha creado agotadas ya las provisiones de autonacimentina y no lográndose que Alemania nos suspenda el boicoteo. Bien sabéis que la actitud de Alemania obedece al hecho de haber adquirido nosotras de la señorita Blohm, aquí presente, el secreto de su avión *Zaeta*. Nuestra población corre un peligro de muerte. Las últimas incubaciones acusadas en el Ministerio de Población y Reparto de Niñas no compensan la estadística de muertas. Durante varios días ocupó la atención pública la importancia que, según la profesora Pelusa, podría tener para nosotras la posesión de la llamada ficha número 7, robada del Hospital Federal; y con la superchería de que, con el hallazgo de la ficha, no sería menester proveernos de autonacimentinas, una mano poderosa manejó los hilos de la comedia más ruin que pueda imaginarse, sin más propósito que el logro de planes privados determinados... Era forzoso que nos causara extrañeza profunda el hecho de que las pesquisas de la policía a mi cargo resultaran inútiles para encontrar la momia robada. Solo una persona poderosa era capaz de mantenerla oculta. Con ese criterio he venido trabajando secretamente, y, atados todos los hilos, hoy puedo lanzar la acusación en la seguridad de no sufrir error, denunciando el más grave delito que se registre en la historia criminal de nuestro país... Colegas: Nirvana Castro, ministra de Aviación, es traidora, y al denunciarlo pido para ella el castigo consiguiente y su inmediata destitución de acuerdo con la ley. Nirvana Castro fue quien, en complicidad con la ayudante número 8 llamada Ninón, del Hospital Federal, robó la ficha

número 7, manteniéndola en su casa donde actualmente se encuentra, perfectamente despierta...

Estas palabras despertaron en el salón un escándalo de marca mayor. Las ministras, la presidenta y la señorita Blohm entonaron un coro de exclamaciones. El repiqueteo de la campanilla no fue obedecido. Hubo necesidad de esperar a que bajase la marea de los comentarios para continuar...

La presidenta fue la primera en hablar:

—¡Calma! ¡Las acusaciones de la señorita ministra son gravísimas!

—Yo puedo probar cuanto acabo de decir —gruñó Zet-Litz—. Y mi propósito de tratar este asunto a estas horas obedece al deseo de comprobar cuanto denuncio, pudiéndose ahora mismo tomar las medidas prudentes para ello. Si se da fe a mis palabras pido, inmediatamente, la destitución de Nirvana Castro. Enseguida pido el allanamiento de su casa y respondo de que allí haremos el hallazgo de la ficha.

La presidenta habló de nuevo:

—Suspendamos temporalmente la sesión para deliberar.

* * *

Fifi atendió:

—¿Eres tú, Nirvana?

—Sí. ¿Todo está listo?

—Todo.

—Entonces, en mi verticalicóptero vienes con Antonio que lo maneja a la zona prohibida, sin pérdida de tiempo.

Nirvana conectó nuevamente su receptor con la mesa redonda. La primera vez que lo usara, asistió desde allí, al lado de Antonio, a una deliberación de Gabinete. ¡Ahora volvía a servirle! Esperó.

Sentía en toda ella una tranquilidad nunca sentida. Una fe ciega en sí misma la fortalecía.

—Pobre Ninón —pensó.

Un ruido. El verticalicóptero se deslizó en un flotador.

—¡Nirvana!

—Por aquí, ven...

—¿Pero qué haces aquí?

—Ven y cállate... Recuerda aquella otra vez... No hables...

* * *

Repicó la campanilla.

—Consciente de la gravedad de los sucesos, y vista la opinión individual de cada una de las ministras presentes, declaro que queda suspendida de sus funciones oficiales la hasta ahora ministra de Aviación, Nirvana Castro. La ministra de Policía y Orden Público procederá inmediatamente al allanamiento de la casa donde dice encontrarse la ficha. La señorita Blohm, aquí presente, quedará subordinada en sus funciones a las órdenes de la ministra de Policía, a quien hará hoy mismo entrega formal del avión *Zaeta*. Nirvana Castro será detenida junto con la ficha...

El altavoz colocado al centro de la mesa redonda se dejó oír. De no se supo dónde, vino la palabra irónica de Nirvana Castro:

—¡Es demasiado tarde, colegas!

* * *

Como en la noche de la prueba la fina mole del avión se deslizó sobre los rolines, ganando la salida del hangar aéreo.

—Siempre al Norte, Antonio.

El sol mañanero se quebró en mil haces sobre el gris bruñido del aparato.

Ella miró una vez más la carta geográfica, mientras Antonio maniobraba. Fifi, absorta, permanecía en silencio.

Trescientos, quinientos, ochocientos...

—Vira sobre la ciudad.

Quinientos, trescientos...

—¡Vamos, ahora! Siempre al Norte.

Seiscientos, mil, mil doscientos, mil quinientos...

1.500... La agujita imantada se detuvo, vibrando levemente, ante aquella cifra del velocímetro.

Apenas un lustro más...

Los multidiarios han publicado una curiosa información que suscita peregrinos comentarios. Veamos:

EXPLORADORAS ALEMANAS ASEGURAN HABER DESCUBIERTO RESTOS DE UNA ANTIGUA CIVILIZACIÓN

SERES PRIMITIVOS QUE TODAVÍA HABITAN EN UNA SELVA DEL NORTE

Berlín, 9.— Ha causado enorme impresión la noticia dada en el salón de conferencias de la Sociedad de Geografía por las exploradoras alemanas Grothen y Greuttem, referente al hallazgo que hicieron de una pequeña tribu de salvajes, compuesta de un hombre, dos mujeres y cinco niños. Relatan las exploradoras que en sus correrías advirtieron huellas de plantas humanas. Siguiéndolas, desde cierta distancia que juzgaron prudente, pudieron realizar el sensacional descubrimiento. En el transcurso de cuatro días de observación, comprobaron la existencia de la pequeña tribu. Visten lo que se llamó “guayucos” en la antigüedad y se alimentan con frutas silvestres y animales cogidos en trampas. Gracias a los aparatos de larga vista, las exploradoras afirman que los salvajes tienen todos los rasgos fisonómicos humanos, con excepción del hombre que lleva el rostro cubierto por una barba negra impresionante. Los niños demuestran en sus correrías ser sanos y robustos.

FIN

Índice

| | |
|---|-----|
| NOTAS PARA UN REGRESO: 86 AÑOS DESPUÉS | 5 |
| PRIMERA PARTE | |
| Prólogo a la primera edición (1933) | 11 |
| El ataque de pannegolitis del niño Antonio Jiménez | 15 |
| Una conferencia del profesor Ferguson | 19 |
| SEGUNDA PARTE | |
| Las dificultades del tráfico aéreo el año de 2011 | 25 |
| Los tres primeros ronquidos de una momia | 37 |
| Una sesión memorable en la Academia de Medicina. ¡Mamaíta! | 42 |
| Una tortilla de cebollas | 47 |
| Capítulo dedicado a los lectores exigentes | 55 |
| Un secreto de Estado | 59 |
| Un homicidio original | 63 |
| Una visita a la redacción de <i>¡Epa!</i> | 68 |
| De cómo desapareció la ficha número 7 | 78 |
| TERCERA PARTE | |
| Donde se inicia un amor a la antigua usanza | 89 |
| Un conflicto internacional en puerta | 94 |
| Paseo por la costra terráquea | 99 |
| Donde concluye el capítulo anterior | 110 |
| Lo que ignoraba Antonio Jiménez | 115 |
| Donde vamos a retroceder | 121 |
| El sillón número 14 de la mesa redonda | 126 |
| La flecha de Cupido | 131 |
| Origen del pecado original | 136 |

| | |
|-----------------------------------|-----|
| Relaciones tirantes con Alemania | 145 |
| Un informe de la profesora Pelusa | 150 |
| La indiscreción periodística | 156 |
| La estatua de sal | 165 |
| Un cambio de domicilio | 169 |
| Las momias también razonan | 171 |
| La cuña del mismo palo | 177 |
| A 1.500 kilómetros por hora | 181 |
| El olfato de la señorita Pachón | 184 |
| Sobre la pista | 192 |
| La sorpresa | 195 |
| La ficha N.º 7 | 199 |
| Epílogo de un ataque de fiebre | 202 |
| No dejes para mañana... | 206 |
| Apenas un lustro más... | 212 |

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

Edición digital
Diciembre de 2019
Caracas, Venezuela



El regreso de Eva es una novela pionera de la ciencia ficción en Venezuela. Publicada en 1933, explora las posibilidades distópicas de una sociedad donde el género femenino ha erradicado al masculino, la eugenesia es la práctica que rige a las generaciones y la alimentación se realiza a través de cápsulas; anticipa el uso de los teléfonos móviles, el avión supersónico, el bisturí cauterizador y otras tecnologías. Nos ubica en el año 2011, donde Antonio Jiménez y Nirvana Castro, sus protagonistas, se verán inmersos en un destino riesgoso y extraño a causa del descubrimiento de su amor. Obra humorística que nos muestra que una sociedad sin humanismo y diversidad es un paraíso imposible de concretar.

PEPE ALEMÁN (seudónimo de Federico León Madriz)
(Cumaná, 1896 - Puerto España, Trinidad, 1953).

Periodista y radiodifusor, escribió esta novela mientras trabajaba para el diario *La Esfera*. Aquiles Nazoa lo reconoció como uno de los humoristas más populares de la capital venezolana que junto a Blas Millán y Julio Garmendia “reaccionaron, por los años de 1920 al 30, contra los excesos localistas y limitación temática que agobiaban el humorismo venezolano”. En la primera edición de *El regreso de Eva* se anuncian otras publicaciones (no impresas) del autor: *Marimacho* (cuentos); *Dime que sí* (novela); *El tablado invisible* (comedia); *Cristalina* (breviario epistolar) y *Memorias de mi periodismo*.

